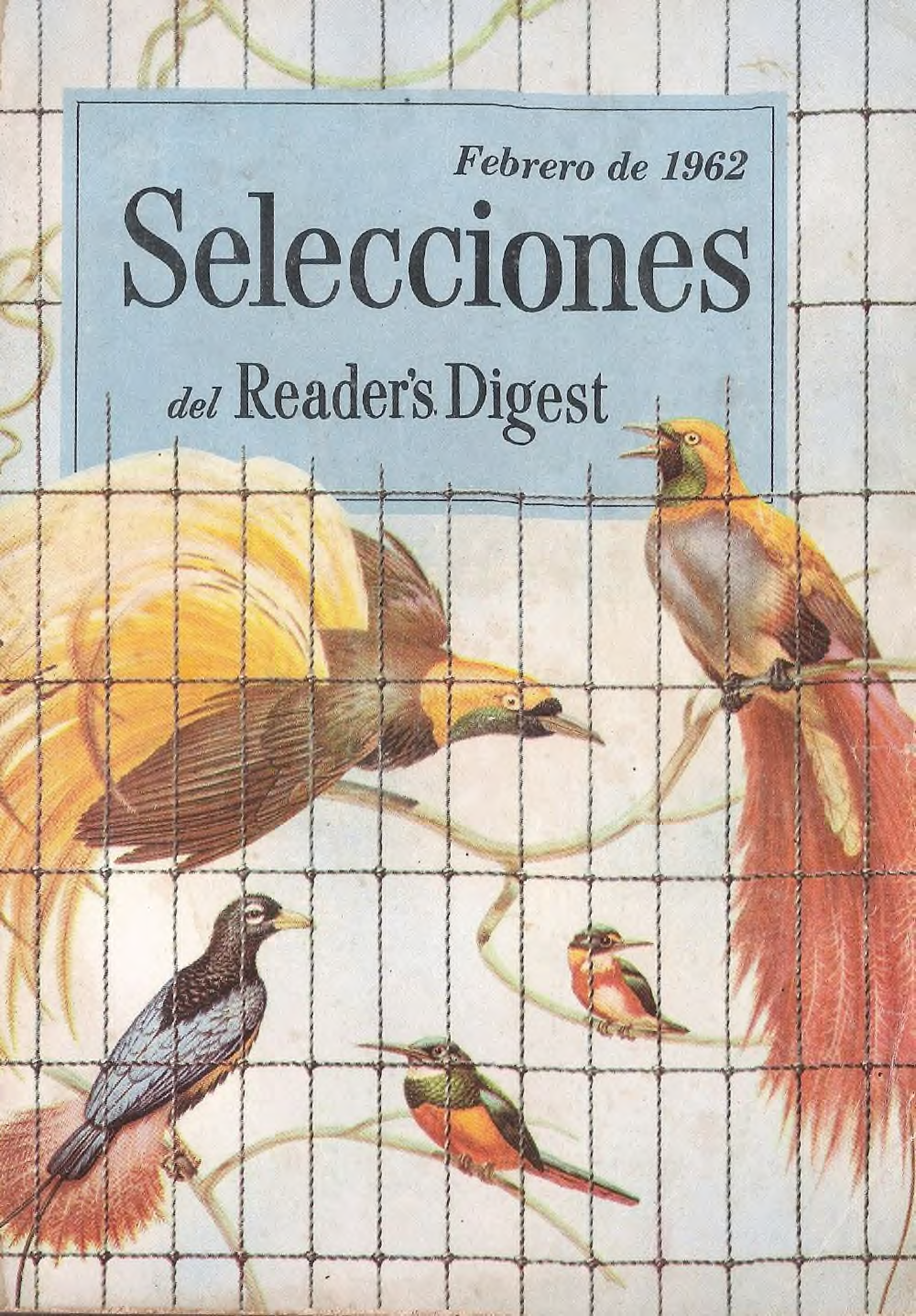

Febrero de 1962
Selecciones
del Reader's Digest

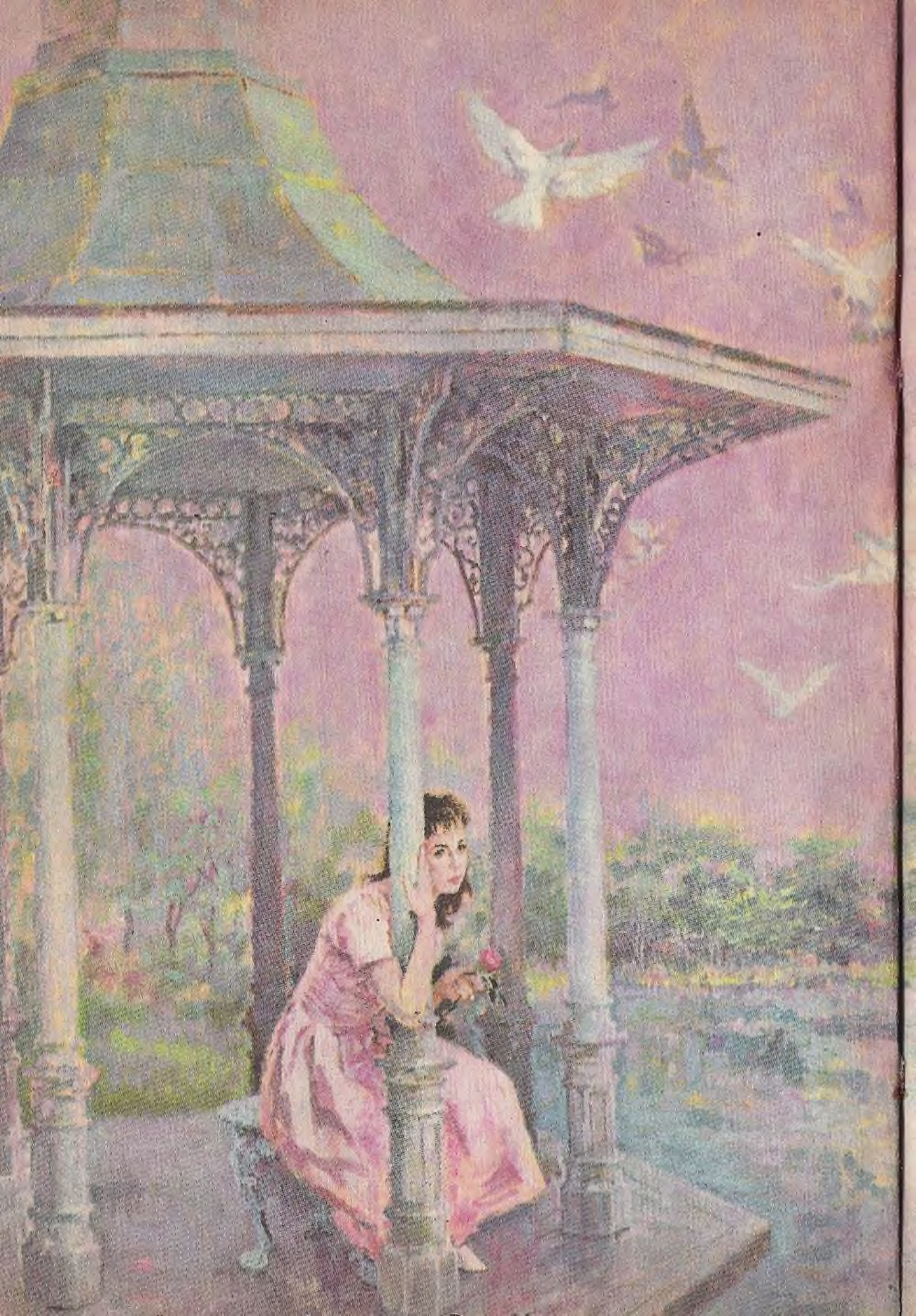
Cuando se hace una pausa...¡Coca-Cola refresca mejor!

RUTILANTES COMO LA LUZ DEL SOL . . . el alegre y burbujeante sabor . . . el fresco y vivificante chisporroteo . . . de Coca-Cola. ¡Qué manera tan deliciosa de realzar los momentos de regocijo, con ese toque tan reanimante! . . . En el regocijo, en cualquier ocasión . . . ¡Coca-Cola refresca mejor!



para LA PAUSA QUE REFRESCA


hará sensación la nueva creación de
cubiertos
GAMUZA*
modelo
SCALA
de diseño funcional
Nuevo concepto en cubiertos que triunfa en Europa y EE. UU.. Es su modelo Scala. Distinguido, diferente, el modelo Scala enriquece por su novísimo trazado, su artístico grabado, sus singulares características, la línea de Cubiertos Gamuza
NUEVO modelo
SCALA
de GAMUZA*
En venta en bazares y casas de regalos.
Es un producto de
ROMULO RUFFINI & CIA. S. C. A.
Distribuidores mayoristas exclusivos:
GAMUZA S. C. A.
Avda. Córdoba 1365-67 - T. E. 42-1894
Bs. As.
* Identifique la marca en cada pieza



El brillante de su anillo de compromiso

pregona su amor y su promesa

Una joya encantadora brilla en el dedo de una joven, fulgente como sus sueños y expresión de su amor. Es el brillante del anillo de compromiso, la más preciada ofrenda con que pueda sellarse la promesa de matrimonio. Para usted, con sus destellos, recordará esa promesa toda la vida matrimonial. Anunciará a todo el mundo, y generación tras generación, que se han realizado sus sueños y su destino. Y un diamante tiene valor perdurable.

CÓMO SE COMPRA UN BRILLANTE

Lo primero y más importante es dirigirse a un joyero digno de confianza y pedirle su consejo en cuanto a color, diafanidad y talla—porque éstos determinan la calidad de los diamantes y contribuyen a su belleza y valor. Elija una piedra fina, y siempre sentirá orgullo de poseerla, sea cual fuere su tamaño. El tamaño de los diamantes se mide por su peso en puntos y quilates. Un quilate tiene 100 puntos.

Sea cual fuere su tamaño, su brillante de compromiso, montado en un anillo, hablará para siempre de amor. Selección de diamantes desde 10 puntos hasta 1 quilate.



Un brillante es para siempre

Cuadro pintado para la Colección De Beers por Edwin Schmidt   De Beers Consolidated Mines, Ltd.



SELECCIONES
del Reader's Digest

Tomo XLIII Nº 255 Febrero de 1962

Revista mensual publicada por Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bartolomé Mitre 688, Buenos Aires.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Redacción

Director . . . . Jorge Cárdenas Nannetti
Jefe de redacción . . . . Pablo Morales

Consejeros de redacción: Julio Casares, Eduardo Cárdenas. *Redactores*: Marco Aurelio Galindo, Lilian Davies Roth, Luis Marrón. *Redactores asociados*: Dmitri Ivanovich, C. E. Eggers Lecour, Arturo Aldama, Manrique Iglesias. *Director artístico*: Emilio Gómez.

Administración

Carlos Escallón, *gerente*; Douglas W. London, *vicepresidente*; Raúl Sánchez Ortiz, *tesorero*; Carlos Aldao Quesada, *gerente de publicidad*; Ricardo Robinson, *director de promoción*; Gustavo González Lewis, *Discoteca de Selecciones*; Jorge de Heredia, *Biblioteca de Selecciones*.

THE READER'S DIGEST, fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores, se publica en inglés en Pleasantville, Estados Unidos, y también en Inglaterra, en el Canadá y en Australia. Ediciones en otras lenguas: *Stuttgart* (*alemán*) Anne Mörike; *Cairo* (*árabe*) M. Zaki Abdel Kader; *Copenhague* (*danés*) Onni Kyster; *Helsinki* (*finlandés*) Seere Salminen; *París* (*francés*) Pierre Dénoyer; *Montreal* (*francés*) Pierre Ranger; *Amsterdam* (*holandés*) Aad van Leeuwen; *Milán* (*italiano*) Mario Ghisalberti; *Tokio* (*japonés*) Seiichi Fukuoka; *Oslo* (*noruego*) Astrid Øverbye; *Río Janeiro* (*portugués*) Tito Leite; *Estocolmo* (*sueco*) Olle Gustafson.

EDICIONES INTERNACIONALES: Paul W. Thompson, *gerente general*; Adrian Berwick, *jefe de redacción*.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual en Argentina Nº 667.371. Circula por el correo argentino en el carácter de publicación de interés general No. 144. Registrada como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de Guatemala, el 14 de noviembre de 1940, bajo número 380. Autorizada como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D. F., el 25 de noviembre de 1940.

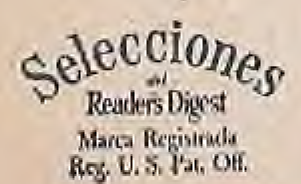
SELECCIONES

se vende en las principales

librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 20,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.
Bolivia — Librería Selecciones, Avenida Camacho s/n, La Paz.
Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.
Colombia ($1,50*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 Nº 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucamaranga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Agencia Selecciones, Maracaibo 47-52, Medellín.
Costa Rica (₡1,25*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Bazar de las Revistas, Apartado 1924, San José.
Cuba (20 cts.*) — Agencia de Publicaciones Madiedo, Consulado 108, La Habana.
Chile — Sociedad General de Publicaciones, Agustinas 853 — Of. 633, Santiago.
Rep. Dominicana (RD$0,20*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.
Ecuador (4,00 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., Aguirre 717 y Boyacá, Guayaquil.
El Salvador (50 cts.*) — Almacén y Librería "El Siglo", Apartado Postal Nº 52, San Salvador.
Guatemala (Q0,20*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.
Honduras (40 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.
México ($2,50*) — Selecciones Distribuidora, S. A., Plaza de la República 48, México, D. F.
Nicaragua (C$1,50*)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.
Panamá (B/0,20*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.
Paraguay — Nicasio Martínez Díaz, Palma 565, Asunción.
Perú (S/5,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.
Puerto Rico (20 cts.*)—Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.
Uruguay ($2,00*)—A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.
Venezuela (Bs. 1,00*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz, 178; *Suscripciones*: Avenida Ávila y El Parque, San Bernardino, Caracas.

(**Precio por número suelto*)



SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume XLIII, Nº 255 February 1962. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bartolomé Mitre 688, Buenos Aires. Subscription price: US $3.00 per year in Latin America, US $3.85 per year in the United States. Entered as second class matter at the Post Office at Pleasantville, N. Y., under the act of March 3, 1879. Additional entry at the Post Office, Miami, Fla.

Impreso en la Argentina · GUILLERMO KRAFT LTDA. · Reconquista 319



Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones



CORREO ARGENTINO CENTRAL (B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144

La risa, remedio infalible

Cierta actriz de cine compró un par de zapatos italianos. Cuando le preguntaron cómo sabía que eran auténticos, contestó: "Porque me pellizcan". —F. F.

Un refugiado ruso que se había colado por la frontera de Berlín Occidental, cayó en manos de la policía, que comenzó a registrar su equipaje. Primero sacaron un frasco de píldoras de sospechosa apariencia.

—Son para el dolor de cabeza —explicó el refugiado.

Luego encontraron otro pomo de cápsulas extrañas.

—Es mi remedio para el asma —dijo.

Finalmente, bajo un doble fondo de la maleta, hallaron un gran retrato de Kruschef.

—No me lo quiten —imploró—. Es para curarme de la nostalgia. —J. S.

Una dama alardeaba ante una vecina del éxito que había alcanzado su hijo.

—Vive en un piso muy elegante —le decía— y usa sólo ropa hecha a la medida. Todos los años hace un viaje a Europa. Además va a la clínica de un gran siquiatra; allí se acuesta en un diván y habla con él durante una hora entera. Le paga cien pesos por consulta.

La amiga se quedó boquiabierta.

—¿Cien pesos por consulta? ¡Qué barbaridad! Y ¿de qué hablan en todo ese tiempo?

—De mí —contestó muy orgullosa la madre. —W. E. B.

Cierto diplomático quisquilloso había sobrevivido a una docena de lances de honor. Para acudir a uno de esos duelos le era necesario viajar hasta una aldea alejada de París. Llegó a la estación del ferrocarril al mismo tiempo que su adversario, quien compró billete de ida y vuelta. El diplomático, en cambio, pidió un billete de ida solamente.

—Por lo visto, no tiene usted mucha confianza en salir con bien del lance— le dijo con sorna el rival.

—Todo lo contrario— replicó el diplomático—. Cuando me bato, aprovecho siempre el billete de regreso de mi contrincante. —B. C.


EN
LA
EDAD
ESTA
LA
DIFERENCIA

El dramaturgo Jorge Middleton se encontró una noche con Don Marquis, autor de la muy popular obra *Archie and Mehitabel*. "Viendo que se había excedido en las copas—, cuenta Middleton— le hice con el dedo índice un ademán de reproche, pero él, asumiendo postura de exagerada dignidad, explicó: Has de saber, mi querido Jorge, que he logrado triunfar sobre mi propia fuerza de voluntad".

Cierta joven tenía un pretendiente desde hacía más de un año. Al fin la familia le preguntó cuáles eran las intenciones del galán, y ella repuso:

—No estoy segura: hasta ahora me ha mantenido siempre a oscuras.

— Chapparal

El agente de seguros era muy insistente, pero se había topado con un individuo más testarudo aún. Metiendo el pie un poco más adentro de la puerta entreabierta, el vendedor sacó a relucir lo que creyó ser el argumento definitivo:

—Yo mismo llevo una póliza de 50.000 pesos. Eso le demostrará la confianza que tengo en los seguros.

El parroquiano echó un vistazo al zapato encajado en la puerta, luego otro al porfiado comisionista, y apretando los puños contestó:

—Es natural: usted lleva una vida muy expuesta.

— C. R.

La guerra atómica había reducido el mundo a un montón de escombros. De una cueva salió, restregándose los ojos, el último sobreviviente, que era un simio. A los pocos días salía de otra caverna una mona.

—¿Tienes algo qué comer?— preguntó el macho.

Ella, sin decir nada, regresó a su cueva y volvió con una manzana. Apenas vio la fruta, el simio exclamó:

—¡Nada de eso! No vamos a comenzar otra vez con la misma historia.

— C. M.

Cuatro hombres de negocios de edad madura jugaban una partida de *golf* cuando de repente, cerca del hoyo más alejado de la caseta del club, le dio a uno de ellos un síncope cardiaco. Los otros tres cargaron a la víctima y, jadeantes, llegaron a la caseta. Una vez que vino la ambulancia y se llevó al enfermo al hospital, los tres se fueron a los vestidores a refrescarse y allí otro miembro del club los felicitó efusivamente por su obra humanitaria.

—No es para tanto —dijo uno de ellos modestamente—; lo más difícil realmente fue dejar al pobre Juan en el suelo y volverlo a levantar después de cada jugada.

— W. T.

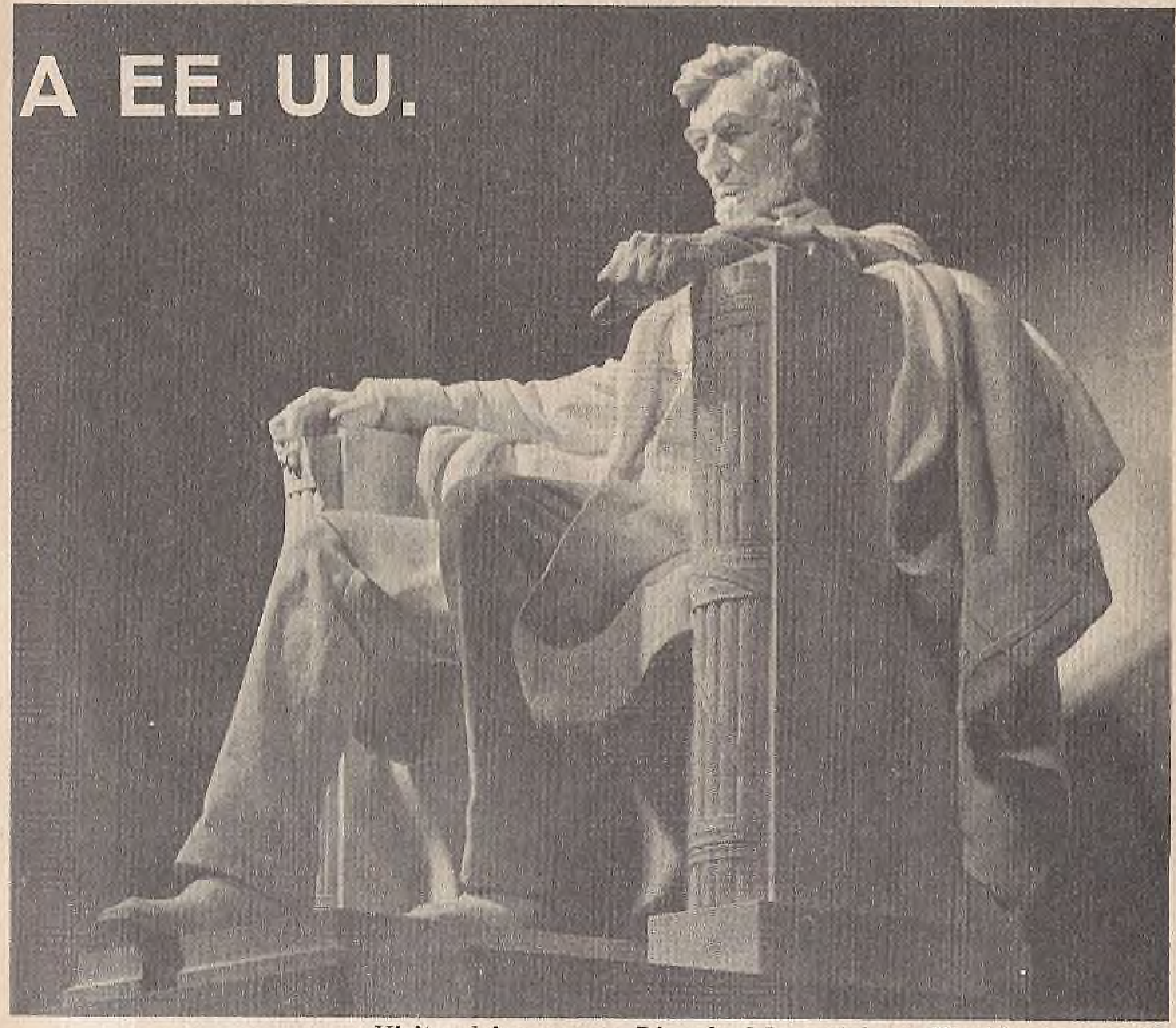
El oculista probaba con gran paciencia unos lentes tras otros a una parroquiana que deseaba comprarlos. Nada parecía servirle.

—No se desanime usted —dijo el oftalmólogo—. A veces es difícil dar con los lentes apropiados.

—Sí —replicó ella—; sobre todo cuando una viene a comprarlos para una amiga.

— O. A.

SEIS VUELOS SEMANALES EN JETS DE PANAGRA



Visite el imponente Lincoln Memorial, en Washington, D.C.

Unas perfectas vacaciones en Estados Unidos están al alcance de su mano. Gracias a los jets de Panagra usted puede pasar *todos* sus días de descanso en el lugar de destino.

¡Piense en las maravillosas tierras a donde lo pueden llevar los lujosos jets de El InterAmericano! Imagínese usted mismo en California, en medio de bosques antiquísimos. O en una de las grandes ciudades, disfrutando de una inolvidable velada teatral.

Consulte hoy mismo con su agente de Pan American. No hay cambio de avión en las rutas de Panagra, Pan American y National.

PANAGRA · PAN AMERICAN

PAN AMERICAN-GRACE AIRWAYS — PAN AMERICAN AIRWAYS

Triste aventura de Maese Cuervo

Por James Thurber
Condensado de
*"The Thurber Carnival"**

HABÍA una vez un cuervo que se enamoró de una oropéndola. Había observado que cada año regresaba de sus vuelos con un galán distinto, pero no pareció darle importancia al hecho de que todos los galanes eran oropéndolas. "Esa dama —pensó— está a disposición de cualquiera". De modo que un buen día le dijo a su consorte que se había enamorado de una oropéndola "de lo más lindo" y añadió, como si tal cosa, que quería divorciarse. La señora, por toda respuesta, le abrió la puerta de la casa y, entregándole su sombrero, comentó:

—No vengas a pedirme consuelo cuando rechacen tus pretensiones. Esa pájara no tiene una onza de sesos en la cabeza; no sabe guisar ni coser, y cuando abre el pico no es para cantar sino para rechinar. En cualquier diccionario te dirán que el cuervo es la más inteligente de las aves... o lo era hasta que tú viniste al mundo.

—¡Bah! lo que pasa es que estás celosa —replicó el aludido; y se marchó en busca de la oropéndola.

Esto ocurría en la primavera y la pretendida llegaba esta vez acompañada de un galán a quien Maese Cuervo no había visto jamás. La detuvo y le declaró su amor con voz desentonada y rasposa, lo que la hizo reír y comentar con desprecio:

—Cuando hablas, pareces una persiana estropeada y sacudida por el viento.

—Soy más grande y más robusto que el galán que te acompaña —insistió Maese Cuervo—. Tengo un vocabulario más abundante. Todas las oropéndolas de la comarca no podrían, juntas, cargar con el maíz que yo poseo. Mi voz puede escucharse en varios kilómetros a la redonda.

—Eso sólo puede interesarle a otro cuervo —comentó la oropéndola y, riéndose de él todavía, prosiguió su vuelo hacia el Norte. El galán tiró algunas monedas a la cabeza del cuervo, recomendándole:

—Ve a comprarte un chaleco de fantasía o algo por el estilo, pues pareces un enlutado que se dirige a un entierro.

Maese Cuervo regresó tristemente a su nido, pero su esposa no estaba. Había dejado un recadito clavado en la puerta: "Me voy con Beto. En el botiquín te he dejado un poco de arsénico. Que te aproveche".

Moraleja: Sea cual fuere la piel, hay que ser fiel.



DESDE 1899

El diseño cónico es lo que hace que los cojinetes Timken soporten todas las cargas –tanto verticales como laterales. No sólo en los automóviles sino dondequiera que giren ejes y ruedas. La calidad Timken de cojinetes prolonga la vida y disminuye el mantenimiento, eliminando casi por completo el rozamiento. Timken Argentina S. R. L., Buenos Aires, Argentina. Representante de The Timken Roller Bearing Company. Los cojinetes Timken son manufacturados en Australia, Brasil, Canadá, Inglaterra, Francia y Estados Unidos.

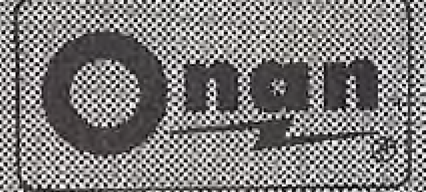
INDUSTRIA ARGENTINA

SANTAMARIA PUBLICIDAD



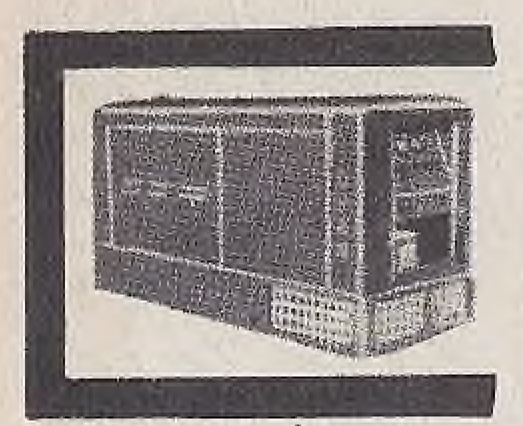
S.A.I.C. y F

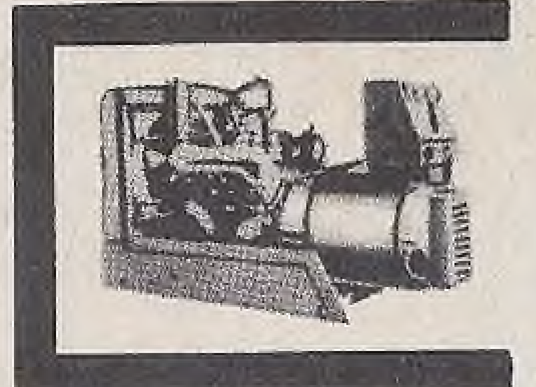
REPRESENTANTE EXCLUSIVO
PARA LA REPUBLICA ARGENTINA
DE TODA LA LINEA DE PRODUCTOS

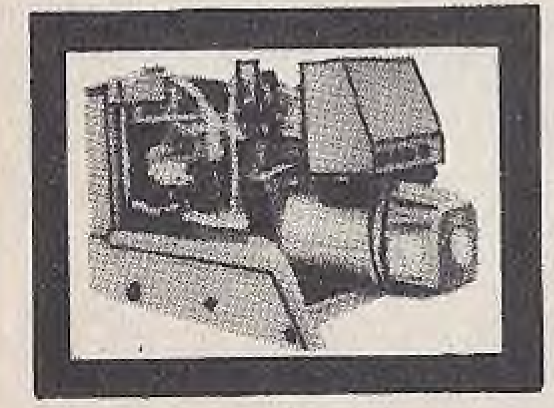


de MINNEAPOLIS U.S.A.
Los principales fabricantes del mundo de

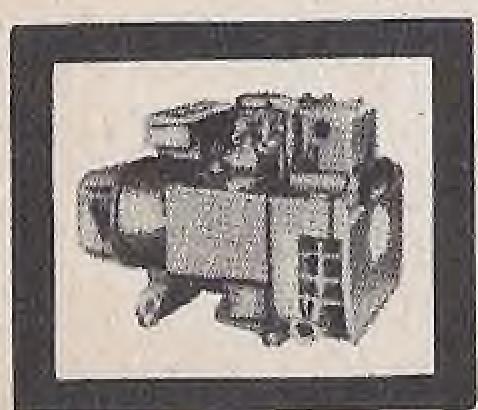
GRUPOS ELECTROGENOS

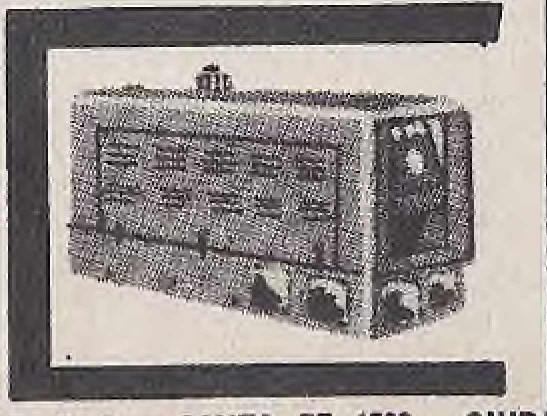












Su problema eléctrico tiene solución en la LINEA ELECTROGENA ONAN!Que posee equipos de 1,5 Kw., hasta 230 Kw.! Desde una vidriera, hasta una ciudad pequeña pueden ser iluminadas por algun GRUPO ELECTROGENO ONAN accionado a nafta, gas o diesel. Sirven también como equipos de emergencia ante cualquier corte de luz en: hospitales, aeródromos, fincas agrícolas, pequeñas y medianas industrias y cuadrillas de calles, caminos o carreteras. Ante cualquier problema eléctrico consulte primero a los ingenieros de WINCO Le asesorarán SIN NINGUN COMPROMISO PARA USTED!

WINCO S.A.I.C. Y F. - SANTA FE 1500 - CIUDADELA - T.E. 653-0027-0422

Acción es vida. ¡Reténgala en película!

"Recuerdas sus primeros chapoteos...?"

Sólo la magia del cine puede brindarle a Ud. el permanente regalo de la infancia de sus hijos, eternizada en toda la vívida sugestión del movimiento y el color! Ahora, para grabar sus recuerdos con la máxima exactitud, a Ud. le conviene usar la **Nueva** Película en color **Kodachrome II** que, por su **doble velocidad** y **mejor saturación de colores**, le proporcionará una **insuperable nitidez** en la captación de escenas al aire libre o en interiores.





Pídasela hoy mismo al revendedor Kodak más cercano.



Flan ROYAL
es más flan

Se hace en 9 minutos sin horno ni bañomaría!

Simplemente sobre el fuego y con sólo agregar leche, está listo FLAN ROYAL, el flan más flan, el más exquisito ¡y el más económico!

Obtenga variantes ¡deliciosas! con FLAN ROYAL

FLAN DE CHOCOLATE. Agregar 2 barritas de chocolate y 1/2 litro de leche al FLAN ROYAL.
FLAN DE CAFE. Mezclar 1/4 litro de café con FLAN ROYAL y 1/4 litro de leche.

PIDA FLAN ROYAL,
en cada paquete 4 generosas porciones

Royal

Calidad aceptada mundialmente!

TOMO XLIII
No. 255

Selecciones
del Reader's Digest

FEBRERO
de 1962

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

REGALO DE AMOR

Conmovedor relato de un gran amor: lo engendró el sufrimiento, lo acendró la ausencia . . . y lo salvó el afecto fraternal.

Por George Kent

EL ÁRBOL de Navidad: una rama de abeto de dos palmos incrustada en una grieta de la mesa. Las luces: un cabito de vela. El banquete: nueve rebanadas de salchichón y ensalada de patatas. Los regalos: una naranja para él, que si hubiera sido de oro puro no la miraría con tal codicia. Y para ella, una caja de lata y una cuchara de aluminio, que la hicieron llorar de emoción.

Corría el año de 1947. El sitio: Vorkuta, un campo de horror de la Rusia ártica. Allí estaban presos el Dr. Alejandro Thomsen, danés, y Olita Priede, médica letona. A pesar de su triste condición, el hecho de estar juntos hizo de aquella Nochebuena una de las más felices de su vida.

Mas la felicidad se truncó de pronto, meses después, cuando destinaron al Dr. Thomsen a trabajos forzados en el campamento de Stalino, distante unos 3200 kilómetros. Partir, dicen los franceses, es morir un poco. Para los dos enamorados era el acabamiento y remate de todo: ambos sollozaron sin tapujos cuando se alejaba el tren entre la nieve.

Esta historia es navideña no por

aquella plácida cena sino por lo que les aconteció ocho años después en otra Nochebuena. Fue preciso que ocurriera un pequeño milagro para volverlos a juntar, y el prodigio ocurrió en esos días milagrosos.

Estamos en víspera de Navidad de 1955. Alejandro Thomsen había regresado a Dinamarca pocos meses antes, puesto al fin en libertad por los rusos después de 10 años de tortura. Las imputaciones que le hacían eran falsas. Pero en Copenhague el hecho de haber sido prisionero de los Soviets se consideraba como prueba de que había trabajado con los nazis contra su patria. Los periódicos lo catalogaron como un colaborador nazi. Era un hombre en desgracia.

No tenía dinero. Se le prohibió ejercer la profesión. Sus viejos amigos al encontrarlo en la calle le negaban el saludo. En vano apeló a los tribunales en busca de justicia. Desesperado, gastó sus últimas coronas en un billete de ferrocarril que lo llevara a Augustemburgo, en el sur de Jutlandia, a la casa de su familia, en donde seguramente encontraría el revólver que fue de su padre.

La víspera de Navidad ardía una lámpara en la vieja casona. Alejandro revolvía las gavetas del escritorio buscando el revólver, cuando de pronto se abrió un cajón atascado . . . y allí estaba ¡el regalo de los Reyes Magos! Mejor dicho, el regalo de un inmenso amor fraternal: un gran cartapacio de documentos, declaraciones juradas y cartas que daban testimonio del patriotismo y la bondad del Dr. Alejandro Thomsen. Eran más que suficientes para refutar las calumnias de los periódicos.

Su hermano, Hans Peter, había dedicado los últimos años de su vida a recoger esas pruebas. Encima del mamotreto había una tarjeta de navidad de Hans que decía así:

"Querido hermanito: En esta Nochebuena pensaré mucho en ti; he recordado los buenos tiempos en que jugábamos en el jardín, y a la orilla del mar, cuando aún vivía la tía Katinka. Quiera Dios que algún día volvamos a vernos para que hablemos de los dichosos días de nuestra infancia. Felices Pascuas. Hans".

Hans y Alejandro eran pequeñuelos cuando perdieron a sus padres. Durante algún tiempo una tía veló por ellos. La tía murió pronto y en su lugar vinieron extraños. Solos en el mundo crecieron en una intimidad poco común entre hermanos. Hans se fue a los Estados Unidos y trabajó durante algún tiempo en granjas del Oeste del país y más tarde, como barbero, cortó cabellos y rapó barbas por todo el Oeste Medio hasta que fue a parar a Winsconsin en donde estudió zoología en la Universidad de ese estado. Se convirtió en un científico de renombre y se casó con una muchacha de origen noruego. Como sabía varias lenguas, se alistó en el Servicio de Contraespionaje al estallar la guerra.



Alejandro, que ya entonces era médico, marchó a Lubeck (Alemania) en los últimos días del conflicto, a auxiliar a los desplazados. Al terminar la guerra pasó a Berlín como representante de la Cruz Roja sueca, con credenciales del consulado sueco en Hamburgo. Allí se consumió trabajando 14 y 15 horas al día, curando y confortando a los refugiados.

Cierto día los rusos llamaron a su puerta . . . y poco después se halló en la cárcel Butirski en Moscú. Supo que una pandilla se estaba enriqueciendo ayudando a los nazis atrapados en Berlín a escapar de la ciudad en ambulancias. Con ese fin se utilizaba la insignia de la Cruz Roja; entre los implicados había choferes de ambulancias, ordenanzas y oficiales de la Cruz Roja local. Cooperaba con ellos un empleado del Consulado sueco en Hamburgo que ignoraba que la pandilla operaba con fines lucrativos. Como este empleado era el mismo que le había concedido al Dr. Thomsen las credenciales que le permitieron ir a Berlín, los rusos creyeron que él era miembro de la pandilla.

Durante más de un año se prolongaron en Moscú los interrogatorios diarios —y las palizas— a que sometieron al Dr. Thomsen para

que confesara su culpa. Le daban tan poco de comer que se le secaron las carnes. Por fin le informaron que sólo le quedaban algunas horas de vida. Pero era una farsa: poco después salía a bordo de un tren con destino a Vorkuta, condenado en un juicio secreto que nunca presenció.

Este campamento, donde se albergaban 200.000 prisioneros, no estaba lejos del círculo polar ártico; el termómetro marcaba algunas veces 52° C. bajo cero. Era un lugar desolado de minas de carbón y tundra interminable, de donde pocos intentaban escapar, pues por la helada llanura solamente rondaba la muerte.

El Dr. Thomsen fue nombrado cirujano del hospital del campamento. Cuando llamó a la puerta del dispensario le respondió una voz femenina: "Pase usted". Era Olita, mujer hermosa y delicada de enormes ojos melancólicos; en ese momento llenaba jeringas hipodérmicas con vitamina C para inyectar a los presos que sufrían de escorbuto. Apenas la vio Thomsen se sintió sobrecogido de una emoción nunca sentida. Así me lo dijo más tarde:

"Después de dos años de indiferencia, sentí de pronto que volvía a ser hombre". La sangre se le subió al rostro. La joven, como dándose cuenta de lo que acontecía, se volvió a él y le dijo: "¿Me hablaba usted, doctor?"

Fue un amor a primera vista para ambos, y el capullo se fue tornando en flor lentamente, día tras día, en las desmanteladas salas del hospital: sus manos se tocaban accidentalmente; cambiaban una sonrisa. Por las tardes solían trabajar juntos en la farmacia. En una ocasión, sin poderse contener, él la rodeó con sus brazos y le dijo: "Aunque soy un prisionero, como tú, y sé que no hay esperanzas... te quiero y te querré siempre".

Cuando la besaba le pasó la mano por la cabeza y cayó al suelo el pañuelo con que ella siempre la llevaba cubierta. Vio que la tenía afeitada. Ahogando los sollozos, por no llamar la atención del guardián, Olita le contó su historia.

Su padre era herrero en Teremetz (Letonia) cuando los rusos le arrebataron su cortijo. Al terminar la guerra, ella se unió a la Resistencia de su patria y fue apresada por la NKVD. En Leningrado le raparon la cabeza y luego fue enviada a Vorkuta.

Por más que ella lo amaba... tendrían que resignarse a ser únicamente amigos. "Algún día habrán de separarnos", le dijo. Pero un año después le confesaba: "He cambiado de parecer: no podría sufrir tu ausencia. Sólo hay un medio de tenerte a mi lado para siempre"...

El gozoso festín de Navidad siguió poco después.

Más tarde, trasladado al lejano campamento de prisioneros de Stalino, el Dr. Thomsen leía a hurtadillas una carta: "Mi adorado: estoy esperando un nene. Soy la mu-

jer más feliz del mundo. Ahora, ni el sufrimiento, ni nadie, podría destruir mi fe en la vida". En diciembre de 1950 Olita dio a luz un niño.

Entre tanto, muy lejos de Vorkuta, Hans Peter Thomsen, que dirigía a la sazón una unidad de contraespionaje norteamericano en Munich, comenzaba a trabajar para redimir a su hermano. Hans no andaba bien de salud: una vieja herida en la cabeza le causaba muchas molestias. Cierto día hubo de suspender el trabajo porque se le paralizó el costado derecho. Pero mejoró y siguió adelante. Disfrazado de obrero se internó en la zona rusa y habló con centenares de gentes que habían conocido al Dr. Thomsen.

Localizó al empleado consular que había cooperado en el escape de los nazis, y obtuvo las pruebas que necesitaba para condenar a los miembros de la pandilla y, al mismo tiempo, para demostrar la inocencia de su hermano. Consiguió una declaración jurada que desvanecía definitivamente los cargos hechos a Alejandro.

Su expediente estaba completo, pero a nadie le interesaba. En diciembre de 1952, Hans visitó la casa de sus padres, y puso los documentos en la gaveta del escritorio. Regresó luego a los Estados Unidos, en donde murió en octubre de 1953.

El hallazgo de los papeles, en esa desesperada Nochebuena de 1955, fue un rayo de esperanza para Alejandro. Era inocente... y ahora tenía en su poder pruebas convincentes de su inocencia. El primer ministro, H. C. Hansen, se sintió anonadado ante la injusticia resultante de ese error judicial y, como estaba a punto de hacer una visita oficial a Moscú, prometió tratar el asunto con las autoridades soviéticas. Thomsen le rogó que interpusiera su influencia para que Olita y su hijo vinieran con él a Dinamarca.

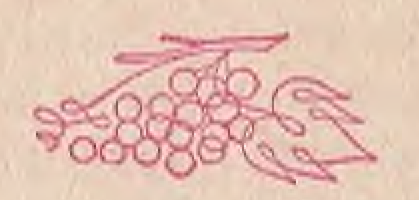
Antes de salir de Rusia, Alejandro había conseguido hacer llegar una carta a su amada en la que le decía: "Si todavía me quieres, escríbeme estas palabras: *te envío mil besos*". Pronto llegó la respuesta, con los "mil besos" y con ella la gran noticia: Los rusos la habían puesto en libertad y vivía con su hermana en Riga. Había padecido de tuberculosis, y estuvo a las puertas de la muerte. El chico también había estado enfermo. Ahora ambos estaban bien.

Gracias a los buenos oficios del primer ministro Hansen, Olita obtuvo el permiso para salir de Letonia. El desenlace de esta historia no pudo ser más afortunado: la prensa rectificó ampliamente sus conceptos adversos; el gobierno danés le hizo a nuestro médico un presente de 10.000 coronas.

El Dr. Alejandro Thomsen y Olita Priede se casaron el 12 de diciembre de 1956 . . . aniversario de su primer encuentro, hacía 10 años, en la sala del hospital de Vorkuta.

Hoy tiene el Dr. Thomsen su consultorio en Augustemburgo, en su vieja casa, donde vive con su mujer y su hijo. El chico, que ha cumplido ya 11 años, juega con sus amigos en el mismo jardín donde Hans y Alejandro jugaron una vez bajo la mirada vigilante de su tía. En cuanto a Olita . . . sigue siendo una mujer hermosa y uno de sus mayores atractivos es su abundante y rebelde cabellera negra.

El Dr. Thomsen ha escrito un libro sobre sus experiencias: *En nombre de la humanidad*, publicado por la editorial Wangel de Copenhague. Esta obra ha sido aclamada por la prensa danesa y sueca como una autobiografía conmovedora y una historia de amor de belleza inigualable.



Charlas y parlas

Tronaba como si el Universo se estuviese aclarando la garganta. (D. G.) . . . Interminables colas de vehículos furibundos, con las temperaturas en ascenso. (L. E.) . . . Los pinos, erectos como una fila de bien afilados lápices. (A. I.) . . . Desde la chimenea, el reloj les echaba encima una silenciosa lluvia de segundos. (A. J. Cronin) . . . Ella se hizo una cortina de risitas, tras la cual se ocultó. (R. C.)

Latigazos. Con razón el mono anda siempre con una expresión de perplejidad: no acaba de entender si es guarda de su hermano o hermano de su guarda. (*Examiner*, de Bellefontaine, Ohio) . . . No está mal tener inclinación por las labores del campo, siempre que pueda uno enderezarse después. (H. C.) . . . Por la forma como se visten algunas chicas en verano, diría uno que hace demasiado calor para todo. (B. B.)

Notas de viaje. Esa desagradable sensación al despegar el avión es una inquietud sin base. (*Changing Times*) . . . Viajar en avión es ver cada vez menos y menos de más y más. (R.H.)

Dejad a los niños. La mejor manera de convencer a un niño de que no le va a gustar una cosa, es comprársela. (C. R) . . . El que acepta una respuesta negativa es por lo general padre de familia. (F. P. J.) . . . Triste es confesarlo: los muchachos que más nostalgia sienten cuando se van internos al colegio son los que han dejado un perro en casa. (J. H.) . . . Sólo una vez logra la mujer cambiar al hombre: cuando es un bebé. (A. S.)

Mundano es el lunes que sigue a un fin de semana divino. (R. S.)

Los pilotos de los aviones X

Tripulando sus naves cohete a fantásticas alturas, este grupo selecto de pilotos está abriendo el sendero que seguirá la aviación del futuro.

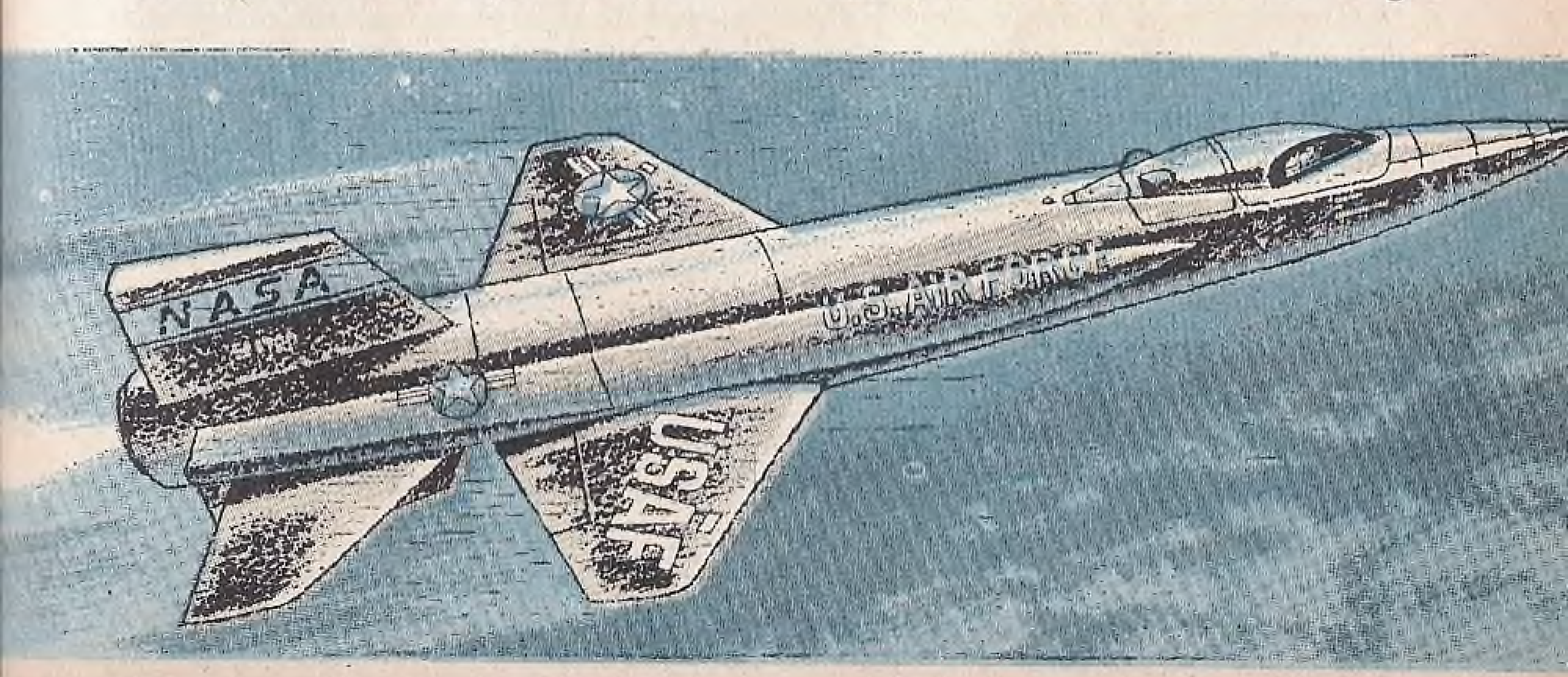
Por John Hubbell

Condensado de "Air Facts"

En la fresca penumbra del desierto de Mojave, justamente antes del alba, un enjambre de técnicos se aglomera en andamios debajo del ala derecha de un B-52. Trabajan con gran concentración sobre un oscuro y humeante objeto con forma de aguja suspendido del ala por medio de un soporte.

El objeto es el X-15, lo más nuevo en materia de aviones de investigación. A pesar de sus 15 metros de longitud, parece chico bajo el gigantesco avión que lo trasporta; con todo, inspira respeto ese pequeño aparato con el cual se espera ascender a una altura de 80 kilómetros y en el que se ha avanzado a una velocidad de 6500 k. p. h.

El X-15 es el resultado de largos



y peligrosos ensayos. Su diseño representa los conocimientos más costosos en la historia de la aviación, obtenidos por una *élite* de 38 pilotos que durante 15 años arriesgaron la vida para alcanzar velocidades y alturas desconocidas hasta entonces. Su propósito era comprobar lo que ocurre al cuerpo humano y a los aviones a esas grandes velocidades y alturas, información que servirá para ensanchar los límites actuales para vuelos pilotados.

El que nos ocupa será uno de los tantos vuelos de ensayo en la base aérea de Edwards, y se realizará con el acelerador abierto solamente hasta la mitad, y sin pretender pasar de los 22.800 metros. Será el trigésimo noveno del X-15. El piloto, comodoro de la marina Forrest Petersen, se halla cerca en un camión vestuario provisto de aire acondicionado, absorto en el estudio de su plan de vuelo. Ya ha volado antes en el X-15, pero solamente con motores más pequeños, de 3600 kilos de empuje. En esta ocasión tendrá a su disposición un empuje de 26.000 kilos, lo que representa una potencia de casi medio millón de caballos, suficiente para impulsar dos trasatlánticos del tonelaje del *Queen Mary*.

Forrest Petersen, que cuenta 39 años, es un hombre tranquilo, de elevada estatura y corto cabello gris. Es uno de los seis pilotos capacitados para conducir ese avión. Los seis son ingenieros graduados, o científicos que desde hace tiempo se dedican a ensayar aviones. Petersen se ha graduado en la Academia Naval; posee tres títulos de ingeniería y unas 3500 horas de vuelo, 2000 de ellas en aviones de combate a reacción, y ha contribuído a evaluar la mayor parte de los aviones actuales de combate de la Marina norteamericana. Se ofreció para volar en los aparatos X porque, según dice, con ellos se lleva a cabo el programa aéreo de más trascendencia.

—Al ensayar aviones militares, uno se limita a comprobar si el aparato se comporta como debe —explica—. Pero aquí buscamos cosas nuevas, y tratamos de adquirir conocimientos básicos que ayudarán a diseñar aviones más modernos y perfectos.

En un vuelo del X-15 hay mucho que hacer, y poco tiempo para ello. El piloto debe regirse por el segundero de su reloj. Con el acelerador abierto hasta la mitad, el X-15 quemará su combustible (casi nueve toneladas y media) en 115 segundos. Si todo va bien, Petersen efectuará un programa de cinco etapas, a partir del momento en que se lanza el avión, a unos 14.000 metros de altura, hasta que se apaga el motor después de alcanzar los 22.800. Ha ensayado ese plan en más de 12 simulacros de vuelo y sabe todo lo que es posible saber acerca de esta misión antes de ejecutarla.

Los otros cinco pilotos del X-15 también están ocupados. Todos toman parte muy activa en cada vuelo, porque si algo va mal, sólo ellos pueden dar al piloto los informes que necesite. En esta ocasión, Neil Armstrong, de 31 años de edad, es-

tará encargado de la estación de control de Edwards. En el puesto de observación situado en Beatty (Nevada), estará John McKay de 39 años de edad.

Joe Walker, de 40 años, volará cerca en un supersónico F-104, mientras el B-52 eleva el X-15 a la altura a que será lanzado, e irá comprobando a través de la radio todas las medidas que tome Petersen antes del lanzamiento. En otros dos aviones de caza irán Robert Rushworth y el mayor Robert White, ambos de 37 años y también pilotos del X-15. (El 11 de octubre último, White alcanzó la marca máxima de altura en el X-15: 66.150 metros . . . más de 66 kilómetros, y el 9 de noviembre alcanzó una marca máxima de velocidad de 6587 k. p.h. ¡más de seis veces la velocidad del sonido!)

Acaso lo más sorprendente de estos pilotos sea que carecen del rasgo que uno más espera encontrar en quienes se ganan la vida de esta manera: la presunción. Todos hablan con entusiasmo de su trabajo, pero ninguno admitirá que tenga nada de heroico. White dice:

—No buscamos aventuras, sino recoger informaciones que ayudarán a diseñar aviones mejores y más seguros.

Los pilotos se mantienen en buenas condiciones físicas y ejercitan su pericia volando tan a menudo como les es posible en aparatos de alta velocidad. Walker explica:

—El hombre que se pasa toda la semana sin conducir su automóvil tiene más probabilidades de sufrir un accidente el domingo. En este oficio es indispensable que los reflejos sean instantáneos.

Los pilotos del X-15 viven tranquilamente con sus familias en Edwards o en pueblos vecinos situados en el desierto. Como es de suponer, sus esposas son mujeres disciplinadas que confían por completo en la pericia de sus maridos.

—Esto es esencial —dice uno de los pilotos—. Sería imposible obrar como es necesario si uno supiera que en casa lo aguarda un manojo de nervios.

A LAS 6 de la mañana el X-15 está listo para recibir el combustible. Se le echan unos 4700 kilos de *lox* (oxígeno líquido) a 184 grados centígrados bajo cero en un depósito situado en la parte media del avión. Esto le proporcionará el oxígeno necesario para encender los 3800 kilos de amoniaco.

A las 7 de la mañana, Forrest Petersen, que parece un astronauta en su traje a presión, avanza hacia el X-15 y sube por una escalera hasta la carlinga. Toma asiento, se pone el casco. La cubierta de la carlinga se fija y ajusta herméticamente. Se despeja el lugar, y los ayudantes comienzan a trasvasar el inestable amoniaco. Para el piloto ha comenzado la parte más difícil de su misión: la espera.

—Después de subir al avión —dice Jack McKay —es necesario a veces aguardar hasta cuatro horas antes del despegue. Se traspira profusa-

mente. A veces, cuando al fin se quita uno el traje a presión, derrama de dos a tres litros de sudor.

Esta vez la espera sólo dura una hora. A las ocho el capitán John Allavie alza el vuelo con el B-52, y comienza la ascensión de 45 minutos que lo llevará al punto fijado para el lanzamiento del X-15. Con disciplinada y cuidadosa precisión, Petersen empieza a revisar la lista de los 68 puntos que debe comprobar antes de separarse del B-52. Cuando termina, se le avisa que faltan cuatro minutos para el lanzamiento. Realiza las operaciones necesarias; hace que el *lox* y el amoniaco comiencen a correr por las tuberías; enciende el motor del cohete y lo mantiene en posición neutra . . . listo para salir disparado.

Faltan cuatro segundos . . . tres . . . dos . . . uno . . . ¡Lanzamiento! El X-15 cae bien, sin sacudidas. Petersen alza los ojos y mira el B-52; luego, su reloj. Habrá descendido unos 600 metros. Ya es tiempo de efectuar la maniobra número uno: avanzar el acelerador hasta la mitad de su recorrido. La cámara del cohete se enciende; se oye un ¡HUUMP! corto y estridente, y el X-15 se precipita hacia adelante, alejándose en un momento del B-52. Petersen siente que se incrusta profundamente en el asiento. Lee los indicadores, controla su avión con ligeros movimientos de muñeca, e inicia una subida, suave pero cada vez más pronunciada. Durante doce segundos oye un ruido semejante al de doce hornos gigantescos, y luego nada. El X-15 se ha vuelto supersónico, y ha llegado el instante de efectuar la maniobra número dos.

Petersen inclina las alas del avión en el ángulo necesario para la subida. El aparato se comporta bien. Exactamente 46 segundos después, y cuando se encuentra ya a una altura de 20.400 metros, realiza la maniobra número tres. Endereza el avión y entra en G cero (atracción de gravedad nula). En ese momento carece de peso, pues está en una trayectoria balística de órbita baja. Tampoco se da cuenta de la gran velocidad, porque a más de 19 kilómetros de la Tierra no hay punto alguno de referencia.

Treinta y dos segundos más tarde realiza la maniobra número cuatro. El avión entra en G uno; durante 25 segundos ensaya los alerones y el timón, y comprueba que responden al mando. Ha alcanzado la velocidad máxima asignada para ese vuelo: 3930 kilómetros por hora.

Su trayectoria lo ha llevado hasta los 22.800 metros, y la acción del cohete lo ha impulsado durante 115 segundos. Ya es tiempo de hacer la maniobra número cinco, que consiste en detener el motor y abrir el reductor de velocidad. El choque de la desaceleración es muy fuerte. Durante un instante, y a pesar del fuerte arnés que lo retiene, el piloto casi teme salir disparado a través del tablero de instrumentos. Durante 65 segundos permanece a la misma altura, perdiendo impulso; pasados éstos, ya llegó el momento para el regreso.

Cuando el X-15 se sumerge en la atmósfera, sus partes delanteras se ponen al rojo debido al calor. El piloto mira su reloj; luego hace nuevas maniobras.

Ahora Walker lo descubre. Se encuentran a varios kilómetros de la base de Edwards. Acercándose a Petersen, Walker lo guía hacia la pista de aterrizaje. El X-15, fino como una aguja, toca tierra a la manera de un pato, con la proa en alto mientras el tren de aterrizaje (dos patines de acero de un metro de largo) establece contacto con el suelo. Se alza una nube de polvo que cubre la pista.

—Bien hecho, Pete —dice Walker.

El vuelo de Petersen es otro hilo de la urdimbre que comenzó hace 14 años el primer piloto de los X, capitán de aviación Charles Yeager, de 24 años de edad. El 14 de octubre de 1947, Yeager subió a la carlinga del nuevo avión X-1, fabricado por la compañía Bell Aircraft y provisto de un motor cohete. Abriendo a fondo el acelerador, voló con la rapidez necesaria para superar la velocidad del sonido, que es de 1224 kilómetros por hora, y se conoce por Mach I. La era del vuelo supersónico había comenzado.

Después de eso, pasar la barrera del sonido se volvió asunto de todos los días. Fueron apareciendo nuevas generaciones de aviones X, pero el espacio guardaba sus secretos con terrible tenacidad. Esto se puso como nunca en evidencia cuando Yeager realizó su cuadragésimo tercero y último vuelo experimental.

El avión era el X-1A, construído, según se creía, con el propósito de que conservara la estabilidad a una velocidad dos veces mayor que la del sonido. Yeager abrió a fondo el acelerador y vio cómo la manecilla del Machmetro avanzaba de 1 a 1,5, a 2. Todo iba bien, y así llegó a 2,435, o sea una velocidad casi dos veces y media la del sonido.

Mas en ese punto el piloto advirtió un ligero movimiento de desviación, y de pronto el X-1A comenzó a dar violentísimos tumbos y vueltas. Giraba, invertido; volvía a enderezarse, mas sólo para iniciar un movimiento en espiral cada vez más acelerado. Cruzaba el cielo en alocada huída.

Yeager, fuertemente amarrado a su asiento, luchaba desesperadamente por recobrar el control. Poco antes de perder el conocimiento, se dio cuenta de que había exigido demasiado a su avión y de que no había manera de salir de él. Como se daba por descontado que a velocidades supersónicas era imposible arrojarse en paracaídas y sobrevivir, se había cerrado la cubierta de la carlinga desde fuera.

Después, las cámaras fotográficas colocadas a espaldas del piloto revelaron lo que ocurrió. Las manecillas de todos los manómetros ascendieron hasta salirse de sus escalas; una fuerza de más de 14 Gs tiraba en todas direcciones de Yeager, lo arrojaba de un lado a otro de la carlinga, lo hundía en su asiento, lo arrancaba de éste, lo golpeaba contra el tablero de instrumentos.

El motor cohete consumió su combustible y el X-1A comenzó a descender. Había caído ya 16 kilómetros y se encontraba a 7600 metros de altura cuando el piloto recobró el conocimiento. El aparato, invertido, giraba como un trompo. Haciendo un inaudito esfuerzo Yeager consiguió estabilizarlo y planear hasta la base de Edwards. Hubo que sacarlo de la carlinga. El traqueteo padecido casi le causa la muerte.

El fenómeno asesino descubierto por Yeager acecha en las altas regiones hipersónicas y, si el avión excede la velocidad para la cual está diseñado, anula todas las fuerzas que lo mantienen nivelado y en línea recta. Repetidamente, otros pilotos de pruebas fueron precipitados hacia esa furia; lucharon, la estudiaron y hallaron la forma de superarla con un nuevo tipo de estabilizador vertical que se extiende en parte por encima y en parte por debajo del fuselaje.

Desde poco antes de 1950 hasta 1960, los pilotos de los X penetraron cada vez más profundamente en lo desconocido. Algunos hallaron la muerte en la aventura. El capitán Milburn Apt se propuso alcanzar una nueva marca de velocidad, y lo consiguió, mas al llegar a Mach 3,2 perdió control del avión y se mató. Otro aviador pereció cuando su aparato explotó en un vuelo de ensayo. Mas los experimentos prosiguieron.

Pronto el X-15 alcanzará las máximas alturas que puedan lograrse en un avión pilotado. ¿Qué se hará entonces?

—Entonces trataremos de obtener la mayor velocidad y maniobrabilidad posibles a bajas alturas —dice Robert White—. Comprobaremos cuáles son las máximas presiones aerodinámicas que puede soportar el avión, y buscaremos la manera de aumentar su resistencia a ellas. Todavía nos falta mucho.

Por mucho que les falte, estos pilotos ya han contribuído enormemente al progreso de la aviación. Casi todos los principales perfeccionamientos en materia de diseño efectuados en los últimos dos lustros se han basado en el Programa de Vuelos Experimentales de la base aérea de Edwards. Los agraciados por el Trofeo Harmon de 1961, premio que se concede anualmente a los hombres que más contribuyen al desarrollo de la aviación mundial, fueron Walker, White y Scott Crossfield, este último veterano piloto de los X, y en la actualidad alto funcionario de la North American Aviation, Inc. El honor fue muy merecido por cierto. Pues no está ya lejos el día en que todos podremos cruzar con seguridad océanos y continentes en minutos en vez de horas, siguiendo el sendero abierto por los pilotos de los aviones X.



UNA DAMA escribió el siguiente recordatorio que puso luego junto a su teléfono: "Calla y escucha". —M. J.

En qué consiste la verdadera humildad

Por Michael Drury
Condensado de "Christian Herald"

Desde la casa materna, situada en las colinas, el cielo de las noches de verano se veía cuajado de estrellas como crisantemos, tan cercanas al parecer que a mí, acostumbrado al cielo de las ciudades, me infundían a la vez admiración y cuidado. Una noche, hace ya años, dejábamos vagar mi madre y yo la mirada por el cielo estrellado cuando, movido por lo que juzgué un sentimiento de humildad, rompí el silencio que ambos guardábamos y dije:

—¿Verdad que nos hacen sentir lo insignificantes que somos?

—No lo creas —repuso mi madre—. Yo me siento agradecida al pensar que formo parte de un universo tan hermoso.

El tono con que dijo esto dejaba traslucir cierta divertida extrañeza, como si le hubiese hecho gracia mi cándida manera de entender la humildad y los frutos que deja en nosotros. Percibí entonces que la humildad *no* supone empequeñecimiento del ánimo, sino antes bien, aumento de la capacidad de apreciar, de admirar, de deleitarnos; lleva a enmudecer en presencia de lo inefable, y a empeñarnos luego en buscar una explicación.

Muy a menudo consideramos la humildad como algo vagamente apetecible, pero que en realidad no deseamos; algo que puede hacernos bienaventurados, aunque no contribuirá ciertamente a que nos aumenten el sueldo. Produce cierta impresión de vacilante timidez incompatible con una inteligencia despejada y un carácter firme.

Descubrí, no obstante, que es todo lo contrario. Los hombres más admirados por su humildad —Sócrates, Lincoln, Gandhi, Einstein— no fueron almas tímidas, sino seres que se sentían llamados a llevar a cabo un magno empeño y a los que animaba la inquebrantable resolu-

ción de darle cima. No engendra la humildad abatimiento, sino reciedumbre y seguridad de ánimo.

En lugar de saturar, hasta hacerla pesada, la personalidad, la hace más interesante. Fue Teodoro Roosevelt hombre de inmensa, desbordante, y aun a veces atropelladora energía que se manifestó en muy variados campos. Esto no obstante, opinó jovialmente de sí mismo al decir: "Nadie podrá acusarme de simpático". Esta afirmación se acercaba más a la verdadera humildad que la actitud del que junta las manos y baja los ojos. Era notable la franqueza con que Fiorello La Guardia, el dinámico y pintoresco alcalde de Nueva York, reconocía sus errores, al declarar: "Cuando yo me equivoco, lo hago en grande". Ni Teodoro Roosevelt ni La Guardia confundían la humildad con el empequeñecimiento de las propias cualidades; por el contrario, conscientes de las exuberantes energías que poseían, se inclinaban más bien a confesar que a veces no sabían refrenarlas.

Todos nacemos ignorantes. Como observara el abate Ernesto Dimnet, hasta los mismos genios han de apoyarse en los conocimientos que otros han puesto a su alcance; en la suma de saber acumulado por lo que sus antecesores hicieron y descubrieron. Shakespeare aprovechó obras de otros dramaturgos. De Mozart se dice que tomó de una sonata de Clementi el tema inicial de la obertura de *La flauta mágica*. Bach halló inspiración y temática en las obras musicales de sus contemporáneos. Nada de esto disminuye la estatura de tales genios, ninguno de los cuales negó que así hubiese procedido. Sabían que la obra de todo hombre se apoya en la de sus predecesores y que, si tiene suficiente mérito, supera sus orígenes para formar parte del caudal común. Esto es legítima humildad.

Nada la revela tanto como lo que se ha llamado "la delicada indulgencia para con el ignorante". El director cinematográfico Alfred Hitchcock, hombre seguro de sí mismo como el que más, se hallaba hace algunos años filmando escenas de exteriores en un arrabal de Nueva York. El estado del tiempo no era favorable, y en una ocasión todo el personal tuvo que permanecer inactivo varias horas esperando que asomara el sol. Así estaban cuando un sujeto con aspecto de vagabundo se le acercó a Hitchcock para decirle:

—Oiga, ¿me permite una indicación?

—Dígame —contestó Hitchcock sin asomo de ironía.

Expectoró aquél ruidosamente y dijo:

—Usted le paga a esta gente por horas ¿no es verdad? Pues se ahorraría un dineral si instalase algún alumbrado.

A esto respondió Hitchcock con una breve explicación de la diferencia que hay entre las escenas exteriores y las interiores, y por qué no le era posible mezclar la luz artificial con la del día.

—Ahora me doy cuenta, patrón

—murmuró el vagabundo, y se marchó.

—Ha sido bondadoso de su parte tratar así a ese tipo —dijo a Hitchcock uno de sus ayudantes. Se encogió Hitchcock de hombros, y repuso:

—A todos, inclusive a los desarrapados, se les ocurren buenas ideas, y saldríamos perdiendo si no los escucháramos.

En tal respuesta había algo que sobrepasa la humildad: encerraba el reconocimiento de que en toda persona, por baja que sea su condición, hay un valor humano.

En mis tiempos de reportero me tocó hacer la información de la gira que cierto político efectuaba por una región de los Estados Unidos. Estábamos en abril y de repente el tiempo se tornó primaveral. Al político le traía muy entusiasmado la idea de una merienda campestre, pero debido a sus muchos compromisos no había tiempo de alquilar un auto y salir a las afueras de la ciudad. Entonces, a varias damas que formaban parte de la gira se les ocurrió darle una agradable sorpresa: encargaron a un restaurante cercano que sirviera una merienda en los sombreados jardines del palacio de justicia. Terminado el agasajo, vi que el político se ponía a recoger, para echarlos en el incinerador, los papeles, vasos y platos de cartón desparramados por el césped, con la misma sencilla naturalidad con que habría recogido del suelo del cuarto de baño de su casa una toalla usada. Aquella acción me puso más al tanto de su personalidad que cuanto hubiera podido decirme en la más extensa de las entrevistas. La humildad no pregunta qué es lo que aconseja la decencia en tales o cuales circunstancias: lo hace instintivamente, con naturalidad, sin darle importancia.

Casos hay en que la humildad es más sutil de lo que parece. Una actriz famosa proporcionó ocasión de gran lucimiento a un joven actor al confiarle uno de los papeles principales de la obra que iban a estrenar. El actor, que en los ensayos había estado magnífico, cometió la noche del estreno tremenda pifia. Desconsolado estaba en su camarín cuando irrumpió allí la actriz.

—Ya no hay esperanza para mí —le dijo él—. Le he fallado miserablemente. Sería mejor que renunciara al teatro.

—¡Qué! ¿Tan alta idea tenía usted de sí mismo que se juzgaba incapaz de cometer una equivocación? —le preguntó fríamente la actriz—. Yo me equivoco, todos nos equivocamos. El único que nunca se equivoca es Dios; y usted no es Dios, joven amigo. ¡Ea, vuelva a escena y verá que todo sale bien!

Obedeció el joven, y no tuvo por qué arrepentirse de ello.

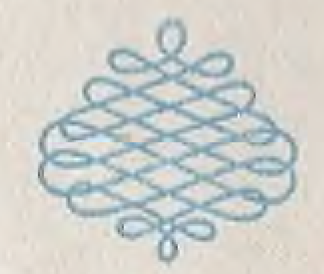
Reconocer nuestros errores es cordura; pretender que nunca hemos de errar equivale a colocarnos a nosotros mismos en un pedestal. Hay, sin embargo, una gran diferencia entre la humildad y la humillación. Es propio de la humildad reconocer que hemos incurrido en

error, procurar enmendarlo, *y seguir adelante*; mas no pide que vivamos en continua actitud de humillación.

Tan necesaria y útil es la humildad para el hombre como la quilla de plomo para el balandro de regatas: aumenta la estabilidad y evita que se vuelque. Mientras más veloz el balandro, más indispensable una quilla bien equilibrada. Tal vez el artesano o la madre de familia no se hallen tan expuestos a zozobrar como el presidente del consejo de ministros o la cantante de ópera, pero también necesitan una dosis de humildad que guarde proporción con sus responsabilidades.

Hay que poseer ecuanimidad para que la fortuna ajena no nos desvíe de nuestra senda, ya por admiración, ya por envidia. El niño del vecino que aventaja en todo a nuestro hijo; el compañero de oficina que llega a gerente a pesar de haber estado menos tiempo con la compañía que uno; el jugador de nuestro equipo de fútbol que se luce siempre en tanto que nosotros pasamos inadvertidos: llena está la existencia de casos como éstos, y sólo la verdadera humildad nos enseña a verlos en su justa perspectiva, ni situándolos a demasiada altura, ni negándoles la importancia que tienen. *La humildad es serenidad.*

No esperemos, ni de nuestra parte ni de la del prójimo, un grado perfecto de humildad: sería tanto como esperar absoluta sabiduría. Para alcanzar genuina humildad es menester conocernos a fondo, y esto requiere experiencia, que a su vez es hija del tiempo. No se adquiere el arte de la humildad en tres semanas. Como dijera el dramaturgo James Barrie: "La vida es una larga lección de humildad".



CUANDO la esposa del presidente Kennedy hizo pública su intención de ponerse vestidos hechos por modistos norteamericanos, mientras residiera en la Casa Blanca, el *Paris-Presse* comentó: "La señora de Kennedy se inclina hacia la austeridad en la moda".

— Women's News Service

Cuestión de opiniones

MARTHA BERRY: "No me gusta pasar los fines de semana con amistades, porque cuesta mucho trabajo ser amable durante tantas horas".

— Harnett Kane, en *Have Pen, Will Autograph* (Editores Doubleday)

JEAN KERR: "Mi opinión respecto a las dietas es análoga a la que tengo de los aviones: resultan excelentes para otras personas". — Fam

Bomba de tiempo en Nicaragua

Según claros indicios, una tragedia de tipo cubano amenaza a esa república centroamericana.

POR LESTER VELIE

Un joven estudiante de derecho en la Universidad de Nicaragua, Tito Castillo, ha revelado las torturas a que fue sometido para que denunciara un complot contra el Gobierno, cuya existencia se sospechaba. Cuenta que, después de apalearlo lo desnudaron, lo obligaron a tenerse de pie, recostado contra la pared en un piso empapado, le conectaron electrodos a los dedos e hicieron pasar por su cuerpo una descarga eléctrica. "Sentí como si un puño gigantesco me hubiera golpeado los pulmones, dejándome de pronto sin resuello", dice. Agudos dolores le taladraban el cráneo; pero no pudieron arrancarle una palabra.

Una semana después, un médico de la Cruz Roja lo encontró en un calabozo, delirando a causa del dolor y lo hizo trasladar a un hospital militar, donde le dieron de alta varios meses más tarde. "Soy uno de los afortunados", dice el estudiante.

Unos 18 meses antes de que Tito fuese detenido, seis jóvenes habían perdido la vida cuando el ejército descargó sus ametralladoras sobre un grupo de estudiantes que hacían una manifestación pacífica en la ciudad universitaria de León. Apenas seis meses antes, un muchacho de 18 años había sido muerto a tiros en la cárcel "al tratar de huir". Otros, según consta al que esto escribe por haberlo visto en la prisión de La Aviación, en las afueras de Managua, han estado detenidos durante meses enteros sin mediar juicio y aún sin que se les haga cargo alguno.

En Nicaragua son parte de la vida cotidiana el tormento, los fusilamientos y las prisiones. Esta república centroamericana, a menos de 450 kilómetros del canal de Panamá y con una población de 1.500.000 habitantes, vive del café, el algodón y la ganadería. Las generaciones anteriores la recuerdan como

un país turbulento que fue ocupado en 1912 por la infantería de marina norteamericana (a petición del presidente Adolfo Días que pidió ayuda para mantener el orden y sostenerse en el poder). La ocupación militar duró 21 años. Hoy Nicaragua vuelve a atraer penosamente la atención pública, como escenario de una tragedia muy parecida a la que en Cuba precedió el acceso de Fidel Castro al poder.

En Nicaragua gobierna una dictadura militar. El general Anastasio Somoza detentó el poder en 1936 y dos hijos suyos le sucedieron cuando fue asesinado, en 1956, con lo que se fundó la primera dictadura hereditaria de nuestra época. Lo mismo que Fulgencio Batista en Cuba, los Somozas se mantienen alejados del pueblo. Viven en un campo militar situado en lo alto de una colina que domina a Managua, erizado de tropas y fortines, como un puño que amenaza a la capital. Viejas gangrenas sociales consumen al país, y de ello sacan provecho los comunistas. Los Somozas, sin embargo, como Batista, hacen caso omiso de esas gangrenas y de la amenaza comunista.

En el curso de los últimos 30 meses se han registrado 23 levantamientos, desde meras incursiones en la frontera por parte de algunos puñados de mozalbetes desesperados, hasta invasiones por el aire, financiadas y organizadas por familias de profesionales y comerciantes de Nicaragua. Fidel Castro ofreció aviones y pilotos para uno de esos levantamientos a condición de que éste fuese encabezado por cubanos. Los rebeldes rechazaron el ofrecimiento; mas un nicaragüense dice: "Tal vez algún día tengamos que aceptar ayuda dondequiera que la encontremos".

Evitar que Nicaragua acabe por seguir el camino marcado por Cuba es uno de los problemas más urgentes y más inquietantes que existen en Iberoamérica. La raíz del problema la constituye la familia Somoza. El difunto Anastasio Somoza, o "el General", sencillamente, como le gustaba que le llamasen, fue un muchacho de la clase media que trabajó con ahínco y llegó a convertirse en dueño de toda una nación. Parte de su educación la recibió en los Estados Unidos. Cuando yo lo conocí en 1950, llevaba ya 13 años gobernando a Nicaragua y se hallaba en el apogeo de su poder. Hombre corpulento y obeso, rebosante de gusto por la vida, me preguntó vivamente, en buen inglés, por la suerte que corría cierto equipo de béisbol durante aquella temporada.

Empero, el béisbol y el inglés eran las únicas cosas norteamericanas que en lo personal interesaban al General, conocido también por "Tacho". Las liberales instituciones políticas de los Estados Unidos ya eran otra cosa.

"La democracia en Nicaragua no es más que una criatura", le dijo el General en cierta ocasión a Franklin Roosevelt, "y a una criatura no se le da de comer de todo en se-

guida. Ya les permitiré a los nicaragüenses que vivan en libertad . . . pero en una libertad a mi manera. Si a un chiquitín le da usted un tamal con chile, lo mata".

Tacho nunca llegó a dar a su país aquel tamal con chile. En vez de esto, daba muerte o enviaba al destierro a sus adversarios, o ejercía el poder con cínicas argucias de las que se jactaba bonachonamente. (Cierta vez que un títere de los Somozas, elevado a la presidencia por medio de elecciones fraudulentas, pretendió obrar por cuenta propia, Somoza lo arrojó de su puesto antes de 27 días, clamando: "¡Ese viejo idiota se cree que lo eligieron presidente! ¡Vaya! ¡Yo bien sé que no obtuvo más de 10.000 votos auténticos!")

El General derramaba entre los miembros de su familia honores y cargos. Les legó asimismo una fortuna tan grande que resulta difícil precisar los límites entre los bienes de los Somozas y la riqueza del resto del país. Un contratista nicaragüense comentaba:

"Cuando importo acero del extranjero, lo hago traer a bordo de un barco propiedad de los Somozas, pues de éstos es la única empresa naviera de Nicaragua. Mi cargamento es desembarcado por medio de lanchones pertenecientes a ellos, despachado por una oficina aduanera de los Somozas y almacenado en el Puerto de Somoza, posesión de la familia. Después los materiales son trasportados a Managua en camiones de los Somozas".

Aquel contratista podría haber agregado que si necesitaba hormigón, madera o piezas metálicas para estructuras, tendría que adquirirlas de alguna de las muchas empresas de los Somozas. Si viajaba, podía hacerlo por una línea aérea cuyos principales propietarios eran ellos.

Y lo anterior no es todo. Pregunté al primogénito del General, a Luis, actual presidente de Nicaragua, si era verdad que su familia era dueña del 10 por ciento del total de las tierras labrantías de su país.

—No —me contestó—. No son nuestras más que 80.000 hectáreas.

Quienes han estudiado la fortuna de la familia me habían asegurado que sólo en una provincia ganadera ésta posee 160.000 hectáreas. Con todo, aun tomando en cuenta únicamente la cifra mencionada por Luis, los Somozas son dueños de tierras que equivalen al doble de las dedicadas al cultivo del algodón en todo el país.

¿A cuánto asciende su fortuna? Luis me dijo que "no pasa de 10 millones de dólares". Los banqueros de Managua la calculan en cuatro veces esa suma . . . o más. Tan enormes riquezas constituyen una maldición para los hijos de Tacho, pues a fin de conservarlas tienen que retener también el poder político. Y ésta es una empresa cada día más difícil. Ya sólo quedan tres dictaduras en Iberoamérica, incluyendo la de Castro.

El presidente Luis Somoza tiene 39 años pero aparenta más. Es rollizo, pesa más de 90 kilos y ostenta

ya la papada de un hombre de edad madura. Tiene también la mirada intranquila de una persona sobre la que pesa un grave problema. Debe tratar de ganarse la buena opinión del resto del mundo con una complicada ficción de gobierno democrático. Cuando estuve allí, celebró varias ruedas de periodistas . . . aunque había censura de prensa y el país se hallaba en estado de sitio (cosas ambas que han desaparecido de entonces acá). Hablaba a la sazón de "las elecciones de 1963", aunque de hecho sólo existía un partido: el suyo, y las radiodifusoras, que estaban censuradas, tenían prohibido "hacer política". Hablaba de tribunales y congreso, si bien jueces y legisladores no son sino instrumentos de los Somozas.

Su hermano Anastasio, que cuenta 35 años y a quien se conoce por "Tachito", se fía de su simpatía personal. A diferencia de Luis, Tachito aparenta ser más joven de lo que es en realidad. Tiene una abundante cabellera negra y chispeantes ojos castaños; a menudo rompe en risas juveniles.

Tachito se graduó en West Point, la academia militar de los Estados Unidos. Una vez graduado, su orgulloso progenitor le hizo dos regalos: una academia militar (la de Nicaragua) y un ejército. Así pues, Tachito luce el uniforme de general con cuatro estrellas y se complace en hacerse llamar, como su padre, "el General", a quien se parece en la astucia y la crueldad. Por los días en que hablé con él, días en que se mostró más gentil que nunca, en los terrenos del palacio fusilaban a un grupo de rebeldes que habían sido hechos prisioneros en una escaramuza ocurrida en la frontera.

Cuando el viejo General fue asesinado, sus dos hijos actuaron rápidamente con objeto de conservar el poder en la familia y proteger la fortuna de ésta. El asesinato fue un acto aislado de un poeta de 27 años que obró por cuenta propia, pese a lo cual los hermanos Somoza atestaron las cárceles del país con cerca de 3000 "sospechosos", entre los que se contaba lo más selecto de los profesionales y hombres de negocios de Nicaragua. A continuación, Tachito procedió a arrancar "confesiones" a sus prisioneros y a liquidar viejas rencillas echando mano de los métodos aprendidos de su padre.

El palacio presidencial da a un vasto jardín tropical donde el viejo General mantenía su propio parque zoológico: una pantera negra, varios leones y algunos tigres jóvenes. En las jaulas disponibles, separadas de los inquietos prisioneros irracionales por delgados barrotes de hierro, los Somozas arrojaron a sus principales prisioneros humanos, exponiéndolos a la curiosidad de los soldados, de la servidumbre y de los hijos de los dictadores.

"Aquello se parecía a la época de los emperadores romanos, y durante algún tiempo creímos que nos estaba reservada la suerte de los mártires cristianos", me dijo el Dr. La-

cayo Farfán, médico distinguido a quien desterraron los Somozas y con quien hablé en Méjico. En vez de correr tal suerte, los prisioneros sufrieron otras pruebas: el suplicio del agua en el fondo de un pozo; incesantes horas de implacable interrogatorio a la luz de una ardiente bombilla eléctrica que les quemaba los ojos; y por último el encierro en los subterráneos del palacio en calabozos tan estrechos que los prisioneros no podían estar de pie.

Todo esto se hacía bajo el estado de sitio, que suspendía las garantías sociales y que Luis Somoza, presidente interino, mantuvo prudentemente en vigor durante los meses en que hizo su campaña para ser elegido. Como quiera que los líderes de la oposición se encontraban en la cárcel o en el destierro y estaba prohibida toda actividad política, la oposición no presentó candidato alguno. Luis resultó "elegido" por abrumadora mayoría.

En la Nicaragua de hoy se tiene la constante impresión de vivir vigilado. El secretario de cualquier embajada extranjera que invita al periodista a almorzar en su apartamento, le advierte: "No me llame usted por teléfono; venga sin avisarme. Mi teléfono está intervenido". Los nicaragüenses ruegan al visitante que se encargue de sacar del país las cartas que escriben. "Abren la correspondencia", dicen. "Y a veces ni siquiera se molestan en cerrarla de nuevo y se recibe atada apenas con una cuerda".

Son contados los hombres de la clase media que no se han visto detenidos por motivos políticos. Un sacerdote decía: "Ningún nicaragüense se considera hombre honrado a menos que haya estado en la cárcel". Cuarenta y cinco de los 132 miembros del colegio de abogados, incluyendo cuatro de los siete que componen la junta directiva, han estado en prisión. Otro tanto puede decirse de la tercera parte de los ingenieros y médicos del país.

Los Somozas continúan recurriendo a la represión para sostenerse en el poder. Empero, también buscan aliados. Recompensan a los oficiales del ejército así como a otros individuos permitiendo que se enriquezcan en un ambiente de peculado y corrupción generales. Los oficiales han hecho un lucrativo negocio del contrabando, importando, libres de derechos, licores, cigarrillos y otros productos que venden a precios más bajos que el comercio.

Más peligrosa aún es la colaboración de los Somozas con los comunistas. Aquéllos aportaron el dinero para la campaña en que los líderes comunistas conquistaron los puestos más elevados en la Confederación General de Trabajadores de Nicaragua, o CGT. Los comunistas devuelven favor por favor. Cuando grupos rebeldes irrumpieron en Nicaragua por la frontera con Honduras e incitaron a la huelga a los trabajadores asalariados, los comunistas obligaron a los obreros a seguir trabajando, evitaron el paro general, y de este modo frustraron la revuelta.

Los Somozas deben saber que los comunistas vienen empleando la vieja estrategia con que alcanzaron el poder en Cuba: aunque secretamente unidos, en público se presentan como divididos. La mitad de ellos, conocidos como comunistas negros, colaboran con el dictador y mantienen viva la maquinaria del partido. La otra mitad, a quienes se conoce por comunistas rojos, luchan contra el dictador a fin de presentarse, en alguna futura revolución, como "campeones de la libertad". Con todo, los Somozas permiten que los comunistas sobrevivan, a la vez que gastan buena parte de los fondos de la administración en espiar, acosar y reprimir a los elementos demócratas del país.

Tachito me aseguró que sólo el 17 por ciento del presupuesto de Nicaragua se empleaba en garantizar la "seguridad nacional". Sin embargo, el presupuesto contiene tantos renglones ocultos que los gastos para seguridad exceden en realidad el 50 por ciento. Tan exorbitantes desembolsos para sostenerse en el poder dejan poco dinero sobrante para urgentes obras sociales y económicas. Muchas naciones iberoamericanas se afanan por llevar a cabo en el menor tiempo posible reformas que puedan evitar una revolución. Mas no así Nicaragua. Para el año que empieza, Nicaragua no proyecta la construcción de una sola escuela, a pesar de que de cada 100 niños de la población rural, sólo siete asisten a la escuela y que de cada tres nicaragüenses, dos son analfabetos. Y como los Somozas continúan agregando vastas extensiones de tierras a sus ya inmensos latifundios, lo mejor del suelo del país va quedando en manos de un número de personas cada día más reducido. Esto es la reforma agraria al revés.

Una horrenda explosión se prepara en Nicaragua. A la izquierda, las clases bajas, carentes de todo, se agitan a causa de injusticias a que no se pone remedio. A la derecha democrática se encuentran las familias descontentas de los profesionales y comerciantes, para quienes derrocar a los Somozas se ha convertido en obsesión. Al margen hallamos a los comunistas en espera del tremendo estallido.

Por los días en que una explosión parecida se anunciaba en la Cuba precastrista, los Estados Unidos no querían ver ni oír nada malo en ella. Después de todo, Batista mantenía el orden . . . y era amigo de los Estados Unidos. Una actitud parecida ha guiado las relaciones de ese país con los Somozas. Al referirse al difunto General, Franklin Roosevelt observó cierta vez: "Es un sinvergüenza pero es un sinvergüenza *nuestro*".

Thomas Whelan, que fue hasta hace poco y por largo tiempo embajador de los Estados Unidos en Nicaragua, nunca mostró tales reservas. Era ardiente admirador de los Somozas y al dirigirse a Luis y Tachito les decía "hijos míos". Después de los Somozas, Whelan era el hombre más odiado en el país.

Otras causas tienen los nicaragüenses para considerarse agraviados por los Estados Unidos. Por ejemplo, aquéllos que han sido víctimas de la brutalidad de los *Cascos de acero* (los miembros de la Guardia Nacional), no vacilan en hacer notar que estos salvajes milicianos fueron adiestrados principalmente por norteamericanos en el fuerte Gulick, que los Estados Unidos mantienen en la Zona del canal de Panamá. (Cerca de 3500 de los 5000 guardias nacionales han pasado por el fuerte Gulick, donde aprendieron el uso del equipo y las armas más modernas, según me dijo el propio Tachito.)

"El gobierno norteamericano brinda su apoyo a los anticastristas que luchan por la libertad, pero a los refugiados antisomozistas los mira como sospechosos y hasta les veda la entrada a los Estados Unidos", comenta el Dr. José Figueres, ex-presidente de Costa Rica y siempre entusiasta defensor de la democracia, a quien los Somozas han tratado dos veces de asesinar. "Tal proceder coloca a la más poderosa de las democracias del mundo del lado de la dictadura y descorazona a quienes luchan contra ésta".

¿Qué se puede hacer en favor de las fuerzas democráticas de Nicaragua? La reprobación norteamericana hizo que los Somozas pusieran término al estado de sitio y a la censura de la prensa en julio pasado, pero mantienen su dominio sobre la maquinaria electoral, que es determinante. Así pues, los enemigos de la dictadura opinan que no les quedan sino dos caminos: organizar nuevas revoluciones, o conseguir del exterior una vigilancia que garantice la libertad de la campaña política y la legalidad de las elecciones en 1963.

La Organización de Estados Americanos podría llevar a cabo una acción conjunta por parte de las naciones de este hemisferio para garantizar a los nicaragüenses unas elecciones limpias bajo la vigilancia de la OEA. Si no se toma alguna medida, quizá veamos en breve otro Estado-gendarme convertido, en nuestras propias barbas, en Estado comunista.

SI ALGUIEN le diera diez centavos por cada frase amable que hubiese dicho usted respecto a otra persona, y le quitara cinco centavos por cada frase ofensiva contra un prójimo ¿resultaría usted más rico o más pobre?

— *Word and Way*

Diccionario impertinente

Parientes: Críticos heredados. (G. F. C.) . . . *Medicina social*: Reunión de señoras que describen sus respectivas operaciones. (G. F. C.) . . . *Matrimonio*: Inversión que rinde buenos dividendos, si hay interés. (T. H.)

Cómo empezó la vida

La impresionante y misteriosa historia de la creación de la materia viva: un milagro que la ciencia no ha podido reproducir aún.

Por Rutherford Platt

Autor de "This Green World", "River of Life", "Wilderness", etc.



TRAS SIGLOS de enconadas polémicas sobre el origen de la vida en la Tierra, se está llegando al fin a una asombrosa explicación, resultado de pacientes trabajos de investigación realizados en laboratorios de todo el mundo, explicación más sorprendente aún que la teoría de Darwin de que todos los seres humanos descienden de un común antepasado simiesco. Los hombres de ciencia, escudriñando los albores mismos de la vida, han seguido la pista a los orígenes de la humanidad hasta un extraordinario producto flotante en los mares primitivos.

Hace una inmensidad de tiempo, quizás unos tres mil millones de años, llegó a su fin la infancia gaseosa de la Tierra. La temperatura de la superficie de nuestro planeta dependía ya de la luz solar. La nueva corteza, desierto metálico de lava, escoria y granito, fue campo de batalla de los elementos, iluminado por los deslumbrantes resplandores de las corrientes de lava, entre el estruendo y conmoción de los terremotos. El vapor brotó por grietas en todo el globo; grandes géiseres lanzaron agua hirviendo hasta saturar la atmósfera, y nubes negras borraron el sol.

Luego vinieron las lluvias. Al descargar las nubes se produjeron aguaceros que duraron siglos, hasta llenar de agua dulce extensas zonas bajas de la corteza. Cuando al fin se disiparon las nubes, el sol brilló en los océanos nuevos y azules.

Sin embargo, la Tierra era simplemente una esfera muerta de rocas y agua destilada. Contaba con los elementos indispensables para la vida como hidrógeno, carbono, nitrógeno y oxígeno, mas no podía aprovechar ninguno.

Por ejemplo, en el aire no había oxígeno en estado libre. (La atmósfera era una mezcla de vapor de agua, amoniaco y metano.) El oxígeno terrestre estaba unido al hidrógeno (H_2O), o en el mineral de hierro, o en el granito (que es mitad oxígeno) y en otras rocas en las profundidades de la corteza. La provisión de nitrógeno se encontraba en análogas condiciones. El carbono estaba fuertemente unido a metales pesados (como en el caso del carburo de hierro) y enterrado bajo inmensas capas de granito y lava. Todas las probabilidades estaban en contra de un acontecimiento tan fantástico como la creación de la vida.

Pero si la Tierra carecía de vida, abundaba en sucesos espectaculares: surgían los conos de los volcanes; las vibraciones ultravioleta bombardeaban mar y tierra; fuertes vientos agitaban las aguas. Los elementos vitales, derretidos y desmembrados por esos cataclismos, comenzaron a chocar con los líquidos y gases volcánicos, disolviéndose y mezclándose en los mares. La lluvia arrastraba sustancias químicas del aire; los ríos labraban valles, disolviendo las sales de las rocas. Todo este tesoro químico desembocó en los mares, que pasaron a ser la cuna de la vida.

Los depósitos de los océanos constituyeron un medio único para las aventuras de la química. Los fulgores del sol abrasaban la superficie terrestre durante el día, pero el agua de la superficie del mar se mantenía a una temperatura moderada, gracias a las corrientes frías submarinas. Ahí, con calor moderado, entre corrientes que se mezclaban, reaccionaron las sustancias químicas procedentes de la atmósfera con las sales extraídas de las rocas.

De haber estado allí para presenciar el advenimiento de la vida, habríamos visto un océano variable, muy parecido al que vemos actualmente: azul, con el cielo despejado; gris, bajo un cielo encapotado; con blancos penachos cuando sopla el viento. El oleaje chocaba, no obstante, contra rocas sin percebes ni algas marinas; las olas se deslizaban sobre playas oscuras, vacías, sin los colores de conchas, cangrejos y peces muertos.

Habríamos buscado entonces los primeros hidrocarburos, que son el punto de partida en la evolución química de la vida. Las moléculas de hidrógeno y carbono tienen poderes misteriosos. Entre otras cosas, su capacidad de crecimiento refleja una característica de la materia viva. Un hidrocarburo, en lugar de ser una partícula inmutable de materia, puede reproducir y multiplicar su estructura y por tanto crecer más y más.

Durante mucho tiempo, los químicos creyeron que los hidrocarburos, como otras sustancias "orgáni-

cas", sólo podían ser formados por células vivas. Esto planteaba un problema desconcertante. ¿Cómo podía haber hidrocarburos sin vida, y cómo podía comenzar la vida sin hidrocarburos? Hoy, mediante experimentos de laboratorio, se ha demostrado que los hidrocarburos primitivos pudieron formarse cuando las moléculas de metano fueron bombardeadas en el aire por rayos cósmicos y descargas eléctricas.

Mas a pesar de la liberación de los elementos y la formación de ciertos compuestos químicos fundamentales para la vida, se necesitaba algo más: la estabilidad de la forma. Todo lo que vive debe tener un cuerpo.

No hay que ir muy lejos para encontrar las primeras formas entre los hidrocarburos antes de iniciarse la vida en el mar. Cuando la materia orgánica se aglutina y se queda suspendida en agua, sus moléculas tienden a unirse y forman una especie de jalea. Los químicos la llaman coloide, y es un estado de la materia intermedio entre el líquido y el sólido. Son bien conocidos los coloides como la gelatina, la clara de huevo, las gotas de aceite, la espuma de un caldo. Si se agita el coloide en un líquido acuoso, en lugar de disolverse se separa en pequeñas gotas. Así, los hidrocarburos que había en el mar antes de existir la vida, agitados por corrientes y vientos tempestuosos, formaron gotitas pegajosas.

Mediante instrumentos ultrasensibles se ha descubierto recientemente un hecho curioso acerca de estas gotitas gelatinosas: en la superficie tienen una pequeña cantidad de magnetismo que atrae las moléculas de agua en que flotan, y las hace adherirse en filas paralelas y apretadas. Esto da a la gotita gelatinosa un revestimiento acuoso peculiar, a través del cual pueden entrar y salir materias disueltas. Así, las gotitas gelatinosas pueden sostenerse con materiales renovados de sus alrededores, y disfrutar de una existencia individual.

Las innumerables gotitas gelatinosas del mar eran sólo remedos del protoplasma de las células vivas. Sin más vida que la espuma del mar, fueron agrupándose tranquilamente en medio de una inmensa agitación. Pero cada conjunto de gotitas aisló una porción diminuta del mar, donde las reacciones químicas se efectuaron con cierta regularidad y dirección.

Las superficies curvas y trasparentes de las gotitas gelatinosas, actuando como microscópicas lupas, enfocaron los rayos luminosos, fuertemente cargados de radiaciones ultravioletas. Actualmente, el ozono de las capas superiores de la atmósfera protege contra los rayos ultravioletas el delicado protoplasma de las células vivas. Pero en la era de la Creación no había ozono y la luz ultravioleta provocó las reacciones químicas de la vida en los materiales flotantes del océano primitivo. Cuando esa energía fulgurante atravesó las gotitas gelatinosas, despertó el impulso creador.

No podemos saber cuánto tiempo tardó en aparecer el primer destello de vida. No se marcó límite alguno al tiempo. Durante largas épocas fueron cociéndose a fuego lento las gotitas gelatinosas en los mares templados. Infinitas combinaciones de átomos debieron formarse en la gelatina orgánica, únicamente para perderse en el olvido. Las mejor constituídas sobrevivieron; las más débiles se deshicieron, en una especie de selección natural anterior a la vida. Así, en escala silenciosa, invisible y majestuosa, los elementos lucharon por la vida.

Llega entonces un período avanzado de la era de la Creación. Los océanos de la Tierra han envejecido. La espuma de donde saldrá la vida se halla en la superficie del agua, dándole el sabor de muchas sales minerales. En los últimos millones de años se ha acelerado la evolución de las gotitas gelatinosas bajo la influencia de catalizadores (sustancias que aceleran las reacciones químicas). Los primeros catalizadores fueron probablemente partículas de arcilla arrastradas de la tierra al mar. Éstas atraen grandes cantidades de moléculas de otra clase de materias y las ponen en estrecho contacto, de modo que se efectúan más reacciones y se forman nuevos compuestos.

Gradualmente surgieron algunas moléculas gigantes, o conjuntos de moléculas, descendientes complejos de las simples gotitas gelatinosas, hasta que, finalmente, después de un tiempo infinito y de infinitas combinaciones químicas, se formó la maravillosa molécula que llamamos proteína. Hablamos de este acontecimiento como si hubiera sucedido súbitamente, al chocar ciertos átomos y unirse en una disposición especial. Pero el hecho es que simplemente descubrimos la proteína en la inmensidad del tiempo, y no podemos saber cómo apareció.

La posibilidad de que los átomos de carbono, oxígeno, nitrógeno e hidrógeno, así como también fósforo y una constelación de elementos metálicos se unieran en las proporciones correctas y en condiciones adecuadas, puede compararse con la posibilidad de que una baraja de naipes arrojada al aire caiga sobre la mesa en perfecto orden: casi un imposible, aunque la baraja de naipes fuese lanzada al aire cada segundo durante toda la historia de la humanidad. Pero tratándose de moléculas que evolucionan hacia una mayor complejidad y chocan a velocidades electrónicas en la infinidad del tiempo, un día podría presentarse la más remota posibilidad: una molécula de proteína.

La nueva sustancia era algo totalmente distinto de las rocas, los gases y los líquidos. Muy posiblemente, jamás había existido nada igual en nuestro sistema solar. Comparada con las moléculas comunes, resulta un gigante compuesto de cientos de átomos, con una estructura singular que le dio poderes fantásticos.

Dentro del complicado andamiaje de una molécula de proteína se

mueven cargas eléctricas de diferentes magnitudes. Los ácidos y los álcalis reaccionan unos con otros. Se hacen y deshacen ligaduras. La sustancia posee inmensa energía química y puede crecer en todas direcciones. Se expande y se contrae; se alarga, se acorta y se dobla. Puede estirarse como un bastón, enrollarse como una pelota, o enroscarse en un extremo como el número 6. Las proteínas unidas a ciertas otras moléculas llamadas ácidos nucleicos que también evolucionaban en el mar, constituyeron la clave de la vida. Con el trascurso del tiempo dieron origen al protoplasma, las enzimas, los genes, la insulina, la hemoglobina; crearon músculos y órganos, y coordinaron su funcionamiento; dirigieron la contracción cardiaca, la respiración pulmonar, los impulsos nerviosos y, por último, la corriente del pensamiento.

Mas antes de todo eso, tomando como materia prima la sustancia flotante de los mares primitivos, las moléculas de proteína tuvieron la misión de formar una célula viva.

Porque estas moléculas, aun siendo extraordinarias, no son la vida todavía. Primero se necesita acelerar, por medio de supercatalizadores, la actividad química de la sustancia flotante. Los catalizadores de la vida son una clase especial de moléculas de proteína llamadas enzimas. Cuando aparecieron por una casualidad de la evolución, electrificaron la sustancia flotante. Reacciones químicas que habían tardado millones de años, fueron aceleradas a velocidades enormemente mayores.

Tras tanteos químicos de millones de años, en una época de rápido desarrollo, se produjo el pigmento verde que llamamos clorofila. Las sustancias gelatinosas del material flotante, provistas de clorofila y por tanto capaces de realizar la fotosíntesis, pudieron ya fabricar alimentos dentro de sus propios cuerpos, a base de luz, aire y agua.

Realizada esta hazaña, hemos llegado al misterioso umbral. Únicamente resta dar un paso más para que las masas gelatinosas, flotantes en el mar primitivo, pasen a ser la primera vida en la Tierra.

Para que las gotitas gelatinosas y las complejas moléculas puedan considerarse vivas, deben ser capaces de llevar sus banderas a través de los horizontes de tiempos futuros, y trasmitir los caracteres de la especie a sus descendientes. De otro modo, esa sustancia casi viviente estaría condenada para siempre a hacer nuevos comienzos. El paso vital se dio cuando la proteína y el ácido nucleico (con sustancias accesorias) se unieron misteriosamente para formar el primer protoplasma. Las moléculas de ácido nucleico, de cadena larga, ricas en nitrógeno y fósforo, parecen llevar dentro de sí los "planos", y las combinaciones de proteína y ácido nucleico se convirtieron en duplicadores que podían chocar con otras moléculas en el ángulo y en el tiempo precisos, deshacerlas y volverlas a armar a su

imagen y semejanza. Así se hizo posible la magia de la herencia. Y entonces se cruzó el umbral, aunque las células complejas que conocemos hoy estaban aún en un futuro lejano. Había comenzado la vida.

Hoy el hombre se halla en el umbral de poder sintetizar en el laboratorio las proteínas más sencillas; pero hay millones de proteínas diferentes. Aunque la ciencia ha resuelto en parte el misterio del origen de la vida, sólo ha logrado con ello aumentar nuestro asombro ante el milagro de la vida.

Hay muchos sin duda que estarán de acuerdo con las palabras de Erasmo Darwin, médico y científico del siglo XVIII, abuelo del famoso Carlos Darwin: "El mundo ha evolucionado poco a poco de un modesto comienzo, y ha ido creciendo gracias a la actividad de las fuerzas elementales que lleva en sus entrañas. ¡Qué idea sublime del poderío infinito del gran Arquitecto, Causa de todas las causas! Porque si pudiera compararse el Infinito, sin duda se necesitaría un Infinito más inmenso para causar las causas y efectos que para producir únicamente los efectos".

Caricaturas

El médico a su paciente: "Le recomiendo que este año no salga de vacaciones y descanse lo más que pueda". —D. M.

Una dama al librero: "Lo que quiero es una novela de gran éxito, pero de la que no esté hablando ya todo el mundo". —C. P.

Comenta un fatigado hombre de negocios, aficionado a la horticultura: "Ojalá que estos tomates resulten tan grandes como mis ampollas". —D. E.

Un marido, con los ojos fijos en el menú del restaurante, dice a su mujer: "Nada que cueste tanto puede abrir el apetito". —G. W.

Joven estudiante dirigiéndose a su papá: "Pues no, este año no me ascendieron. ¿Y a ti?" —D. T.

La muchacha, a su novio, en la oficina de licencias matrimoniales: "Parece tonto solicitar licencia cuando ya terminó la cacería". —L. D.

Piloto aviador dirigiéndose a su esposa: "Lo de todos los días: Nueva York, Londres, París, Roma . . ." —Lepper



El niño, el viejo y el mundo

Por Robert Ruark

*Condensado del libro "The Old Man's Boy Grows Older"**

A medida que uno se hace hombre, el mundo parece más grande y temible. Mas el abuelo del autor sabía cómo reducirlo de tamaño para su nieto.

SIN DUDA alguna mucha gente se extrañaría de que yo, en lugar de asistir al entierro de mi abuelo, me largase tranquilamente a pescar. Al Viejo no le hubiese pareci-

do nada del otro jueves. Era mi abuelo, y no tengo palabras con que expresar el dolor que sentí cuando murió. Andaba yo por los 15 y estaba solo, sin alma viviente que me acompañase, en un mundo demasiado grande para mí, desaparecido el Viejo.

Las calles de nuestra ciudad, allá en la Carolina del Norte, hormigueaban de gente hasta donde alcanzaba la vista, desde el añoso encinar por un extremo, hasta el río por el otro. Había muchas caras negras. Entre la muchedumbre se veían no pocos perros. Chicos y grandes se habían dado cita para decir el último adiós a mi abuelo. La única cara que faltaba allí era la mía. Mas yo me había despedido ya de él y no quería mezclarme con aquella abigarrada multitud de dolientes. Empuñé los remos y puse proa a Battery Island. Sólo el trinar de los pájaros turbaba el silencio de aquel islote solitario.

—Marzo es un pésimo mes —solía decir el Viejo—; dedícalo a recordar.

Por eso me senté en el bote y me puse a pescar y a recordar.

—No es gran cosa lo que te voy a dejar —me había dicho cuando sintió que se iba—. Esta enfermedad cuesta un pico. La casa está hipotecada, y tengo un pagaré pendiente en el banco. La crisis dura todavía. Todo lo que te dejaré serán unas escopetas, un esparavel, y un bote. Y, acaso, acaso, mi recuerdo.

De pronto se hizo luz en mi cerebro. ¿Qué quiso decir con eso de no dejarme gran cosa? Si yo era el muchacho más rico del mundo. Si yo había pasado 15 años con el Viejo y casi todo lo que sabía se lo debía a él: yo sabía echar un esparavel, disparar una escopeta, imitar el graznido de un pavo, preparar el más disimulado puesto de caza, abrir ostras. Yo sabía adiestrar un perro, seguir a un sabueso, montar la guardia en un bote de pesca, desollar cuanto de desollable había entre cielo y tierra, escamar un pescado, improvisar un lecho de pinocha. Yo conocía todos los árboles y casi todas las flores y los frutos de baya y sabía distinguir las setas comestibles de las venenosas.

Me fue revelando los primeros secretos de la vida como se enseña a un niño a dar los primeros pasos, o a un perro a respetar la superior jerarquía de otro can más viejo. No mandaba: insinuaba. Tenía un arte verdaderamente mefistofélico para emplear los métodos indirectos.

—Nadie debe ponerse a jugar hasta haber concluído su trabajo —acostumbraba decir con tono severo. Y a renglón seguido, con taimada sutileza:

—Pero, desde luego, no hay pecado en convertir el trabajo en diversión, si sabes arreglártelas para ello. No veo nada de malo en que te figures, por ejemplo, que eres un trepador de árboles de los bosques de Oregón aunque, en realidad, sólo estés cortando unas astillas para el fuego.

—A los muchachos —decía a cada rato— les toca hacer algo del

trabajo de los hombres, no sólo por consideración al reumatismo de los mayores, sino también como parte de su preparación para las tareas de la edad adulta. Es el precio que se paga por ser muchacho.

Nunca supe qué edad tenía el Viejo. Nunca se me ocurrió que tuviese edad alguna. Desde que tuve uso de razón le vi el mismo sombrero raído y el mismo bigote descuidado. Ni siquiera las manchas tabacosas del bigote habían cambiado desde que juntos comenzáramos a recorrer aquellos parajes como un par de hombres hechos y derechos, pese a mis seis años mal contados. Me trataba de igual a igual. Recuerdo que un día tuve un disgustillo con mis padres y resolví largarme con viento fresco. Ya a los seis años tenía yo mi genio.

—¿Estás seguro de que te llevas todo lo que vas a necesitar? —me preguntó con tierna solicitud—. ¿Cerillas? ¿Hacha para la leña? ¿La escopeta para cazar pájaros?

—Me largo ahora mismo —dije con altivez echando mano a mi zurrón—. ¡Adiós!

—Pero, hombre, ¿no me das la mano? —preguntó el Viejo y me tendió su zarpa.

Le estreché la mano y me fui a mi tienda. Tenía el propósito de partir antes del alba. Nadie sabe lo solo que se siente uno en una tienda, aunque sea en el traspatio, cuando llega la noche. La casa estaba a 30 metros escasos; pero mi lastimado orgullo la había alejado a otro mundo. No pude encender lumbre porque no tenía astillas. Los mosquitos iniciaron feroz ofensiva contra mi indefensa personilla. Y tenía hambre. Empezaban su temerosa ronda los ruidos nocturnos. Un mochuelo chilló lúgubremente y otros siniestros avechuchos nocturnos entonaron su quejumbrosa sinfonía.

De pronto escuché pasos en el césped.

—¿Estás bien? —preguntó con suave voz el Viejo—. ¿Necesitas algo?

—Estoy bien —respondí, ahogando un sollozo.

—Bueno, oye: vengo como delegado de tu padre y tu madre. Reconocen que tal vez hubo culpa por ambas partes. No pretendemos que cedas en nada que no te parezca justo. Es que, ¿sabes? da la casualidad que tenemos un pastel de manzana para cenar y, la verdad, hijo, sería una lástima desperdiciar una tajada...

A pesar de mis seis cortos años me daba perfecta cuenta de que se me estaba haciendo una buena concesión.

—Bien; podemos hablar, si ustedes quieren —dije fingiendo un tono glacial y reservado.

Por dentro tenía yo unas ganas atroces de arrojarme al cuello de mi abuelo, apretarme contra su pecho y bañarlo en lágrimas de gratitud. No me hice cargo entonces de que el Viejo me había sacado del atolladero sin lastimar una sola fibra de mi dignidad.

Cuando cumplí ocho años me

puso en las manos la primera escopeta.

—Tu madre cree que sólo a un viejo chiflado se le ocurre darle a un mocoso una escopeta tan grande como él. Le contesté que me hacía responsable de todo. Le dije que eso de darle una escopeta a un chico no depende de su edad, sino de su capacidad para manejarla.

Y me sometió a un aprendizaje que hubiera podido compararse con la instrucción militar.

—Eso que tienes en la mano —me predicaba— es un arma peligrosa. Con ella puedes matarte, o matarme a mí, o matar un perro. No lo olvides nunca.

Nunca lo olvidé.

Me comunicó una especie de secreto instinto para adivinar los cambios de estación. Aprendí a distinguir los olores de la Naturaleza. El aroma del verano es diferente del de otoño. El verano era lánguido y lechoso como el suave aliento de una vaca. El otoño era acre y estimulante, con sus hojas llameantes, la escarcha en la yerba y los copales destilando resina. La primavera tenía fragancia de pulcra doncella; el invierno tenía olor a viejo, como a fuego de hornilla y tabaco.

Hacía de la lectura una especie de deporte, como la pesca o la caza. Se las ingeniaba de suerte que estuviese yo siempre quemándome las pestañas con algún libro. Leía yo obras de historia con la misma avidez con que devoraba novelas. Acabé por conocer a los antiguos egipcios con todos sus pelos y señales. De esta manera me proporcionó el más eficaz remedio contra el aburrimiento.

Cierta vez le dije que me gustaría llegar a ser rico. Calló unos segundos, reavivó el fuego de su pipa y me clavó los ojos:

—¿Conoces a algún rico?

—No, abuelo.

—Te equivocas de medio a medio. Conoces a dos: a ti y a mí. Los dos somos más ricos que cualquiera de esos tipos que aparecen por aquí con sus yates. No es rico el que siempre anda buscando lo que jamás llegará a tener. Rico es el que tiene tiempo de hacer todo lo que se le antoje. Rico es el que tiene bastante que comer, un techo, y una caña de pescar, y un bote, y una escopeta, y una moneda para comprarse una caja de cartuchos. Rico es el que no debe un centavo y no gasta lo que no tiene.

Me acordé de él, de modo muy particular, hace unos cuantos años, cuando cumplí los 40, edad crítica y difícil en el hombre. Cuando tenía yo 15 años el Viejo me preguntó en una ocasión si había pensado alguna vez en los años maduros.

—No, abuelo —le dije—. Falta mucho todavía.

—No, pequeño, no falta tanto como crees. Después de los 21, el tiempo se desliza como sobre patines. La cuestión es no perderlo tontamente. Los años que van de los 40 a los 60 son los que mejor puede y debe aprovechar el hombre. A esa edad es capaz de hacer bien cuanto se le ponga entre ceja y ceja, y lo

que no pueda hacer acometiéndolo de frente, podrá conseguirlo mediante hábil rodeo.

Me figuro que lo que más tengo que agradecerle es el haberme criado como un hombre entre hombres, sin blandas condescendencias ni enojosa tutela. Me enseñó lo que es orgullo y lo que es igualdad. Me enseñó a ser compasivo, cortés y tolerante. Acostumbraba decir que si se educaba bien a un chico, sería difícil desarraigar en él al niño por duros y repetidos que fueran los golpes que recibiese en su larga y dolorosa ascensión a la madurez.

El día que me fui a pescar mientras lo enterraban, no hubiese sabido yo hacer el inventario completo de la herencia que me dejaba. Todo lo que estaba a la vista eran dos escopetas, un esparavel, un bote y una casa con un mirlo posado en la magnolia: una casa de la que habrían de despojarme muy pronto porque estaba hipotecada. Pero yo sabía que heredaba mucho más.

Empuñé los remos y bogué hacia casa. Cuando llegué a la puerta, ya se había retirado el grueso de los asistentes al entierro. Sólo quedaba un puñadito de parientes y amigos. Nadie había notado mi ausencia. En aquel mismo instante formé el propósito de hacerme escritor y referir algo de lo que el Viejo me había enseñado. Pero lo primero que tenía que hacer era recibir una sólida instrucción y ganar dinero bastante para comprar la vetusta casa amarilla.

Me llevó mucho tiempo. En el largo aprendizaje pasé por una guerra y por una paz incierta y emborroné centenares de cuartillas. Estuve en Washington, en Nueva York, en París, en España y en África. Conocí el dolor de muchas partidas y el gozo de muchos retornos. Y vi en el espejo las primeras canas en la negra cabellera del antiguo muchacho. Pero la casa del Viejo, libre de deudas y recién pintada, pertenece de nuevo a la familia, y los mirlos siguen desgranando las notas de su canto en la magnolia.

Y es ahora cuando veo con toda claridad lo que el Viejo me dejó de herencia. Me dejó el ancho mundo.



Triunfo de la mente sobre la materia

Jessica Mitford, autora de la novela *Hijas y rebeldes,* contaba la siguiente anécdota de su aristocrático padre inglés:

Papá poseía una enorme biblioteca, que había sido de la familia durante muchas generaciones. Mas él nunca leía un libro. Una vez le pregunté sobre ello y me confesó que *sí* había leído uno: *Colmillo Blanco,* de Jack London.

—¡Obra estupenda! —me dijo—. Me gustó mucho. No veo qué objeto pueda tener leer otra.

—J. G. F.

La muralla ignominiosa

Levantada casi de la noche a la mañana, ahí está como un insulto a la civilización, separando a hermano de hermano y dividiendo a los hombres en prisioneros y libres.

POR WILLIAM BIRNIE

MIENTRAS volábamos sobre el corredor hacia Berlín Occidental no se observaba nada anormal. El avión iba lleno de hombres de negocios vigorosos y prósperos que olían a cigarro puro y a agua de colonia. Al aterrizar en el aeropuerto de Tempelhof, vi que el monumento al Puente Aéreo de 1948 se erguía graciosamente en el firmamento. Poco después, un taxi me conducía por el congestionado tráfico de la Kurfuerstendamm, orgullosamente llamativa.

WILLIAM BIRNIE estudió en las universidades de Munich y Bonn con anterioridad a la etapa hitleriana y ha servido en calidad de agregado a la embajada norteamericana en Bonn de 1957 a 1960. Fue director y editor de *Woman's Home Companion* y hoy figura entre los redactores del READER'S DIGEST.

Fue entonces cuando vi la muralla. La primera impresión que causa esta odiosa obra que separa a Berlín Oriental del Occidental es abrumadora. Algo horrible, una afrenta a la civilización.

Durante mi visita a Berlín hice varios recorridos, a pie o en coche, junto a esta muralla de 48 kilómetros que atraviesa sinuosamente la animada ciudad y aprisiona, esa es la palabra, a más de un millón de berlineses orientales. Volé sobre ella en un helicóptero militar y la crucé por la Friedrichstrasse, único paso para extranjeros. Volví a atravesarla como pasajero de un ferrocarril elevado, medio de trasporte que a los berlineses del Este no les está permitido. No podía dominar la sensación de repugnancia e indignación que me embargaba cada vez

que aparecía ante mi vista esa pared.

Como obra de construcción, la muralla es de lo más burdo que pueda darse. En algunas partes se compone de bloques hechos con cascotes de los días de guerra, toscamente unidos con argamasa, que se apilan hasta una altura de metro y medio y tienen como remate hileras de mohoso alambre de púas. A veces son montones de trozos de hormigón, de cerca de un metro y medio de largo y medio de espesor, fabricados para la construcción de viviendas. En otros sitios, se trata solamente de una maraña de alambradas con pinchos, como, por ejemplo, en la puerta de Brandenburgo, y aquí y allá habrá grupos de casas de apartamentos sin sus inquilinos, que han sido evacuados, y con las puertas y ventanas de los primeros dos o tres pisos tapiadas con tablas o ladrillos. Otras veces, la barrera de espino artificial extiende limpiamente sus alambres entre postes de hormigón, ora bordeando un canal limítrofe, o bien por las afueras de la ciudad, a través de campos que en la primavera entrante serán cultivados en dos porciones separadas.

La parte oriental del muro está toda ella vigilada día y noche por los Vopos (*Volkspolizei*, o policía popular), quienes prestan servicio por parejas, para que el uno se cuide de que el otro no escape al Oeste. Por tosca y provisional que pueda ser, la muralla sirve, con horrible eficacia, para apartar a todo berlinés oriental de la forma libre de vida; a madres, de hijos; a amigos, de amigos.

Una vez, ya avanzada la tarde, me acerqué al muro por la parte del distrito de Neukoeln. Ya habían abierto allí los Vopos el "trecho de la muerte": entre nosotros y una segunda pared, que se alzaba a unos 20 o 30 metros al interior del sector oriental, había una zona de terreno raso, con faroles recién instalados, para que los Vopos pudieran hacer buena puntería sobre cualquier fugitivo nocturno. Unos 30 hombres, mujeres y niños estaban de pie junto al parapeto, del lado nuestro. Lo que me sorprendió fue su silencio. En grupos, los de una misma familia hablaban en voz baja entre sí y hacían señas a alguien de la parte de allá, agitando una y otra vez la mano. Una pareja de mediana edad, con su hija, que tendría unos 12 años, se había encaramado a unas piedras para poder atisbar. "Allí está, Anni", exclamó la madre. "¿No ves a la abuelita? Lleva la bata roja". Anni agitó su blanco pañuelo frenéticamente; los abuelos respondían al saludo con ademanes más sosegados. Cuando, por fin, Anni y sus padres se retiraron, la niña sepultó la cabeza en la chaqueta del padre, quien le rodeaba estrechamente la cintura con el brazo.

¿Por qué aquel silencio? Si se hablaran a voces de un lado a otro, los Vopos podrían disponer una "evacuación voluntaria de la frontera, para evitar provocaciones del

Oeste". Y entonces, como me hacía notar una mujer resignadamente, "¿cuándo nos volveríamos a ver?"

Junto a la muralla, el cuadro más triste era el que ofrecían las desoladas casas de apartamentos. Los únicos vestigios de que allí habían vivido seres humanos eran las flores que se veían en los tiestos de las ventanas. Aquí y allá, por supuesto, se distinguía un rostro en alguno de los balcones altos; si quedaban aún algunos habitantes era sólo a causa de que, por demasiado viejos o enfermos, no podían saltar.

A mí, que no tenía que intentarlo, me parecía fácil escapar de algunos de los edificios. Mas esa misma idea se les había ocurrido ya a los comunistas, y de ahí que esté prohibida la venta de cuerdas en Berlín Oriental y que todos los que residen en la vecindad de la frontera hayan tenido que entregar sus cuerdas para tender ropa.

He aquí, recordadas al azar, algunas de las escenas que pude observar a lo largo de la muralla:

. . . un muchacho, de pie, junto a uno de los carteles que indican, en inglés, francés y ruso: "Está usted entrando ahora en el sector norteamericano". Afanosamente iba señalando distintas letras, para componer un mensaje, mientras una mujer, desde el otro lado, seguía la operación con unos gemelos enfocados hacia el cartel.

. . . los nutridos y mudos grupos de personas, con la vista puesta en las ventanas del otro lado de la muralla, prontas a echar un colchón al suelo si alguien deseaba dar el salto.

. . . un pequeño, de unos 11 años, se halla solo, en el lado oriental, en el embarcadero de uno de los muchos canales que cruzan la línea divisoria. Hijo del patrón de una de las lanchas dedicadas al trasporte de víveres entre Este y Oeste, ha sido dejado como rehén por su padre, para garantizar el regreso de la tripulación.

. . . un par de jovencitos, chica y chico, de unos 16 años, en Harzer Strasse, que mantienen en alto un letrero con esta leyenda: "Buenos días, mamá y papá. Angélica y Horst".

. . . una iglesia, en la Bernauer Strasse, la aguja erguida arrogantemente en el cielo, pero cuya puerta del Oeste se encuentra totalmente tapiada.

•

Surgió el muro como un desesperado esfuerzo del gobierno títere de Alemania Oriental por contener la corriente de fugitivos hacia el Oeste: 30.444 durante julio del año pasado; y en agosto, 1322 el día 2, 1741 el 8, 2400 el 12.

Se sabe ahora que el 4 de agosto Walter Ulbricht y otros dirigentes comunistas de Berlín Oriental, con el beneplácito de Moscú, llegaron a la decisión de encarcelar en su misma ciudad a sus ciudadanos. A pesar del sigilo con que obraron, alguien, aquella misma noche, informó detalladamente de la reunión a agentes de la policía secreta de Berlín Occidental. Sin embargo, no se

dio crédito a la confidencia, ya que pudo comprobarse que una de las unidades mencionadas en los planes para sofocar cualquier levantamiento popular había sido licenciada 18 meses antes. Este error de juicio hizo perder al Occidente la oportunidad de actuar antes de que la muralla fuera un hecho consumado.

El sábado 12 de agosto, a las ocho de la noche, se acuarteló a todos los Vopos de Berlín Oriental. A las tropas soviéticas acantonadas en las afueras se las puso en guardia. A medianoche, la policía de seguridad salió a custodiar todos los cruces principales entre los dos sectores. El domingo, a las tres de la mañana, los Vopos, con ayuda de "voluntarios" de las fábricas y las organizaciones obreras, salieron a instalar alambradas de púas.

Los primeros extranjeros que tuvieron conocimiento del muro fueron probablemente cuatro canadienses que habían pasado la noche del sábado en el café Budapest, de Berlín Oriental, con un estudiante alemán. "Salimos a las tres de la madrugada", me explicó el estudiante, "y llamamos un taxi. Cuando dijimos al chofer que queríamos pasar al otro lado por la puerta de Brandenburgo, dijo: ¡Imposible! y se alejó a toda marcha. A pie tuvimos que recorrer los dos kilómetros y medio que había hasta la puerta.

"Encontramos la Pariser Platz muy concurrida: unos 2000 Vopos, soldados y obreros estaban tendiendo alambradas de púas. No vimos ningún tanque entonces; llegaron horas después. Pero a nosotros, luego de habernos pedido la documentación, nos dejaron pasar".

En aquel momento, no menos de 40.000 hombres se dedicaban a cerrar herméticamente el Berlín Oriental. Una maniobra bien organizada, sin duda. Al atardecer del día 13, la pared, en su primera fase, estaba terminada, y a partir de entonces ningún berlinés oriental, con excepción de ferroviarios autorizados, la ha traspuesto legalmente.

Pero son muchos los valientes berlineses del Este que, ávidos de libertad, la han atravesado con riesgo y, a veces, a costa de la vida. En los primeros días de la muralla, antes que la hicieran más alta y gruesa, y cuando aún no había tantos Vopos, llegaban aquí a razón de 20 o 30 al día, algunos con falsos documentos de identidad. Otros se pasaban por las alcantarillas, hasta que fueron apostadas guardias en esos lugares y se instalaron verjas de hierro. Algunos llegaban en camiones de carga, enterrados en carbón, y otros, después de meter a tode la familia en sus camiones, arremetían con los vehículos contra la pared hasta abrirse paso. Muchos pasaban nadando por los canales, y otros saltando por las ventanas. Cuando estuve en la Bernauer Strasse, vi una corona de flores recostada junto a un portal, en el sitio en que aquella mañana había saltado una mujer desde un tercer piso, para no encontrar sino la muerte.

Una veintena de estos refugiados me contaron los motivos de su escapatoria.

Para María, de 18 años, la cosa comenzó cuando un funcionario comunista hizo su aparición en la escuela de enfermeras donde la muchacha estudiaba. El visitante, después de arengar a las alumnas, pidió que firmasen un documento por el que se comprometían a apoyar la "acción pacifista" del gobierno de Alemania Oriental. María se negó a hacerlo, y 24 horas después aparecía su retrato en la cartelera, con la nota de que "no estaba cooperando". Esto acontecía un viernes. El sábado, la directora la citó para el lunes, pues tenían que tratar de su "futuro académico". Pero el domingo cruzaba la frontera, provista de una documentación falsa que unos amigos le habían hecho llegar anticipadamente desde Berlín Occidental, "por si le hiciera falta".

Para un funcionario de 36 años de edad del Ministerio de Pesca de Alemania Oriental, todo empezó cuando la policía de seguridad le dio instrucciones para que comenzase a colectivizar las empresas pesqueras privadas, con objeto de aumentar la producción. "Yo les dije que la producción no podía ser más elevada, si se tenía en cuenta que éramos seres humanos", me explicó. "Cuando vi que no sonreían, comprendí que estaba perdido". Fue uno de los que se colaron en el sector occidental por las alcantarillas.

Para un mecánico, de 22 años, la cosa comenzó al regresar a su fábrica después de las vacaciones. Ya estaba el muro, y el talante de sus compañeros de trabajo era sombrío. "Supe que les habían pedido que firmaran solicitudes de ingreso en la Vopo", dijo. "A mí también me dieron una de aquellas hojas el día en que volví al trabajo. No dejé de ir al día siguiente, pero al salir me escondí en la orilla del canal Teltow. Observé los movimientos de los guardias y, cuando los hube medido bien me deslicé en el agua y a nado pasé a la otra margen".

Me causaba asombro la general alegría y optimismo reinantes entre aquellos refugiados; no se hablaba de los riesgos corridos, sino de las oportunidades e incentivos que había por delante. Pero, del otro lado del muro, el panorama era bien diferente.

Yo había estado en Berlín Occidental en años recientes, y con frecuencia pasaba andando al sector oriental, por la puerta de Brandenburgo, para husmear en las librerías de Alexander Platz y Stalin Allee. Por aquel entonces sabía uno que se encontraba en un estado comunista, pero, gracias al libre acceso a Occidente, las manifestaciones externas del terror policial eran casi insignificantes.

Ahora han salido a la superficie. Desde el momento en que se presenta el pasaporte a un Vopo, hasta la vigésima quinta vez que hay que enseñarlo cuando se compra algo, uno se siente abrumado por la evidencia de hallarse en un

inmenso campo de concentración. La omnipresencia de los Vopos, los cartelones de propaganda y el saber que estaba separado por la muralla me daban una curiosa sensación de claustrofobia.

El chofer del taxi en que fui recorriendo la muralla por la parte oriental por espacio de una hora aproximadamente, me confesó: "Un noventa y cinco por ciento de la población odia la muralla. Aquí la mayor parte de la gente había pensado ya en escapar, pero siempre algo la detenía: el empleo, la ancianidad de los padres o la propaganda de que a los refugiados se les trataba mal en Alemania Occidental. Después vino la muralla, y ya fue demasiado tarde".

Nada dice de ello el estado policiaco, pero lo cierto es que la muralla crea a Berlín Oriental graves problemas de empleo y de alimentación. Aumenta el número de paquetes de víveres enviados de Oeste a Este (el cálculo, en setiembre, fue de 750.000; o sea, más que el máximo de las Navidades de otros años). Unos 50.000 berlineses orientales que pasaban a diario a la parte occidental, donde tenían su trabajo, se ven obligados ahora a buscar nuevo empleo; pocos son los que lo encuentran. Para los administradores de fábrica, estas gentes vienen a ser una especie de "bombas atómicas ideológicas", y temen que vayan a avivar el descontento entre los demás trabajadores.

Por millares afluían durante la noche los berlineses orientales para ver los espectáculos teatrales y el cine del sector occidental. No sólo acabó la muralla con estos respiros de vida libre, sino que en seguida se instauraron "tribunales populares". En la zona oriental, durante las cuatro primeras semanas posteriores a la construcción del muro, se sentenció en juicio sumario a 1500 personas por "delitos políticos".

De regreso en Berlín Occidental supe que todavía hay voces elocuentes y desesperadas que traspasan la muralla. Mientras yo estaba allí, una mujer había escrito a Amerika Haus, la biblioteca del Centro de Información de los Estados Unidos: "Hasta ahora nos han tratado con guante blanco, pero ya se habla de otras medidas. Estamos en una ratonera. Que ustedes, los de ahí, no nos olviden".

Y esta otra voz, de que se hizo eco RIAS, la radiodifusora patrocinada por los Estados Unidos que dirige sus emisiones a Berlín: "No crean que simpatizamos con los comunistas porque nos hemos quedado. Por lo que a mí respecta, tengo mi casa y una familia que sostener. Deseamos vivamente elecciones libres y nuestra liberación del yugo comunista. Por mucho que nos cueste a nosotros, rompan los lazos económicos con Alemania Oriental".

La influencia de la muralla se siente día y noche. La industria del vestido en Berlín Occidental, por ejemplo, perdió muchos trabajadores aquel fatídico fin de semana. Los propietarios tal vez se vean

obligados a cerrar sus negocios en Berlín. Cada semana vuelan a Alemania Occidental unos 2000 jóvenes berlineses.

¿Se dejará que languidezca Berlín Occidental? Unos dicen que sí y otros que no. Todos aquellos con quienes hablé en la ciudad se muestran de acuerdo, sin embargo, en que su destino y el futuro de Alemania está en manos del Occidente.

"Si los Aliados permiten que los comunistas se hagan dueños de Berlín Occidental", hacen notar, "es posible que todos los alemanes de la República Federal, en el colmo de la desesperación, traten de llegar a alguna componenda con la Unión Soviética, o tal vez, sumidos en la resignación y el fatalismo, se acojan a una neutralidad semejante a la de Austria. Cualquiera de estas alternativas debilitaría la alianza occidental".

Lo triste es que nadie, ni en el Este, ni en el Oeste, espera que el muro vaya a desaparecer.

Poco antes de mi partida de Berlín, me acerqué de nuevo a ver la puerta de Brandenburgo. Desde un campo de pisoteada yerba, junto con varios centenares de habitantes de la ciudad, contemplaba las alambradas, el ir y venir de las patrullas motorizadas y a los soldados armados.

A nuestra izquierda veíase el Reichstag, cuya nueva fachada ocultaba su calcinado interior (allí fue donde Hitler y Goering maquinaron en febrero de 1933 el incendio que permitiría a los nazis consolidarse en el poder). A nuestra derecha, el monumento en homenaje a las tropas rusas, erigido por un irónico convenio en 1945 dentro del sector occidental de Berlín, aún custodiado por un pelotón de soldados soviéticos que cruza la frontera diariamente. (Para completar el fantástico cuadro, estos soldados soviéticos son custodiados por soldados ingleses, a quienes a su vez custodia la policía de Alemania Occidental.)

Detrás de nosotros estaba el imponente edificio del Parlamento, levantado en gran parte con fondos norteamericanos y del que se hizo donación a la ciudad de Berlín Occidental en 1958. Yo estuve presente en el solemne acto de entrega, y ahora volvía a acercarme para leer una vez más las palabras de Benjamín Franklin esculpidas en el vestíbulo:

"Quiera Dios que no sólo el amor a la libertad, sino un profundo conocimiento de los derechos del hombre trascienda a todas las naciones de la tierra, de suerte que un filósofo pueda asentar el pie en cualquier parte de su superficie y decir: *Esta es mi patria*".



Tras una racha de mala suerte en el póquer, el cómico de cine Chico Marx escribió a un fabricante de naipes: "Muy señores míos: Les ruego informarme si todavía fabrican ases y reyes". —L. L.

Época fue de los grandes caballos

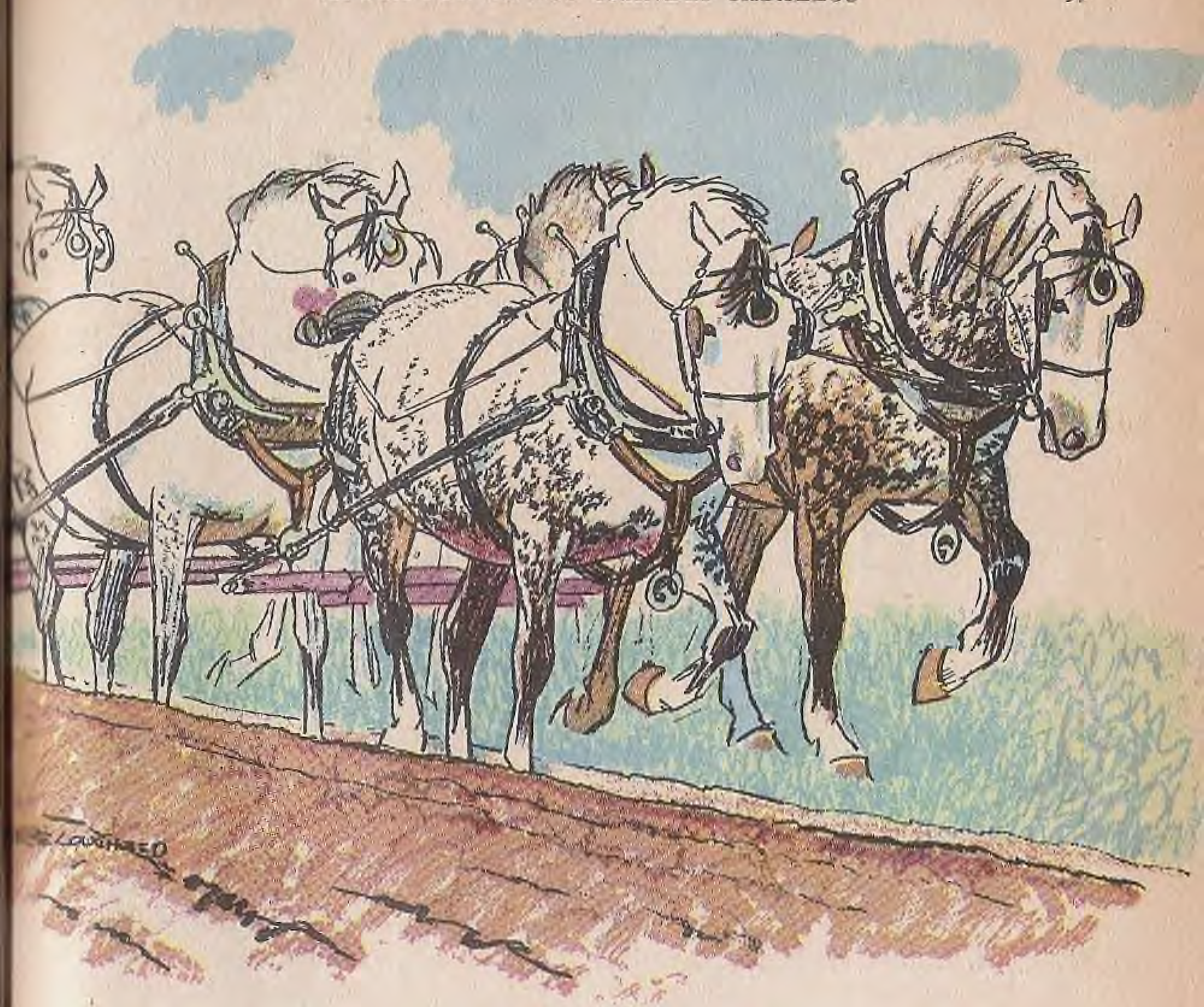
¿Qué ha sido de aquellos percherones, "clydesdales", "shires", aquellos caballazos hechos a las más recias labores? Un hombre que los guió y los amó les dedica su elegía.

Por John Reese — *Condensado de "The Atlantic Monthly"*

HOY lo más importante acerca de los caballos es cuánto producen en las ventanillas de apuestas de los hipódromos, pero para mí esos animales que sólo sirven para correr como liebres dando una vuelta de dos minutos a la pista son símbolos de una grotesca decadencia. Yo conocí los caballos *de tiro*, aquellos vigorosos cuadrúpedos demasiado dignos para ser juguetes de ningún hombre en sus horas de ocio. Su mundo era un mundo magnífico. Yo no nací hasta que ya estaba desapareciendo, pero sé sobre él unas cuantas cosas dignas de contarse antes de que se borren para siempre de la memoria. Hablemos, pues, de caballos aunque sólo sea por última vez.

Nosotros vivimos en una serie de pueblecillos de calles sin pavimentar del este de Nebraska, y todavía hoy la palabra *ciudad* no significa para mí más que el resonar de herraduras sobre un pavimento de ladrillos. En aquella época los caballos repartían mercancías, correspondencia, leche . . . La cerveza se anunciaba con tiros de cuatro, seis u ocho hermosos caballos enjaezados que arrastraban dorados carros de cervecería.

Mi padre era caballista "de oficio", y cuando íbamos a la ciudad solía decirme: "Ahí va un estupendo tiro, bien emparejado". Los animales bailaban con el majestuoso aire que sólo tenían los grandes caballos de tiro, doblando el pescuezo y bufando suavemente por la nariz. Sus cadenas de enganche tintinea-



ban, las borlitas de bronce centelleaban en sus horcates, las espesas cernejas se les cubrían de espuma, y los caballos despedían un olor limpio y salado de sudor fresco.

Uno de los incidentes que más le gustaba a mi padre contar ocurrió cuando yo tenía tres años. Papá estaba trabajando en una finca triguera donde, en la época de la recolección, había en los establos hasta 40 caballos y mulas, que llegaban a pesar 725 kilos por cabeza. Después de la cena, papá dejaba a los animales salir de la cuadra para que bebieran y se revolcaran en el suelo. (Cuando un caballo grande se revolcaba en el polvo, aquello era diversión cósmica, tremenda, que merecía la pena ver.)

Un anochecer mi hermanito se escapó de la casa y fue haciendo pinitos hasta el éstablo. En la entrada había un umbral de unos treinta centímetros de alto que los caballos acostumbraban a saltar al salir de la cuadra. La criatura se sentó al lado del umbral, en una

pequeña depresión que los caballos habían hecho en el terreno al saltar. Mi madre lo vio desde la casa, pero no se atrevió a hacer el menor ruido por temor a espantar a los caballos.

La primera yegua que salió se detuvo sólo un instante, enderezó las orejas y dio un resoplido. Después saltó sobre el umbral y la criatura. Los otros animales ni siquiera se detuvieron. Copiando el cambio de paso de la vieja yegua, saltaron igual que ella. El niño seguía allí sentado riéndose mientras los tremendos cascos pasaban sobre su cabeza y martilleaban la tierra a su lado. Un mal paso, y hubieran aplastado o decapitado al niño. Desde entonces, mi padre acostumbraba a decir: "¿Qué automóvil desbocado hubiera dejado de atropellar a una criatura?"

El primer verano que trabajé en una finca tenía 13 años, pero desde mucho antes era capaz de guiar un tiro. La finca era famosa por sus percherones, todos pura sangre. ¿Cuántas personas hay en nuestros días que sepan lo que significan los nombres frisón, *clydesdale*, *shire*, *suffolk* y percherón? Esas eran las principales especies de caballos de tiro, grandes caballos criados para trabajo duro. Nosotros nunca tuvimos que aprender a diferenciar un frisón de un percherón. Lo sabíamos desde tiempo inmemorial.

El primer día me dijeron que aprendiera los nombres y las peculiaridades de los 12 o 14 caballos que había en la cuadra: uno de ellos trataría de acorralarme dentro; otro era perezoso; éste se asustaba de las voces chillonas; aquél intentaría salir al galope con un conductor nuevo. Después del desayuno, el patrón me dijo:

—Apareja juntos a Chub y Dorothy y a Buster y Dimples, y engánchalos a la rastra. Va a llover y hoy será un buen día para sembrar de nuevo el trébol que crió mala hierba.

Caminamos juntos hasta el campo, llevando yo los caballos. Soplaba un viento fresco y húmedo, y sobre el horizonte iban cerniéndose negras nubes. Los caballos pueden olfatear una tempestad y los cuatro estaban nerviosos. Cuando llegamos al campo, el patrón me dijo:

—Bueno, adelante. Cuando des un par de vueltas, yo empezaré a sembrar.

Ya se había dado cuenta, por su instinto innato de caballista, de que yo era capaz de manejar un tronco.

¡Aquello era estupendo! ¡Cuatro caballos, todos soberbios pura sangre, en un solo tiro! ¡Cuatro cabezas que mantener a la misma altura; cuatro brutos que dominar; cuatro pesadas riendas en las trémulas manos de un muchacho de 13 años! Monté en el pescante y arranqué.

Empezó a llover e instintivamente volví las grupas de los caballos hacia la lluvia; no tengo idea de cuándo aprendí que no se debe dejar un caballo de cara a la tormenta. Cuando la lluvia se trasformó en granizo allí estaba el patrón, co-

METRECAL

Un nuevo concepto en materia de peso y dieta.

De resonante éxito en los EE. UU. y Europa, Metrecal es un medio natural y camprobado para resolver estos problemas.

Metrecal no contiene drogras. Cuatro vasos diarios de Metrecal, tomados en sustitución de toda otra comida, constituyen una alimentación completa que proporciona los elementos necesarios para una nutrición normal que permite reducir la silueta sin peligro. Metrecal puede también tomarse alternando con comidas corrientes para mantener el peso deseado.

Por contener en su fórmula proteínas de soja importada, Metrecal, a la vez que reduce la silueta, da una sensación de plenitud al satisfacer el apetito.

Metrecal se presenta en tres agradables sabores: chocolate, vainilla y naranja. Permite además agregar saborizantes no calóricos como ser: café, extracto de frutas, etc.



Edward Dalton Co.
División de
Mead Johnson International Ltd.

Tambien disponible en la R.O.U. Perú y Colombia

Su Agente de Viajes seleccionará para Ud. la mejor ruta hacia un lugar deseado, un alojamiento cómodo y las atracciones dignas de ser vistas ...Vale decir: le dará una Excursión Fabulosa que él—por Experiencia—sabe que a Ud. le encantará. Y, naturalmente, le reservará su asiento en un jet de Pan Am, la línea aérea de mayor Experiencia en el mundo.





Folletos, itinerarios, mapas y más detalles ¡Gratuitamente en su Agencia de Viajes!

Pan American ha convertido en horas fugaces las distancias que nos separan de remotas comarcas de la tierra. Esta noche en casa, mañana en un café parisién, en una isla pagana, en una corte oriental . . . La clásica hospitalidad de Pan Am hará que su presencia a bordo sea motivo de fiesta. Bocados tentadores. Cocteles y charla. Naipes y amigos. Taponazos de champán anuncian la vecindad de un nuevo puerto. ¡Qué lástima que el tiempo de vuelo sea tan corto!







DISFRUTE DEL PRECIOSO DON DE LA EXPERIENCIA EN LA LINEA AEREA DE MAYOR EXPERIENCIA EN EL MUNDO

mo ya esperaba yo, porque todos los caballistas son así. Él sujetó los dos caballos de dentro mientras yo enrollaba las riendas en la palanca de la rastra. Entonces salté a tierra y agarré los bocados de los frenos de los dos de la izquierda mientras él sujetaba a los dos de la derecha hasta que pasó la tormenta.

No había en el mundo emoción como la de agarrar un puñado de riendas. A fines de aquel verano, cuando después de la recolección empezamos a arar para el otoño, yo conduje un tiro de seis caballos. Al principio tenía enganchados cuatro caballos de varas detrás y dos delanteros al frente. Pero, como todo el mundo sabía entonces, cuánto más ancho es el tronco más fuerza se pierde.

En consecuencia, a los pocos días pedí tímidamente que me dejase engancharlos en "tándem de tres y tres", como se decía en términos del oficio.

—Está bien; hazlo si quieres —me dijo el patrón.

Así lo hice, y la tarea resultó más fácil. Pocos días después le pregunté si podía engancharlos en "reata de tres parejas".

—Como quieras —me dijo.

Desde entonces tuve no sólo dos caballos delanteros y dos de varas, sino que en el medio contaba también con un tronco para girar.

Una tarde que tenía en mi "tronco de giro" un potro llamado Gus empezó a llover. Generalmente, a un potro se le mete entre los caballos de varas, para poder observarlo, pero yo tenía un caballo de confianza llamado Dandy al lado de Gus, y al principio todo fue bien. Gus sólo se resistió un poco cuando volví los seis de cola a la lluvia y después saqué de la tierra la doble reja del arado. Entonces Gus se calmó, y todo lo que yo tenía que hacer era mover de vez en cuando su rienda y hablarle para que se diera cuenta de que yo estaba allí todavía y no dejaría que le pasara nada.

Había ido conmigo al campo un perro cruzado de *airedale* que atendía al nombre de Murphy, un buen perro de ganado, pero asustadizo con las detonaciones, y cuando los truenos comenzaron a retumbar, seguramente creyó que alguien estaba disparando un cañón contra él, porque corrió a refugiarse bajo los caballos. El potro se encabritó, levantándose sobre las patas traseras, y vino a caer encima de Dandy. Los caballos delanteros trataron de saltar hacia delante, y los de varas intentaron recular contra el arado.

¿Qué podía hacer un muchacho de 13 años en tal coyuntura? No esperé a que nadie me lo dijera. Apreté la palanca que incrustaba las cuchillas y rejas del arado en la tierra, sacudí las seis riendas y grité: "¡Arre, arre!" Dandy sintió que se le aflojaba el bocado del freno y salió de un salto de debajo de Gus. Los seis caballos arrancaron a un tiempo. Las cuchillas del arado se hincaron profundamente en la tierra mientras el tiro emprendía un

trote rítmico. Antes de detenerlos, les hice dar una buena carrera, porque si se deja a un caballo salirse con la suya, se vuelve mañoso. Gus no volvió a asustarse de ningún otro perro ni trató más de echar a correr.

Cada caballo era diferente de los demás, pero había ciertas reglas que podían aplicarse a todos. Uno no debía andar detrás de un caballo sin hacerle saber que estaba allí, ni entrar en el pesebre sin darle ocasión de dejar a uno el sitio suficiente. En un momento de apuro, había que acercarse a la cabeza del caballo con la mayor rapidez posible, porque únicamente por la cabeza puede uno sujetarlo.

El verano que cumplí 19 años tres de nosotros fuimos a trabajar en las labores de recolección subiendo por las dos Dakotas y el Canadá. La mayoría de los caballos eran "bestias de campo", de cuartos delanteros y traseros muy juntos, vigorosos y ágiles, hijos de yeguas cerriles y sementales de pura sangre. En una ocasión nos contrató un agricultor de Dakota del Norte. En nuestra tierra las dehesas eran de unas cien hectáreas más o menos. Aquel individuo tenía 2500 hectáreas, y no sabía cuántos caballos. Al día siguiente de llegar pasamos sobre la silla 15 horas apartando ocho tiros y llevándolos al establo.

Aquella noche me sentía tan cansado que apenas pude llegar desde el pesebre de mi potrillo de silla hasta la cama que me había hecho en el heno del establo. Oyendo cómo luchaban con sus ronzales aquellas bestias de campo yo me preguntaba: "¿Se creerá este hombre que podemos trillar el trigo con estos animales cerriles?"

A la mañana siguiente los aparejamos. Botaban y corcoveaban y se rebelaban como caballos de rodeo . . . pero los hicimos trabajar.

—¿Sabes, Reese? Creo que me he equivocado —me dijo el patrón mientras desenganchábamos los animales por la noche—. Ese caballo derecho tuyo no es el que yo quería. ¡Ese caballo no ha tenido nunca puesto un ronzal hasta ahora! Pero me parece que ya vas entendiéndote con él, ¿no?

Me dolían los brazos de pelear todo el día con aquellos caballos, y todavía sentía las llagas que me había hecho la silla el día antes. Pero ¿qué podía haber contestado?

—Sí; desde luego. Nos entendemos muy bien.

Todo eso es lo que perdimos cuando se acabó la época del caballo. Me gustan los automóviles. Cuido el mío con tanto celo como me enseñaron a cuidar un caballo. Pero entra uno en un garaje oscuro y no se mueve nada. Se pone uno detrás de su automóvil sin hablarle, y el coche no se aparta para dejarle a uno sitio. No cocea, pero tampoco se alegra de que uno haya llegado.

Por eso es por lo que todavía hoy recuerdo con añoranza aquellos tiempos en que el caballo grande era rey.

Enriquezca su vocabulario

Por Carlos F. Mac Hale

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

El señor Johnson O'Connor, distinguido hombre de ciencia, ha sometido a prueba a más de 350.000 personas para determinar la influencia que ha tenido en cada caso particular la mayor o menor extensión del vocabulario de que disponen. El resultado ha demostrado en forma dramática que, más que ningún otro sector mensurable de la actividad, el conocimiento de un gran número de palabras está estrechamente relacionado con el éxito en la vida. Por eso insistimos en que valen mucho más las palabras o significados nuevos que se aprenden que las altas calificaciones que se obtengan.

1) **austro** — A: de Austria. B: viento del sur. C: austral. D: vendaval.
2) **bucólica** — A: composición poética. B: conjunto de bucles. C: inflamación bucal. D: canción sobre la comida.
3) **batán** — A: un barco. B: vaho. C: bata. D: una máquina.
4) **cancel** — A: estante adosado al muro. B: contrapuerta. C: verja. D: concha del apuntador.
5) **demudar** — A: huir. B: desempeñar. C: ir a otra parte. D: variar de color.
6) **eclecticismo** — A: tendencia religiosa. B: que rechaza opiniones ajenas. C: que concilia opiniones diversas. D: deísmo.
7) **empeño** — A: agencia. B: obligación. C: regalo. D: prenda.
8) **filtro** — A: retoño. B: fiera. C: aroma, color. D: bebedizo.
9) **gracejo** — A: gracia. B: gratitud. C: broma. D: agrado.
10) **jácena** — A: bóveda. B: alacena. C: viga. D: sal.
11) **lícito** — A: duro, rudo. B: legal, justo. C: arduo, difícil. D: ingenioso, vivo.
12) **metrópoli** — A: medida agraria. B: ciudad ametrallada. C: arzobispado. D: nación que posee colonias.
13) **nonada** — A: nones. B: nada. C: muy poco. D: nunca.
14) **pilongo** — A: flaco. B: muy pillo. C: pillín. D: peludo.
15) **prendería** — A: un deseo. B: amorío. C: una tienda. D: émbolo.
16) **recatar** — A: catar vino. B: encubrir. C: tener recato. D: reparar.
17) **rodo (a)** — A: a toda vela. B: en común. C: a todas veras. D: en abundancia.
18) **sicario** — A: asesino. B: traidor. C: espía. D: rompehuelgas.
19) **trampolín** — A: trampa pequeña. B: tramoya. C: plano para saltar. D: jiu-jitsu.
20) **zarco** — A: azul. B: palo con horquilla. C: verde. D: pez marino.

RESPUESTAS A "Enriquezca su vocabulario"

(Véase la página anterior)

1) **austro** — B: viento que sopla del sur. "Vi al océano / azotado del *austro* proceloso". (Heredia)
2) **bucólica** — A: composición poética del género pastoril. "Virgilio escribió hermosas *bucólicas*".
3) **batán** — D: máquina, generalmente mecánica, usada en la fabricación de paños. "Puerta de la villa, sobre los *batanes*". (Valle Inclán)
4) **cancel** — B: contrapuerta. "Llevome Febo a su Parnaso un día, / y vi por el cristal de unos *canceles* / a Homero y a Virgilio con doseles, / leyendo filosófica poesía". (Lope de Vega)
5) **demudar** — D: variar de color. "Se miran, *demudadas* las colores..." (Castillejo)
6) **eclecticismo** — C: actitud que admite o concilia diversas tendencias u opiniones. "Dentro de ella (de la escuela romántica) se mantuvo (Samuel Lillo) en un sensato *eclecticismo*" (Julio Vicuña Cifuentes)
7) **empeño** — B: obligación de pagar alguna deuda. "Créame usted que en el mundo no tengo otra cosa (que esas minas) de qué vivir ni con qué pagar mis *empeños*". (Bolívar)
8) **filtro** — D: bebida de fingida virtud mágica. "¡Ah! Me has dado a beber / un *filtro* infernal sin duda". (José Zorrilla)
9) **gracejo** — A: gracia festiva. "... participan (los llaneros) del donaire y *gracejo* natural de los hijos de la risueña Andalucía". (Baralt)
10) **jácena** — C: viga maestra. "A los lados, dos ménsulas entalladas adornan la *jácena*". (Azorín)
11) **lícito** — B: justo, permitido por la ley. "Por defender el injuriado fuero, ¿no es *lícito* la espada desnudar?" (Hartzenbusch)
12) **metrópoli** — D: nación respecto de sus colonias. "...no es idéntica el habla de ningún estado americano a la de la que fue *metrópoli*". (Rufino José Cuervo)
13) **nonada** — C: muy poco. "La mujer más avisada / o sabe poco, o *nonada*". (Cervantes)
14) **pilongo** — A: flaco, extenuado. "Más *pilongas* que piojo de pobre". (Ricardo Palma)
15) **prendería** — C: tienda de alhajas o prendas usadas. "...y allá en las callejas bajas, / en tiendas y *prenderías* / ... / siempre hay que afilar navajas". (María Enriqueta Camarillo)
16) **recatar** — B: encubrir, ocultar. "Me han herido *recatándose* en las sombras". (Bécquer)
17) **rodo (a)** — D: en abundancia. "¡Albricias! Oro *a rodo* por el mundo se vio". (Arturo Capdevilla)
18) **sicario** — A: asesino asalariado. "Miente toda historia muerta que tiene igual sanción para los mártires y para los verdugos... para las víctimas y para los *sicarios*..." (José Ingenieros)
19) **trampolín** — C: plano inclinado en que se toma impulso para saltar. "El mono acrobático salta / y hace del mundo *trampolín*". (Rubén Darío)
20) **zarco** — A: de color azul claro. "El *zarco* resuello del amanecer". (Luis Lloréns Torres) "¡Cuánto me atraían sus bellos ojos *zarcos*!" (Isidoro Martínez Alonso)

Calificación

20 respuestas acertadas . . .	sobresaliente
15 a 19 acertadas	notable
12 a 14 acertadas	bueno
9 a 11 acertadas	regular

Cómo adelgazar... y no volver a engordar

He aquí un plan sensato —puesto en práctica con éxito por el autor de este artículo— para perder los kilos de más sin gran sacrificio y de manera permanente, en el cual no hay necesidad de contar calorías, ni omitir comidas, ni recurrir a regímenes extravagantes.

Por Robert Goldman

*Condensado del libro "Lose Weight and Live"**

A los 18 años pesaba yo 85 kilos: evidentemente demasiado para el metro ochenta de mi talla. En 1957, a los 32 años, ya pesaba 93 kilos. Si hubiese continuado a ese tren, pesaría a estas horas la friolera de 96 kilos. Pero de 1957 a la fecha he arrojado por la borda 18 kilos y medio y, lo que es más difícil aún (como saben todos los que han perdido peso aprisa), no los he vuelto a ganar. No me valí de dietas drásticas, ni de aparatos vibratorios, ni de sustancia alguna para disminuir el apetito. Mientras perdía peso, continuaba comiendo y bebiendo de casi todo: carnes, mantequilla, patatas, postres y hasta cerveza y whisky.

Afortunadamente, debido a mi profesión de divulgador de temas científicos estaba al corriente de todo lo relativo a los procedimientos para bajar de peso, circunstancia que me sirvió de mucho para formular mi plan. A pesar de ello, tuve que pasar lo mío antes de resolverme a adoptar el nuevo régimen alimenticio. Me doy perfecta cuenta de que, para decidirse uno a bajar de peso (y no volver a engordar), tienen que existir motivos y razones muy poderosos que lo impulsen a trazarse un plan para toda la vida constituído por una serie de hábitos completamente nuevos.

En el caso mío, el motivo determinante fue el miedo. Mi padre había tenido varios ataques al cora-

zón, que acabaron por llevarlo al sepulcro. Cuando se le presentaron a mi madre los primeros síntomas de una dolencia cardiaca, me hice cargo de que mis probabilidades de escapar a una cardiopatía habían sin duda disminuído considerablemente.

Por aquellos mismos días, un íntimo amigo mío, hombre de sólo 40 años, tuvo que guardar cama a consecuencia de una trombosis coronaria. Pesaba 13 kilos y medio más de lo debido. Mientras lo visitaba en el sanatorio, comenzamos a discurrir sobre nuestras respectivas familias. Súbitamente me puse a pensar en la suerte que habría de correr mi hijo si yo llegase a faltarle. Sabía yo muy bien que el índice de mortalidad de los gordos era más elevado que el de las personas de peso normal. Recuerdo que salí del sanatorio diciendo para mis adentros: "Ha llegado el momento decisivo. Voy a empezar *ahora mismo* a perder peso". Y lo hice.

Creo que cualquiera, por obeso que sea, puede perfectamente hacer lo que yo. Sobre todo, lo que aprendí puede muy bien evitar que el exceso de kilos constituya una fuente de tribulaciones.

Líneas generales del plan. Siendo en muchos casos el demasiado comer la causa primordial del exceso de peso, el primer punto del programa es averiguar *por qué* come uno demasiado. Un intenso deseo emotivo, un complejo de inferioridad, un desengaño, un rapto de cólera, suelen empujarnos a procurar el goce físico de la comida. En el caso mío lo que lo provocaba era la tensión nerviosa. Cuando se acercaba la fecha del vencimiento de un plazo improrrogable, cuando tenía una trifulca con mi mujer o con mi jefe, aplicaba a las heridas de mi amor propio el bálsamo de la comida. Pero pronto descubrí que si uno escruta con cuidado y halla la verdadera causa de esa intempestiva voracidad, ésta pierde mucho de su fuerza.

Como quiera que el aburrimiento y la frustración son capaces de provocar un apetito descomunal, es menester relacionar la inauguración del plan de baja de peso con un cambio en el estilo de vida. Un nuevo empleo, o una modificación en las tareas propias del que ya tenemos, una nueva distracción cualquiera (jardinería, *golf*, ligeros trabajos caseros de reparación) nos suministran a veces la satisfacción que antes se buscaba en la comida.

Solicite el auxilio de su cónyuge para poner en práctica el plan, o, si es usted soltero, el de sus padres (aun cuando las mamás propenden a atracar a sus hijos). Un buen médico puede prestar valiosa ayuda en la empresa; desde luego, uno que esté dispuesto a tomar en consideración las causas sicológicas tanto como las físicas.

Si para entonces siguen teniendo igual fuerza y validez los motivos que lo determinaron a usted a abrazar el plan y ha hecho frente resueltamente al embozado enemigo emocional, no le costará mayor tra-

bajo variar su régimen alimenticio.

Nueva orientación del régimen alimenticio. Soy francamente opuesto a las dietas rígidas, de cartilla, a base de un plato invariable (régimen de bistécs, régimen de huevos, régimen de grasas); a las combinaciones calorimétricas, a los preparados para bajar de peso; en suma, a toda clase de trucos.

El peso que usted tenga ahora es, con toda probabilidad, resultado del régimen alimenticio que ha observado durante muchos años. De ahí que, para rebajar ese peso y mantenerlo rebajado, sea preciso que usted se consagre de un modo constante e inteligente a conseguirlo. A esto se debe el fracaso de las dietas drásticas de corta duración. No sirven para modificar en un ápice la pauta alimenticia que se ha seguido durante años.

Asesorado por su médico, entérese usted, siquiera *medianamente*, de las calorías que tienen los alimentos, de cuánto debe usted dejar de comer y de cuáles alimentos contienen los minerales y las vitaminas necesarios. No tiene usted que acumular un saber enciclopédico de datos y hechos relativos a la nutrición. Los alimentos ricos en calorías se recuerdan con facilidad (usted los conoce ya): carnes mantecosas, cerdo, jamón, tocino, carnero, mantequilla, todo lo frito, salsas, todo cuanto contenga crema de leche, el extenso grupo macarrónico, patatas, el aderezo de ciertas ensaladas, las bebidas alcohólicas y la mayor parte de los dulces.

Con esos datos ya está usted más que en disposición de reformar sus hábitos alimenticios. Para que la nueva norma de vida se arraigue y perdure, no acometa usted la reforma demasiado radicalmente. Para adquirir mis actuales hábitos alimenticios, ideé cuatro reglas esenciales, a saber:

Disminuir las porciones. Sírvase, pues, una loncha más pequeña de rosbif, un pedazo menor de pastel. Acostumbraba yo a comerme dos chuletas de carnero bastante grandes: ahora me como una y media. En vez de echarme tres cucharaditas de azúcar en el café, ahora me pongo sólo una. ¿Que me tomaba dos aperitivos antes de la comida? Pues ahora me conformo con uno. Reduje igualmente las porciones de guisantes y habichuelas, aunque más moderadamente, porque contienen menos calorías.

Además de comer menos, es indispensable comer *despacio*. Si en lugar de darse prisa, saborea uno cada bocado, se satisface antes el apetito que si se engulle ávidamente lo que se lleva a la boca.

Deje un poco de cada alimento en el plato. Sistema fácil de reducir los alimentos, sobre todo si come uno fuera de casa y no puede servirse una porción más pequeña. Y a nadie le importará un bledo. Más probable será que la anfitriona se dé cuenta de que uno se ha comido todo lo que se le sirvió, que de que dejó unos bocaditos en el plato.

Suprima ciertos alimentos . . . en ciertas comidas. Cuando yo pesa-



ba mucho comía patatas un día sí y otro también. Reduje por tanto mi consumo del sabroso tubérculo a dos o tres veces por semana. Suprimí un trozo de mantequilla al día. Me adherí al sistema del emparedado "de una sola pared", o sea el de la rebanada de pan única. Rebajé a dos veces por semana las cinco que acostumbraba a comer manjares fritos. Después de todo, pueden comerse guisados, asados o cocidos. Repárese en que no me privé por completo de plato alguno. A pesar de eso, la disminución en el tamaño de las raciones redujo en unas 425 mi diaria ingestión de calorías.

Procure sustituir ciertos alimentos ricos en calorías. En lugar de carnes rojas, por ejemplo, coma carnes blancas: pollo y pescado. Tome leche desnatada en vez de leche corriente; requesón, en vez de queso; remolacha, zanahorias, habichuelas y espinacas, en vez de patatas y frijoles; frutas frescas, en vez de en almíbar.

Consuma esos sustitutivos en diversas ocasiones. Escoja cuatro o cinco platos que le gusten y cómalos en vez de los que usted sabe que contienen muchas calorías. Si usted sencillamente no puede pasarse sin determinados alimentos, digamos jamón o patatas, cómalos en buena hora; pero reduzca las porciones y compense su alto contenido de calorías consumiendo sustitutivos de otros alimentos de que usted sea capaz de abstenerse con mayor facilidad.

En resumen: con esas cuatro reglas conseguí una reducción diaria de cerca de 800 calorías en mi régimen. (El médico puede indicarle a usted la cifra adecuada.) Además, reforcé mi régimen con otra medida importante: mayor actividad física.

Importancia del ejercicio. El peso está determinado por la relación que existe entre la cantidad de calorías que aportamos a la máquina del organismo y la cantidad que gastamos. De ahí que los nuevos hábitos alimenticios no puedan hacer más que reducir la cantidad de calorías que entran. Una mayor actividad física puede aumentar el total de las que salen. Es imperativo, pues, lograr la debida relación entre ambas cantidades.

No es que yo abogue precisamente por que se hagan ejercicios calisténicos todas las mañanas, ni que se den unas carreritas alrededor de un estanque, no; pero si usted quiere de veras lograr mejores resultados de su nuevo régimen, debe procurar estar más tiempo de pie, andar y agacharse más. Media hora de tenis, de *golf*, de pedalear en bicicleta o de cortar el césped, contribuye grandemente a acrecentar el gasto de calorías. Es posible que haya usted oído decir por ahí que de poco sirve el ejercicio físico para reducir de peso; que, por ejemplo, tendría usted que subir y bajar no sé cuántas veces las escaleras de un rascacielos para gastar las calorías que hay en un trozo de mantequilla. Es verdad. Subir y bajar esos

centenares de peldaños *un solo día* no influirá cosa mayor en el peso de uno. Lo que importa tener presente es que ese gasto de energía *todos* los días de la semana, *todas* las semanas del mes, *todos* los meses del año es el que cuenta y resulta de positiva eficacia para bajar de peso. Para que la actividad física sirva de algo, es preciso practicarla *toda la vida*.

Yo conseguí aumentar mi gasto diario de calorías con sólo caminar tres kilómetros: uno y medio por la mañana y uno y medio por la noche, y a guisa de refuerzo, otra hora más de estar de pie y de andar de acá para allá en mi casa.

Tejer y destejer. En todo plan de reducción hay que contar siempre con algún retroceso. Yo, por ejemplo, después de perder más de medio kilo a la semana durante cinco meses, llegué a un punto en que no podía adelgazar más. El médico me dijo que era cosa corriente; que el organismo necesitaba tiempo para adaptarse al nuevo peso antes de seguir perdiendo kilos. Tuve el buen acuerdo de perseverar en mi plan diez desalentadores meses más antes de empezar a perder peso de nuevo. Desde entonces la reducción siguió ininterrumpidamente su curso. Cuando alcancé la meta que me había propuesto, o sea, el peso correspondiente a mi talla y constitución, puse punto final al proceso de reducción; pero permanecí ojo avizor.

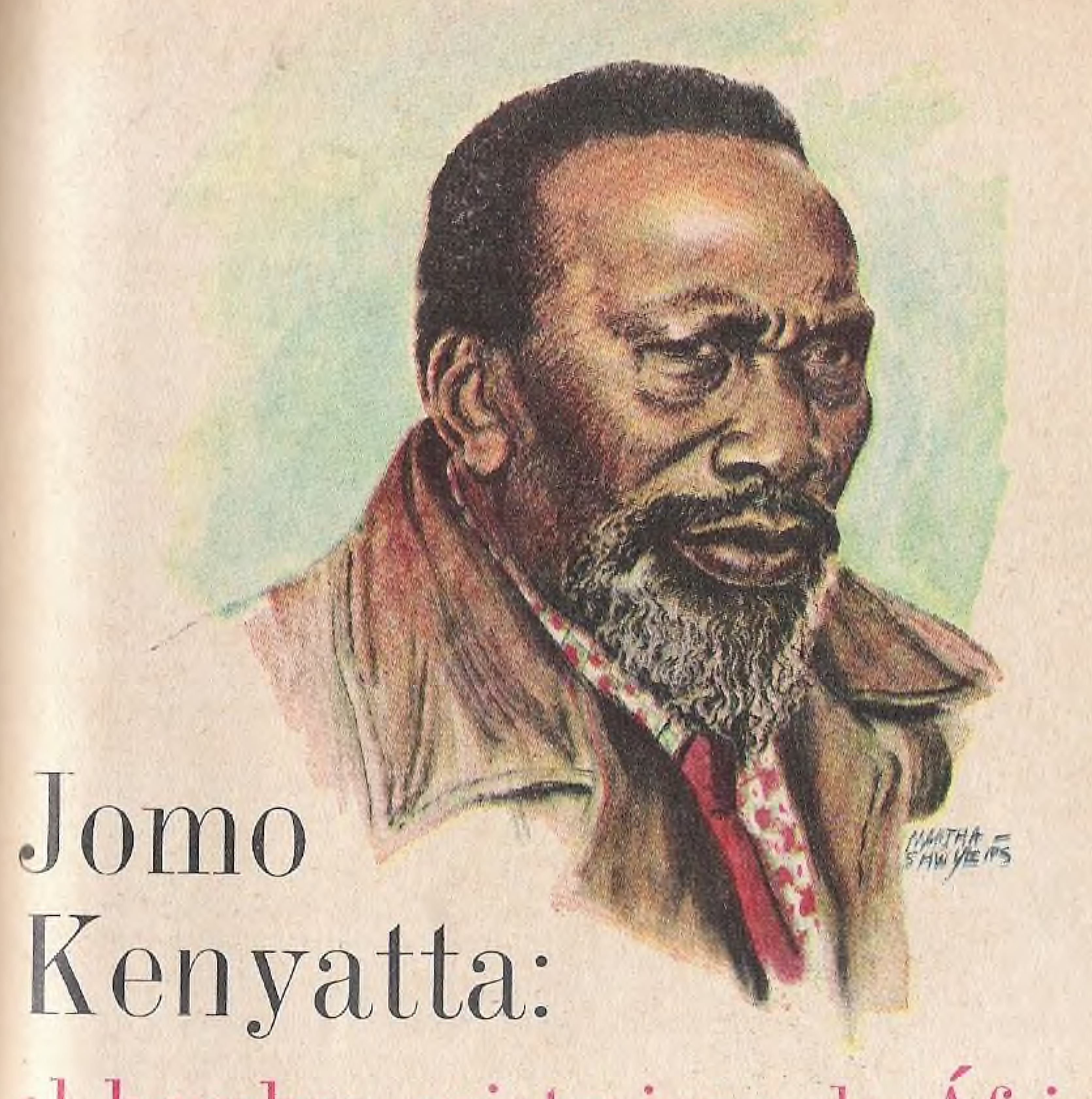
Lo que yo llamo *tejer y destejer* consiste sencillamente en dar jaque mate al kilo que se obstina en volver solapadamente del ostracismo, y descansar después un poco. Caso más serio es el del individuo que, habiendo perdido diez kilos o más, se encuentra luego, para gran disgusto suyo, con que los ha recobrado. Lo cual significa que el tal sujeto, después de guardar el régimen, volvió a sus antiguos resabios manducatorios por no haberse trazado un plan fijo para conseguir una reducción permanente de calorías.

La recompensa. ¿Vale la pena esa serie de esfuerzos y molestias? Ya lo creo que sí. Ganará usted no poco a sus propios ojos. Además de mejorar su estampa y sentir cierto grado de euforia, adquirirá aquella confianza en sí mismo que da el haber llevado a feliz término una empresa larga y penosa, el haber derrotado a oscuras y tenaces fuerzas que constituían una amenaza a su paz espiritual y su bienestar físico, y experimentará usted el gozo de haber contribuído a la conservación de su propia vida.

Aritmética elemental

UNA NIÑITA de seis años me informó que dos y dos no siempre son cuatro, y lo probó diciendo: "Dos gotas de lluvia más otras dos son . . . un charco".

—J. S. G.



Jomo Kenyatta: el hombre misterioso de África

Por David Reed

¿Maléfico instigador de la sangrienta rebelión de los Mau Mau, o padre de la patria? De cualquier modo, el hombre que probablemente será primer ministro de Kenia es una personalidad importante y discutida.

EN LA MESETA de Kenia, encantadora y levantisca colonia inglesa del África Oriental, se eleva solitaria una montaña de un humoso color purpúreo. Aunque se halla exactamente en el ecuador, la cumbre, que tiene 5200 metros, está co-

ronada por un glaciar. Durante el día las laderas heladas brillan al deslumbrante sol tropical, y por la noche la luna hace destacar el pálido azul de la cúspide, que semeja una isla embrujada en el cielo.

Los blancos dan a la montaña el nombre de monte Kenia, pero para la tribu Kikuyu es *Kere-Nyaga*, la cumbre del misterio y la residencia de Dios. En estos días, un anciano kikuyu mira a menudo extasiado la majestuosa escena, como siempre lo hicieron sus antepasados, y acaso murmure una acción de gracias y exhale un suspiro de satisfacción.

Ese anciano es Jomo Kenyatta, el hombre misterioso del África. Libre una vez más después de nueve años de prisión y destierro, es una de las personalidades más discutidas del mundo actual. Los gobernantes y colonos blancos de Kenia lo consideran poseedor de diabólica astucia, y lo acusan de ser responsable del salvaje levantamiento de los Mau Mau, que tuvo lugar hace unos años. Por otro lado, los 6.000.000 de naturales de Kenia lo creen el padre de la patria, y ven en él el símbolo viviente de un África que aspira a ser libre, ilustrada y digna.

Y en realidad, Jomo Kenyatta encarna al África, con todos sus conflictos y contradicciones. Nieto de un hechicero, se crió en un ambiente de brujería, convencido de que los espíritus de los muertos continuaban cerniéndose sobre los techos de las chozas para vigilar las

posesiones de sus descendientes. Apenas era un muchacho y ya Jomo aprendía a arrojar venablos con mortífera precisión. En aquellos años también bebió en las fuentes de la hechicería, y algunos dicen que conserva agradables resabios de aquélla. Es, sin embargo, el mismo hombre que llegó a ser una figura familiar en los círculos intelectuales de Inglaterra. Su don de simpatía, y un ingenio afilado como navaja, le ganaron la amistad de muchos ingleses influyentes, y hasta llegó a codearse con la realeza europea.

Durante la mayor parte de su vida, Kenyatta ha sufrido dos influencias opuestas. Como hombre de tribu, considera el pasado la edad de oro africana, mas al mismo tiempo le agradan la música clásica y los cuadros impresionistas. Aunque ha abandonado el cristianismo formal, lee a menudo la Biblia, así como también obras sobre las religiones orientales. Polígamo, tiene tres esposas, una inglesa y dos africanas.

Hoy, no obstante sus 71 años, Kenyatta goza de buena salud y de agudeza mental. Sus ojos son tan penetrantes que casi hipnotizan. Sabe hablar a las muchedumbres con la habilidad de un Castro o un Hitler, y puede hacer reír, enfurecer o llorar a grandes masas de africanos. Siempre lleva consigo a todas partes una escobilla de cola de cebra, emblema de autoridad, atada a su muñeca.

El verdadero nombre de Kenyat-

ta era Kamau wa Ngengi (Kamau, hijo de Ngengi). Su padre era rico con arreglo al nivel de la tribu, pues poseía mucha tierra y numeroso ganado vacuno y caprino. Su abuelo era un *mundo mugo*, o sea un buen hechicero. Podía predecir el futuro, hacer llover y ahuyentar a los malos espíritus, cosas todas que, como cualquier especialista, hacía a cambio de una adecuada retribución. Cuando el anciano iba a visitar a sus clientes, permitía que su nieto le llevara la maleta de magia. Y Kamau, subiendo y bajando las pendientes escarpadas de Kikuyu tras de su abuelo, vio muchas cosas que lo maravillaron.

En una ocasión tomó parte en una ceremonia para hacer llover. El método consistía en estrangular un cordero, abrirlo y colgar los intestinos en un árbol untado con su sangre. Luego los presentes comían la carne y quemaban los residuos. Años después, Kenyatta escribía con reverencia temerosa y apenas disimulada: "Nuestras plegarias fueron escuchadas, pues antes de que acabara de extinguirse el fuego sagrado, una lluvia torrencial descargó sobre nosotros".

En 1895 la Gran Bretaña estableció un protectorado que comprendía a Kenia y a Uganda. Pronto comenzaron a llegar misioneros blancos, y colonos, que se establecieron allí y se dedicaron a cultivar el suelo. Los inmigrantes se apoderaron de una porción del país Kikuyu, rica tierra de cultivo, y la reservaron para los europeos solamente. Los kikuyus nunca olvidaron esto.

Un día, mientras cuidaba el ganado de la familia, Kamau, entonces niño de diez años, huyó y se refugió en una misión de la Iglesia Escocesa situada cerca de Nairobi. Allí se le enseñó a leer y a escribir inglés, así como también el oficio de carpintero, y se le bautizó "Johnstone" Kamau. Más tarde fue a buscar fortuna a Nairobi, entonces una pequeña y ruidosa ciudad de cabañas, y obtuvo un empleo en una oficina del gobierno; después fue inspector de contadores de electricidad. En aquellos días era un dandi; aficionado al baile, ya tenía éxito con las mujeres, como todavía lo tiene ahora. Adoptó un nuevo apellido, Kenyatta, que en idioma kikuyu tenía relación con un cinto de cuentas que gastaba, y al correr del tiempo trocó su nombre cristiano por el de Jomo, que significa "lanza ardiente".

Ya en aquellos días la cuestión racial creaba grandes problemas en Kenia. Aunque los colonos blancos eran menos de 10.000, y los africanos, millones, aquéllos estaban convencidos de que poseían el derecho de dirigir el país. Aplicaron altos impuestos a los naturales a fin de obligarlos a abandonar las tierras de la tribu y a trabajar para los granjeros blancos, generalmente con una retribución mínima. Con objeto de que muy pocos africanos pudieran resistir, se les prohibió cultivar café y otros productos fácilmente vendibles.

A los muchachos de las misio-

nes que tenían un barniz de instrucción, como Kenyatta, lo que más les irritaba era la barrera de color. Se les relegaba a los trabajos más humildes, y se les impedía la entrada a los hoteles, restaurantes y clubs frecuentados por blancos. Años después, Kenyatta escribiría: "En las antiguas sociedades africanas, y no obstante todos los vicios que se les achacan, un hombre era un hombre. Pero actualmente un africano es como un caballo que debe marchar solamente en la dirección que la rienda le señala".

Hace honor a la inteligencia de los kikuyus el hecho de que a partir de 1920, y sólo unos cuantos lustros después de la llegada de los blancos, fueran capaces de iniciar un movimiento político semejante a los que se estilan en el mundo occidental. Kenyatta ascendió rápidamente en él, y pronto comenzó a editar un diario en lenguaje kikuyu. En 1929 decidió ir a Londres con un compañero para presentar las reclamaciones de su pueblo directamente al gobierno inglés.

Mas éste hizo poco caso de los dos "presuntuosos colonos", y el desilusionado Kenyatta se acercó entonces a los comunistas ingleses y a sus simpatizantes, que lo esperaban con los brazos abiertos. Durante un tiempo compartió un apartamento con Paul Robeson, el cantor negro norteamericano. En dos ocasiones visitó la Unión Soviética, donde permaneció en total cinco meses. Un informe oficial preparado recientemente por el gobierno inglés lo acusa de haberse afiliado al partido comunista por esa época, y añade que se sabe de "fuentes fidedignas" que estudió tácticas revolucionarias en la Escuela Lenín de Moscú. Es creencia general, sin embargo, que Kenyatta se apartó del comunismo poco después.

Su segundo viaje a Inglaterra, iniciado en 1931, se dilató hasta convertirse en un destierro de 15 años que él mismo se impuso. Estudió antropología en la Escuela Londinense de Economía, y en 1938 publicó un estudio antropológico sobre los kikuyus que obtuvo considerable éxito académico. En 1943 contrajo matrimonio con Edna Clarke, una maestra blanca, y un año después ella le dio un hijo. Fue su segundo casamiento, pues ya tenía una esposa kikuyu en Kenia.

Después de la segunda guerra mundial, Kenyatta y otros desterrados de diversas colonias africanas británicas, entre ellos Kwame Nkrumah, hoy presidente de Ghana, comenzaron a planear la liberación de África. Peter Abrahams, negro sudafricano del Cabo, recuerda que en una ocasión Nkrumah propuso que los tres formaran una sociedad secreta, y que cada uno vertiera unas cuantas gotas de su sangre en un vaso a fin de hacer un voto solemne.

"Kenyatta se rió de la idea", escribe Abrahams en la revista *Holiday*. "Él concebía nuestra lucha en términos modernos, sin absur-

dos rituales sangrientos. Nkrumah se retiró. Kenyatta y yo éramos demasiado civilizados para él".

En setiembre de 1946, Kenyatta regresó a su país, dejando a su esposa e hijo en Inglaterra, donde permanecen todavía. Kenia había cambiado poco en 15 años. La barrera del color seguía siendo rígida. Debido al notable aumento de la población kikuyu, la cuestión de la tierra se había vuelto más explosiva que nunca. Como el gobierno colonial seguía rechazando las reclamaciones de los africanos, que pretendían reformas, la política de los kikuyus se hacía cada vez más subversiva.

Llegaron noticias de una nueva organización llamada Mau Mau, que hacía votos con ceremonias sangrientas. Después de sacrificar corderos y cabras, los kikuyus, de cara a la montaña sagrada, juraban arrojar a los blancos al mar. Las ceremonias resultaban cada vez más depravadas; el canibalismo y las perversiones sexuales hicieron su aparición en los ritos nocturnos.

Mientras tanto, Kenyatta permanecía impasible en su casa cercana a Nairobi, leyendo a Nietzche y a Schopenhauer. Sobre su casa ondeaba la bandera tricolor de su rebelde movimiento político: negra por África, roja porque la sangre africana es del mismo color que la de cualquier otra raza, y verde para representar la fecundidad de la meseta de Kenia. Las autoridades británicas le pedían con frecuencia que censurara el contagioso alza-

miento Mau Mau, pero Kenyatta respondía con sus propias demandas de reforma política. Cuando no se accedía a ellas, se dirigía a miles de entusiastas kikuyus, y les decía:

—¿Mau Mau? ¿Qué es eso? Nunca oí hablar de tal cosa.

En otra ocasión dijo en una reunión política:

—La tierra es nuestra. No temáis derramar vuestra sangre para recobrarla.

La tormenta se desató en el otoño de 1952. Muchos colonos blancos y sus familias fueron asesinados, y a veces descuartizados a machetazos. Se desjarretó o mutiló de otros modos el ganado perteneciente a los blancos, y por la noche el cielo de la región Kikuyu se veía iluminado por las cabañas incendiadas de aquellos kikuyus, generalmente cristianos, que se habían negado a unirse al salvaje levantamiento.

Los colonos se armaron, y luego llegaron tropas inglesas en aviones. Los Mau Mau se retiraron más profundamente en las selvas sin caminos, y pronto la lucha se convirtió en una cacería. En sus orígenes, la rebelión Mau Mau estaba dirigida contra los blancos; sin embargo los terroristas mataron menos de 100 europeos y más de 2000 compatriotas que se negaron a seguirlos. De acuerdo con el informe oficial, los soldados blancos y la policía, junto con sus aliados africanos contrarios a la rebelión, mataron 11.500 terroristas. Pero el placer de tirar y la sed de sangre tuvieron buena parte

en la lucha, por lo que es de creer que la matanza real fue varias veces mayor que la mencionada en los documentos oficiales.

Kenyatta fue arrestado al comenzar la rebelión. Después del juicio que se le siguió, fue condenado a siete años de trabajos forzados por dirigir una sociedad ilegal. Se le condujo en avión a una prisión situada en el remoto desierto que constituye la frontera norte de Kenia. Los cargos contra Kenyatta presentados al tribunal no fueron del todo concluyentes, mas no se podía negar que él era el único líder del nacionalismo extremista de los kikuyus, y que sólo una línea muy fina separaba a éste del practicado por los Mau Mau.

La lucha no había terminado aún, y ya se efectuaban grandes cambios en Kenia. Convencido de que los excesos del Mau Mau sólo se podrían curar por medio de reformas de largo alcance, el gobierno de Kenia aceptó en 1954 a un africano en su consejo de ministros. Tres años después se concedió a los naturales el derecho de votar. La representación africana en el Consejo Legislativo de la colonia, o futuro parlamento, fue aumentada. Finalmente, en 1961, los africanos constituían la mayoría, y la independencia se aproximaba.

Esos fueron años duros para Kenyatta, cuya prisión se alzaba en el cálido desierto, rodeada por un paisaje lunar de lava, rocas y lagos de agua salada. En 1959 terminó de cumplir su sentencia, que le había sido acortada en 28 meses por buena conducta. Sin embargo, en lugar de concedérsele la libertad, se le llevó a otra aldea del desierto para que pasara allí el resto de su existencia en forzoso exilio. Mas en el corazón de sus compatriotas su recuerdo continuaba encendido como un fuego en un matorral.

Todavía en 1960, el gobernador Sir Patrick Renison declaraba que Kenyatta era un líder que los llevaría "a la oscuridad y a la muerte", mas los africanos recibían sus palabras con gritos burlones. La agitación fue aumentando, y muchos ex-Mau Mau, apenas salidos de la cárcel, repitieron sus bestiales votos.

Sir Patrick cedió ante lo inevitable. En agosto de 1961, un avión de la policía trajo del destierro a Kenyatta, su tercera esposa y sus tres hijos, y la familia volvió a ocupar la casa cercana a Nairobi. Miles de naturales lo recibieron. Redoblaban los tambores, y mujeres descalzas bailaban y gritaban: "¡Kenyatta ha vuelto! ¡Gracias, Jomo!" Kenyatta respondía a la bienvenida agitando con majestuoso ademán la escobilla de cola de cebra. Luego, estuvo a punto de derramar lágrimas cuando abrazó a su padrastro, de 90 años de edad.

—Ha estado lloviendo —dijo— mas ahora ha escampado, y todo va bien en el mundo.

Nairobi es hoy una ciudad de pequeños rascacielos donde no faltan los embotellamientos de tráfico. Una gran revolución económica ha trasformado el país Kikuyu en un

modelo de agricultura africana. Los naturales pueden ahora tener cultivos remuneradores. Centenares de jóvenes kikuyus estudian en las universidades de los Estados Unidos y de Inglaterra. La barrera del color ha desaparecido; la tierra de la meseta, antes reservada a los blancos, está ahora a disposición de quien pueda comprarla. Los africanos ascienden rápidamente hasta ocupar posiciones encumbradas en el gobierno y en las empresas privadas.

Aunque parezca paradójico, Kenyatta y otros dirigentes africanos tratan ahora de que los colonos blancos permanezcan en sus tierras, pues se dan cuenta de que su presencia constituye una gran ventaja económica para el país. Mas entre éstos reina la inquietud y muchos abandonan la colonia. Algunos temen una "Noche de los cuchillos largos", o una venganza semejante a la del Congo cuando llegue el día de la independencia.

Ésta la espera Kenia en 1962. Casi con seguridad se nombrará primer ministro a Kenyatta, por aclamación popular. Algunos creen que para mantener el orden y fomentar el progreso de Kenia, es indispensable un hombre de la estatura de Kenyatta, pero reconocen que será trabajo difícil, aun para él.

Hay quiénes piensan que la justicia ha llegado al fin a Kenia. Otros piensan todo lo contrario. Mas también hay que tener en cuenta a los ausentes generales del Mau Mau, caníbales algunos de ellos, asesinos muchos, y todos salvajes, pero iniciadores de la cadena de acontecimientos que provocaron la independencia. Con seguridad sonríen hoy satisfechos, mientras marchan en fantasmagórica procesión por las cordilleras del país Kikuyu.



Días de gracia

La pesca nos permite lavarnos el alma con aire puro, con el rizo del riachuelo y el resplandor del sol sobre aguas azuladas.

Nos dota de humildad y hace que nos sintamos inspirados con las gloriosas maravillas de la naturaleza; nos infunde caridad hacia los fabricantes de avíos de pescar; nos hace despreciar el lucro; mitiga el odio y enaltece el espíritu. Además, nos llena de regocijo el pensar que no tendremos nada, en absoluto, que resolver hasta la semana que viene. Dice una lápida asiria, que data del año 2000 antes de Jesucristo:

LOS DIOSES NO REBAJAN
DE LOS AÑOS PREDESTINADOS A LA VIDA DE CADA HOMBRE
LAS HORAS DEDICADAS A LA PESCA

— De un discurso de Herbert Hoover

¿Contamos demasiado con la democracia?

Por Carl Degler
Profesor de historia del Colegio Vassar

Condensado del suplemento dominical del "Times" de Nueva York

En gran parte, la ayuda técnica y económica, así como las armas que el Occidente proporciona a las nuevas naciones independientes de África y Asia, se justifican por la creencia de que la democracia está destinada a triunfar en todo el mundo. Pero ¿hay alguna razón para pensar que se extenderá de esa manera? ¿Tenemos alguna base para suponer que vivimos en una época de permanente revolución democrática?

Apenas son un puñado las naciones donde existe un sistema verdaderamente democrático: los países escandinavos y los del Benelux, Suiza, la Gran Bretaña e Irlanda, Canadá y los Estados Unidos, Australia y Nueva Zelandia, y algunos países de Iberoamérica. En realidad, la democracia prevalece en menos países hoy que en 1914.

¿Por qué, después de dos guerras mundiales, no se ha extendido por todo el globo? La razón, para resumirla en pocas palabras, es que la democracia es el producto frágil de circunstancias históricas especiales, y no una forma de gobierno robusta y de recia fibra que pueda florecer dondequiera.

¿Cuáles fueron esas circunstancias especiales? Una de ellas, indudablemente, fue el carácter peculiar de los cien años trascurridos desde la derrota de Napoleón en 1815 hasta el estallido de la primera guerra mundial. Ese siglo constituyó, ante todo, una era de paz sin ejemplo desde el fin del Imperio Romano. Sus guerras fueron, o bien periféricas con respecto a Europa, como la de Crimea, o de lo contrario, breves.

Al amparo de la paz, las democracias europeas se vieron libres de

la necesidad de conseguir una victoria (cosa que a menudo destruye los métodos democráticos todavía no bien arraigados) y libres también de la devastación de la guerra, una de las principales razones que incitan a asumir poderes dictatoriales. Quizá no sea coincidencia que la democracia de Escandinavia y de Holanda, países que permanecieron neutrales desde 1914 hasta 1918, sobreviviera después de la guerra, mientras que en Italia y en Alemania, ambas encaminadas a adoptar instituciones democráticas antes de la conflagración, este sistema fuera remplazado por la dictadura. Para empezar, había llegado tarde a esas naciones, y se había establecido en ellas en forma demasiado débil para resistir a las presiones originadas por la guerra y sus consecuencias.

Como se deduce de lo expuesto, el arte de la democracia es, entre todas las formas de gobierno, el que exige más colaboración por parte del pueblo. El principio de que el poder debe ser abandonado cuando los resultados de una elección son adversos, constituye un impresionante acto de autodominio. Y al parecer este autodominio sólo llega a afirmarse cuando varias generaciones lo han practicado sin haberse visto perturbadas por severas crisis sociales o conflictos militares.

La democracia no sólo requiere la cooperación sicológica del pueblo que la practica, sino que también exige condiciones económicas especiales para sobrevivir. Si consideramos los países del mundo que gozan del más alto nivel de vida, advertiremos inmediatamente que las democracias estables prosperan en ellos. Pues esta forma de gobierno necesita bienestar económico para sobrevivir. La lucha social por la comida y el alojamiento ha de suavizarse; de lo contrario los pobres y los desheredados sentirán la tentación de volver los ojos a un caudillo poderoso en la esperanza de que pueda aliviar su miseria. Además, puesto que la democracia requiere que la instrucción pública adquiera gran desarrollo a fin de que los ciudadanos estén bien informados para ejercer su soberanía, le es indispensable disponer de dinero suficiente para establecer un amplio sistema escolar.

Si estas observaciones son correctas, de ellas se deducirá una conclusión importante. El hecho de que un pueblo sea democrático no es necesariamente un signo de virtud superior. Aunque ciertamente hay que apreciar los esfuerzos de aquellos que gozan de un gobierno democrático, su éxito no depende tanto de ellos mismos como de la suerte. Han erigido su democracia en tiempo oportuno y en circunstancias propicias.

Hasta el desarrollo industrial, que siempre se traduce en un nivel de vida más elevado, ofrece pocas esperanzas de que ayude a propagar la democracia. Por el contrario, hay buenas razones para creer que el entusiasmo por la industrialización que se ha apoderado de

los países poco desarrollados generará tremendas presiones capaces de arrollar el lento proceso de un gobierno democrático.

Pero si la edad de oro de la democracia (la edad de la paz, de la libre empresa y de la industrialización fácil) terminó con la era de las grandes guerras mundiales de 1914 a 1945, si la democracia no está ahora destinada a extenderse, ¿qué consecuencias tiene esto para la política de los países occidentales?

En primer término, los obliga a reconocer el hecho, hasta ahora poco claro, de que la lucha contra el bloque soviético no es la pugna de la democracia contra la dictadura. Considerar al mundo no comunista democrático, o siquiera libre, es en el mejor de los casos una ilusión. La mayor parte de los países que lo componen no se encuentran en esta categoría.

Además, convertir la actual guerra fría en una lucha entre democracia y dictadura no sólo tiende a confundir las cosas, sino que hace mucho más difícil que disminuya la tirantez entre los principales bloques de potencias. ¿Cómo podrían los pueblos de Occidente aceptar un *modus vivendi* con el bloque comunista cuando se les dice que la forma comunista de gobierno es una de las bases reales de la presente guerra fría?

Mas entonces, ¿qué principios deberán guiar la política de las naciones occidentales?

Fundamentalmente, éstas deberían considerar enemigos solamente a aquellos países que amenazan con agredir a otros miembros de la comunidad internacional, pues tales actos ponen en peligro la existencia misma de la humanidad. Y deberían ayudar a aquellos otros países que apoyan con una actitud realista los valores democráticos, o que, mediante la abolición del analfabetismo, la disminución de la pobreza y mejoras en la higiene y el bienestar común, prometen satisfacer la aspiración de sus pueblos a una vida más completa.

Así, la India merece ayuda porque se esfuerza por establecer libertades propias de la sociedad democrática. Por otra parte, también conviene apoyar a un país como Ghana, no porque haga progresos notables en el camino de la democracia, sino porque se trata de una nación que busca mejorar las condiciones de vida de su pueblo, sin infringir en forma notoria los derechos humanos que el mundo occidental reverencia.

Aplicando este criterio a las naciones no democráticas, los países occidentales cosecharán la ventaja de mantener en forma realista sus ideales siempre y donde esto sea posible, ayudando al mismo tiempo a los pueblos menos privilegiados del mundo a conseguir el nivel superior de vida que el capitalismo democrático ha acabado por representar. En un mundo donde predominan las dictaduras, ninguna política democrática más estrecha resultará práctica.

RIZPAH

"Y Saúl tuvo una concubina cuyo nombre era Rizpah..."

por Charles E. Israel — *II Samuel 3:7*



LEA *esta magistral y apasionante biografía novelada*

Suscribiéndose al

CIRCULO LITERARIO

Charles E. Israel
RIZPAH
"Y Saúl tuvo una concubina cuyo nombre era Rizpah..."
II Samuel 3:7
EDICIONES SELECTAS

Fascinante y bien documentada historia de Rizpah, **la mujer cuya belleza, ingenio y capacidad para amar, la convirtieron en el centro de la vida y en inspiración de los grandes héroes de su tiempo.** Vivió en una era de barbarie, saqueos y violaciones, cuando las tribus de Israel luchaban contra las huestes filisteas.

A los quince años de edad es capturada por los invasores y vendida como esclava en la ciudad pagana de Askelen, a un príncipe libertino que la inicia en las artes del amor y el juego del poder. Derrotados los filisteos, tres años mas tarde, retorna convertida en una experimentada mujer de arrebatadora belleza, y une su suerte a la del rey Saúl, convirtiéndose en su apasionada amante.

Este es el relato de su vida y de los grandes hombres con quienes compartió sus hazañas y su destino. La veremos convertirse de adolescente a mujer en los ambientes licenciosos de Askelen; enfrentando los hechos horriblemente sangrientos de una guerra cruel, envuelta en la mortal lucha de predominio entablada entre Saúl, el profeta Samuel y el ambicioso David, **y como concubina del Gran Rey, actuando con todo el poder de sus instintos de mujer...**

...eneficios que ofrece el CIRCULO LITERARIO

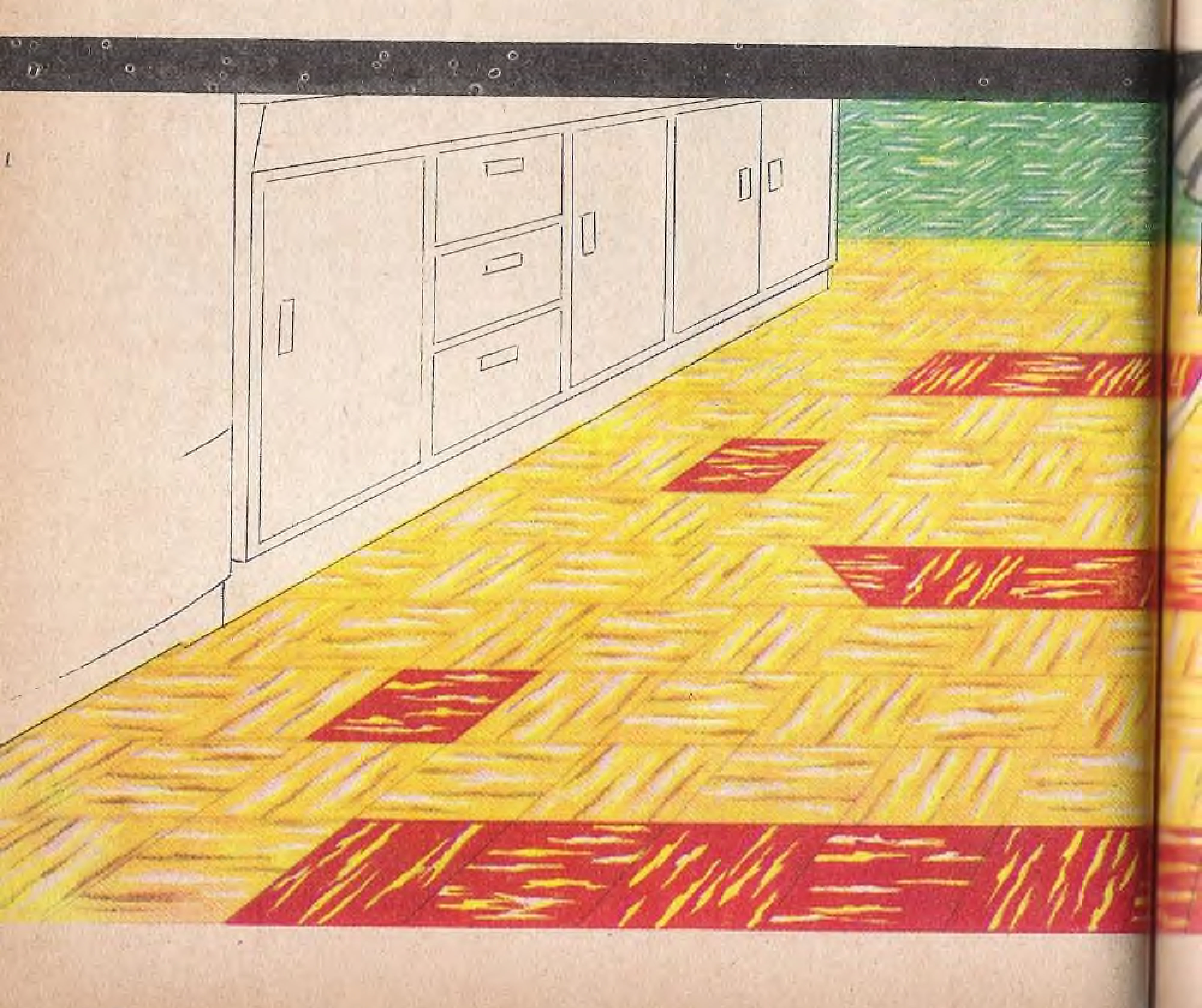
Elige el libro más interesante que se edita cada mes *La suscripción es gratuita, sin cuota de ingreso o gasto alguno. Los libros serán entregados en su casa por correo certificado sin ningún recargo y después los abona. El suscriptor no está obligado a comprar un libro mensual, cada mes recibe gratis el boletín mensual en el que se le informa sobre el libro seleccionado para que decida si desea recibirlo, el libro se le remite si no ordena lo contrario.*

...IBROS LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS QUE LE ...RMITIRAN FORMAR UNA SELECTA BIBLIOTECA.

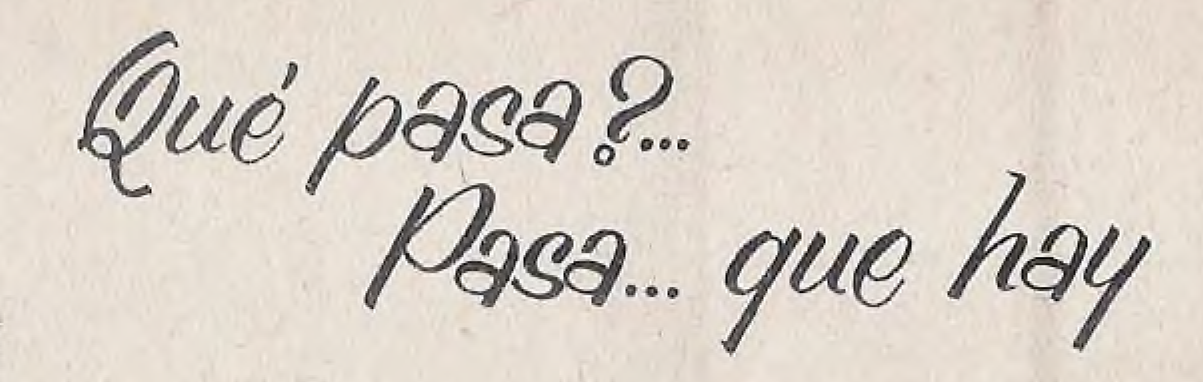
RECORTE Y ENVIE ESTE CUPON
AHORA MISMO

CIRCULO LITERARIO - *Lavalle 1454 - T. E. 40-3618*
Sírvanse anotarme como suscriptor del Círculo Literario y enviarme como mi primera Selección "RIZPAH" por CHARLES E. ISRAEL por el cual abonaré $ 155.-

Nombre ....
Calle y N° .... *T. E.* ....
Localidad .... *F. C.* ....
Provincia ....
Firma ....




GRATIS - Hermoso folleto a todo color, con los más atractivos diseños. Obténgalo enviando el cupón a:
FADEMAC S. A. C. I.
Casilla de Correo Nº 1 - Morón - F. C. N. D. F. S.
Nombre y apellido........................
Dirección ....
Localidad ....



HESPERIDINA

en casa!

Las horas de bienestar hogareño son, con HESPERIDINA, más gratas todavía. Qué bebida formidable! No existe en el mundo nada igual a la HESPERIDINA, creada por BAGLEY en el año 1864, y que continúa siendo una exclusividad absoluta. HESPERIDINA es deliciosa y estimulante en toda oportunidad... y por eso hay millares de familias "hesperidineras"!

HESPERIDINA

SIENDO DE BAGLEY ES BUENA

- *Gran aperitivo... exquisito licor!*
- *Con caña, fernet o gin... formidable copetín!*
- *Con soda, hielo y limón: contra la sed, la mejor solución!*

Somos más fuertes de lo que creemos

Verdad es que la vida nos somete a rudas pruebas, pero todos los seres humanos estamos dotados de los medios para superarlas.

Por Norman Vincent Peale
*Condensado del libro "The Tough-Minded Optimist"**

No nos engañemos; para vivir en este mundo hay que ser fuerte. Tarde o temprano, la adversidad toca a nuestra puerta: el dolor, la enfermedad, un accidente, un fracaso. Y cuando llega nos hace tambalear, a menos que poseamos cierta fortaleza interior que yo llamo "resistencia espiritual".

Tal vez haya sido hecho el mundo así, lleno de dificultades y de problemas, para despertar y desarrollar esa cualidad en los seres humanos. Porque la realidad es que somos más resistentes de lo que creemos. Toda la fortaleza que necesitamos para afrontar cualquier prueba que se nos presente a lo largo de la vida entera, la tenemos *dentro*. La puso allí el Creador, quien sabía muy bien contra qué obstáculos tendríamos que enfrentarnos en este mundo, y nos dio la capacidad para superarlos.

Cuando la vida parece más dura de lo soportable, debemos preguntarnos sinceramente cuál es la causa de nuestros males. Es general la tendencia a echar la culpa a terceros, o a fuerzas superiores que es imposible vencer. Mas la verdad es que la solución de nuestros problemas no está fuera de nuestro alcance, sino en nosotros mismos. Como dijo el Gautama Buda, "el pensamiento es todo, y lo que pensamos, eso llegamos a ser". Cuando uno es débil y cae derrotado, en la mayoría de los casos ha sido antes derrotado mentalmente, se ha dejado invadir por el pensamiento del fracaso y ha creado así la profunda convicción inconsciente de que no podrá triunfar.

¿Cuál es la solución? Concebir una idea de sí mismo contraria a la que se tiene. Reconozco que no es fácil, pues los hábitos mentales negativos han trazado hondos surcos en la conciencia y por tanto la mente protestará contra el esfuerzo que exige una nueva concepción positiva del yo. Pero es preciso comprender que la mente se ha engañado o nos ha engañado sobre las verdaderas aptitudes que poseemos y luego se ha puesto a la tarea, cómoda por cierto, de hacernos fracasar o dejarnos fracasar. Así pues, no debemos permitir que la mente nos domine, sino dominarla nosotros. Podemos hacerlo, siempre que queramos, con la ayuda de Dios.

Cuando yo tenía 10 años mi maestro era un hombre gigantesco cuya manaza sentí más de una vez en los fondillos de mis pantalones, pues él consideraba que así cumplía un deber a la vez beneficioso para el alumno y útil para la principal finalidad de la educación: hacer hombres de verdad.

Si bien sus procedimientos dejaban una fuerte impresión en el cuerpo, no era menor la que dejaban en el espíritu. Le veo aún como si fuera hoy, cuando en medio de una clase tronaba de pronto:

—¡Silencio!

Se dirigía entonces al encerado y escribía en grandes letras:

"NO PUEDO".

En seguida se volvía y nos miraba fijamente. Por nuestra parte, sabíamos muy bien lo que nos tocaba hacer. Todos a una gritábamos:

—Hay que borrar el NO.

El maestro tomaba el fieltro y de un solo golpe enérgico hacía desaparecer la N y la O. La palabra PUEDO quedaba sola, grabándose en nuestras mentes infantiles de manera indeleble.

—Aprended bien esta lección —añadía—. Dejad de lamentaros de que sois incapaces de hacer algo. Recordad quiénes sois. Sois hijos de Dios y con la ayuda de Dios podéis vencer todas las dificultades.

Y terminaba con una frase que no se me ha borrado de la memoria jamás:

—*Podéis, si pensáis que podéis.*

Será casi imposible que venza el derrotista, pues su actitud mental le impedirá percibir las posibilidades de resolver una situación difícil. La persona verdaderamente fuerte es la que no deja nublar su mente por el pesimismo; aunque comprende los obstáculos que presenta un problema serio, no se abate: busca y escudriña hasta que percibe un rayo de luz, aunque sea un rayito apenas, en algún rincón de las tinieblas más oscuras.

Recordé esto hace poco cuando visité con mi esposa la universidad en que estudia nuestra hija y al pasear por el parque encontramos un reloj de sol que tenía esta inscripción, llena de profundo sentido: "Para ampliar el campo visual, la sombra termina en la línea de luz".

¿Qué significa esto? Una vez viajé de Nueva York a París en un avión de chorro, que partió cerca de la medianoche, o sea las cinco de

la mañana, hora de París. Era una noche sin luna y volábamos a una altura de 10.000 metros en medio de una oscuridad completa, que sin embargo no duró mucho. Al mirar hacia el este a esa gran altura vi una línea tenue, casi infinitesimal, que aparecía a lo lejos en el horizonte. Allí terminaba la sombra. Poco tiempo después y cuando sólo habíamos avanzado unos 800 kilómetros, surgió la aurora y pronto irrumpió con toda su gloria en el cielo.

La persona fuerte es la que disfruta de ese "amplio campo visual" y puede por consiguiente ver la línea de luz que siempre existe al final de la oscuridad. Será tal vez eso lo que le dota de otra cualidad: la de no darse nunca por vencido. Una de las verdades más sencillas y que se aplican a más situaciones en la vida es que para llegar a donde se quiere ir hay que marchar y seguir marchando sin desmayar.

Pregunté una vez al director de una de las instituciones de enseñanza más prestigiosas cómo había logrado levantarla casi de la nada y, al responderme, reía entre dientes mientras recordaba las ocasiones en que había estado al borde de la quiebra.

—Estoy seguro de que el banco me puso un centenar de veces entre las cuentas incobrables —dijo—. Sin embargo, siempre surgía alguna ayuda. A cada paso nos encontrábamos al final de nuestros recursos, pero yo sabía que cumplía la voluntad de Dios en lo que hacía: ayudar a esos muchachos a convertirse en hombres. Ponía entonces todo en sus manos . . . y trabajaba con redobladas energías hasta encontrar la solución.

Esto es verdadero y recio optimismo, llevado a la práctica.

Debemos ejercitar esta actitud mental hasta que se arraigue en lo más íntimo de nuestro ser la convicción de que poseemos en nuestro interior una fuente de energías dada por Dios. Si hemos estado mirando con pesimismo el mundo, los seres y las cosas, volvamos la mirada a nuestro yo y busquemos esa fuente de energía. Puede suceder que al principio no la encontremos, porque nuestros "músculos" espirituales se han ablandado por negligencia o falta de ejercicio, y si es así, debemos desarrollarlos hasta que, con la práctica, lograremos vernos, no débiles y vacilantes, sino fuertes, resueltos, dispuestos a la lucha y la victoria.

La poetisa Ella Wheeler Wilcox describe muy bien la decisiva influencia del pensamiento sobre la acción y sobre el ser mismo cuando dice: "El hombre es lo que cree ser, no lo que dice ni le dicen. Con la idea y la voluntad puede trasformar por completo cualquier situación, puede libertarse de cualesquiera cadenas, ya sean las de la pobreza, las del pecado, las de la mala salud, las del miedo y las de la infelicidad".

No lo olvidemos. Todos poseemos la fortaleza espiritual para ser optimistas, si queremos.


GERMAINE DAMAR dice:
la cremosa espuma de LUX
brinda
un cutis
aterciopelado!
LUX
LUX
LUX
LUX
LUX
Y es que LUX es suave... Por la acción de sus aceites embellecedores, su espuma acariciante y su fino perfume, LUX es encantador! Elija entre los coquetos colores de LUX... úselo... y lucirá cada día más fascinante!
Déjese transportar al maravilloso mundo de color y belleza, donde brillan las estrellas de LUX!
9 DE CADA 10 ESTRELLAS DE CINE USAN LUX!



La lección de Loreto

En una aldea miserable de Paquistán aprendió este misionero católico lo que pueden el valor y la fortaleza del hombre

Por el R. P. George Westwater, O. P.

Condensado de "The Lion"

AMONTONÉ en un *jeep* mis escasas posesiones mundanas y el 14 de noviembre de 1956 salí de Karachi para recorrer 1000 kilómetros país adentro hacia el desierto del Thar, en el corazón de Penjab, en Paquistán. Mi destino era un villorrio tan pequeño y tan reciente, que su nombre no aparecía siquiera en el mapa; se llamaba Loreto y debía formar parte de un valeroso experimento para introducir un nuevo sistema de vida en Asia.

El gobierno paquistano había terminado una vasta red de canales destinada a llevar al desierto las aguas del río Indo. El oasis de Loreto se repartió entre 250 católicos que habían de encargarse de cultivarlo. Yo,

oriundo de Boston y ordenado recientemente, debía ser su sacerdote.

Mientras cruzaba en el *jeep* aquellos yermos y ardorosos parajes, llevaba la cabeza henchida de proyectos: una escuela, un hospital, una iglesia, todos rodeados de inmensos campos de trigo dorado. ¡Ah, sí, en Loreto el desierto florecería! ¡Qué desilusión me esperaba! Aun antes de llegar a la vista de la aldea, percibí su olor: un soplo del candente aire del desierto trajo hasta mí un hedor tan repugnante, que no podía creer que procediera de una habitación humana. En esto avisté a Loreto, y comprendí que de allí venía, en efecto.

Este "oasis" consistía en una única bomba de mano enterrada en las arenas y a cuyo alrededor se arracimaban las chozas de barro con techumbre de paja. Cada choza estaba ocupada por una familia de ocho o 10 personas, además de la vaca familiar y de varias gallinas escrofulosas. Había estiércol y excremento humano por dondequiera; la bomba no alcanzaba a dar agua suficiente para el baño; el combustible para cocinar estaba a punto de terminarse; las ropas de los habitantes no eran más que andrajos. Me parecía haber retrocedido miles de años en el curso de la evolución humana. Estos seres, apiñados en una promiscuidad imposible de imaginar y en medio de increíble suciedad, ¿eran cristianos del siglo XX? ¿Era ésta mi parroquia?

Recordé los meses de estudio pasados en el Instituto de la Misión en la Universidad de Fordham. Por los cursos de administración civil, salubridad y leyes que había seguido, incluyendo aun algunos estudios en urdú, la lengua local, me había creído bien preparado para mi tarea; ahora lo dudaba.

Al confundirme entre aquellos infelices comprendí que sufrían de algo más que de su pobreza y su degradación. Me miraban con ojos brillantes por la fiebre pero faltos de animación: estaban atacados de malaria.

Tomé asiento entre ellos y les pregunté qué había pasado. ¿Dónde estaban las granjas? ¿Y los canales de riego? Uno de los vecinos se adelantó y me dijo llamarse Mutab, hijo de Heri, y que me llevaría al canal. Se hallaba éste a 100 metros de allí y se extendía, de norte a sur, hasta el horizonte... pero completamente seco. Las tormentas habían deshecho una parte del canal, lejos del lugar, y aún no había sido reparado. Aquella gente llevaba en Loreto poco menos de dos años en espera del agua que nunca llegaba. Y sin agua, nada había: ni campos de cultivo, ni escuela, ni hospital, ni iglesia, ni esperanza.

Yo iba preparado a hallar allí pobreza y privaciones, mas no la desesperanza. Cerré los ojos y rogué a Dios por que me diera fuerzas para hacer algo por aquellos infelices.

De regreso en el pueblo, me indicaron mi alojamiento: una choza con techumbre de paja, un poco apartada de las demás. No bien había desocupado mi maleta cuando

los enfermos empezaron a llegar. Esperaban que yo los curase, ¡y todo lo que tenía era un par de frascos de aspirina! La repartí. Y acababa de tenderme sobre mi estera cuando escuché un suave pisar de pies desnudos acompañado de llanto.

Afuera hallé a una madre que sostenía en brazos a su hijita enferma. Con la cara surcada por las lágrimas, me alargó a la niña. El cuerpecito febril me quemaba la carne al llevar a la chiquilla al interior de la choza. Logré hacerla que tomara la última de mis aspirinas. Velé a la niña durante toda la noche, deseando ardientemente salvar siquiera aquella vida exigua. Me parecía que si lo lograba sería ello un augurio de esperanza. Pero fracasé. La niña murió a la mañana siguiente.

Había un consultorio médico del gobierno en un pueblo distante 30 kilómetros de Loreto. Impulsado por mi desesperación fui allá y obtuve un libro de instrucción médica, una jeringa hipodérmica y algunas medicinas básicas para combatir los tres azotes principales de la región: el paludismo, la pulmonía y la fiebre tifoidea. De nuevo en el pueblo, aprendí a poner inyecciones de penicilina, de sulfa triple y antipalúdicas. Hasta me convertí casi en un experto en suturar heridas.

Sin embargo el saneamiento era más necesario aún que las drogas. Ordené que, sin apelación, todas las vacas y cabras tendrían que ser llevadas a los campos. Las gallinas deberían mantenerse afuera de las chozas. La gente, aunque sorprendida por tan desusadas exigencias, las acató. Los vecinos se hallaban tan desesperados que seguían mis instrucciones sin entender lo que yo pretendía ni el porqué.

Empero, una cosa había que ellos y yo sabíamos bien: que nada permanente podría lograrse mientras faltara el agua. Visité al sobrestante de nuestra sección del canal, pero me explicó que su trabajo se limitaba a cuidar un tramo de 50 kilómetros del mismo. El hecho de que no hubiese agua en Loreto no le incumbía. Fui a ver al oficial mayor de la división. Éste me dijo que la responsabilidad estaba en manos del ingeniero jefe, quien se hallaba en el norte, en Leiah. Llegué hasta él y me recomendó tener paciencia. Finalmente me dirigí al jefe superior, el ingeniero superintendente, que vivía en Multán, 150 kilómetros al sur. Llevé conmigo a Mutab Khan, aquél que a mi llegada me había mostrado el canal vacío. En este hombre de 30 años de edad, en otro tiempo soldado del ejército inglés, creía yo ver las condiciones de un dirigente local.

Mutab contó al superintendente que él, su esposa y sus tres hijitos habían emigrado a esta tierra dos años antes, contando con el agua prometida por el gobierno, y que sus ahorros se habían agotado. El hecho de que su familia y los otros colonos vivieran aún, se debía al auxilio de emergencia (trigo, leche en polvo y vitaminas) enviado por CARE, UNICEF y el Servicio Católico de Socorro. Mutab habló luego de sus

conocimientos sobre el cultivo del trigo y de la caña de azúcar; de sus deseos de llevar una vida útil como granjero; y de cómo se había visto defraudado por la falta de agua. Fue el suyo un relato conmovedor.

Cuatro días más tarde el superintendente vino a nuestra aldea. Después de inspeccionar el canal detenidamente, dijo: "Padre, voy a retirar a 200 obreros de otras obras para ponerlos a trabajar en la total rehabilitación del canal. Tendrán ustedes agua en agosto . . . se lo prometo".

¡Qué estimulante noticia! Como cura párroco, me eché a cuestas la tarea de formar un consejo del pueblo, compuesto por Mutab y otros cuatro hombres, y trazamos calles, señalamos la situación de nuevas casas, de una escuela, una iglesia y un hospital. Nada pasaba de ser un proyecto, por supuesto, pero pronto esos edificios serían realidad. Mutab conocía un lugar del cercano desierto en donde la tierra mezclada con agua producía un barro adecuado para la fabricación de adobes. Hizo un molde de madera, lo llenó de barro, lo puso a secar al sol, ¡y a poco tuvimos un adobe! Se instruyó a todos los habitantes del lugar para que siguieran su ejemplo. En cuanto una familia había hecho suficientes, el pueblo entero se movilizaba para ayudarle a levantar su casa.

Y vino agosto y con él llegó el agua. Congregados en las orillas del canal, lanzamos gritos de gozo al ver correr con ímpetu aquel torrente lodoso y lleno de vida, que se ramificaba en pequeños arroyos, re-

gando nuestras tierras sedientas. Al ver el agua saturar la tierra seca, sentimos saciada nuestra propia sed, y unos a otros nos sonreímos.

En un año Loreto se convirtió en lo que yo había soñado que debería ser. Cada familia tenía su propia casa, algunas de ellas hermosamente decoradas con frescos hechos con tinturas vegetales. Mutab había plantado árboles alrededor de su campo para conservar el suelo, y muchos siguieron su ejemplo. La gente vestía ropas limpias hechas con nuestra máquina de coser, donada por CARE, y de las calles había desaparecido el estiércol porque ya todos se sentían orgullosos de su pueblo. Y los campos eran ricos en trigo y en caña de azúcar.

Por la primavera de 1959, el gobierno paquistano envió aviso de que iban a celebrarse elecciones locales para elegir representantes para los consejos regionales. Una democracia elemental iba a hacerse efectiva. Era éste un nuevo programa, un intento por dar gobierno autónomo hasta al villorrio más humilde. Cada habitante, supiera leer y escribir o no, habría de votar para elegir un consejo local de gobierno. Los miembros de este consejo, a su vez, elegirían a los componentes de consejos regionales de más categoría.

El Primer Ministro de Paquistán había dicho francamente que la democracia fundamental era la mayor esperanza del país. Si triunfaba, sería la inspiración de los millones de asiáticos que vienen cayendo bajo el dominio de las dictaduras.

Me apresuré a ir a la casa de Mutab para hablar con él de las elecciones. Se le brindaba la oportunidad perfecta para demostrar sus condiciones de dirigente. Mas para sorpresa y consternación mías, declaró rotundamente:

—No, padre, no tengo intenciones de ser uno de los candidatos—. Señaló hacia los campos que rodeaban su casa y agregó—: He logrado lo que me propuse hacer. Tengo familia y mis propias tierras. Soy un hombre feliz. ¿Por qué habría de meterme en política?

—Porque eres un caudillo, Mutab; porque eres aquí el más apto y porque la aldea te necesita.

—Yo no lo veo así, padre. Lo único que el pueblo necesita es trabajar los campos con empeño.

Estuvimos discutiendo hasta bien entrada la noche. Traté de hacerle ver que tenía un deber, no sólo para con Paquistán y Loreto, sino también para con los tres hijos de que se sentía tan orgulloso. Mutab escuchaba y a veces argüía. Lo dejé al fin, sentado en el portalillo de su casa, envuelto en el milenario silencio del desierto.

Al siguiente día Mutab fue a verme para decirme que estaba dispuesto a presentarse como candidato. Le estreché la mano, seguro de que en ese momento habíamos dado un paso adelante hacia un gobierno propio, fuerte y responsable.

Mi júbilo resultó prematuro. Durante las semanas que siguieron fui testigo de una cosa que me dejó atónito: el pueblo empezó a volverse en contra de Mutab. El hecho de que sus campos estuvieran mejor cuidados, no le granjeaba alabanzas y sí envidias y malas voluntades. Fue acusado de administrar justicia con demasiada severidad cuando el consejo del pueblo ejercía las funciones de tribunal. Se le acusó de orgulloso y arrogante. ¡Era increíble!

Durante todo esto, Mutab guardó hermético silencio. Su esposa le rogó que contestara a sus acusadores, pero él rehusó. Todos en el lugar lo conocían íntimamente; lo que pudiera decir nada nuevo revelaría. Si el pueblo juzgaba que no servía para el puesto, al pueblo tocaba decidirlo.

El día de la elección llegó. Todo el mundo acudió a las urnas. Y cuando se tomó cuenta de los votos, ¡Mutab Khan había sido elegido por una votación casi unánime!

Cuando me enteré de los resultados, comprendí que, sencillamente, yo no había entendido lo que pasaba: en una democracia el pueblo tiene derecho de criticar a sus dirigentes, y luego votará por el que mejor le parezca. Lo que había causado mis temores no era sino el más saludable de los síntomas políticos.

En la primavera siguiente tuve que abandonar a Loreto pues había dado cima a mi tarea. Ya había llegado otro sacerdote, así como también tres monjas con calidad de profesoras y enfermeras. La iglesia, la escuela y el sistema sanitario eran ya una realidad. Al fin el pueblo podía bastarse a sí mismo, y con ello era feliz.

Los habitantes de Loreto habían

estado tan íntimamente ligados a mis esperanzas, que me creí incapaz de verlos cara a cara para decirles adiós . . . Rompería en lágrimas, sin duda. Por tanto, esperé a que cayera la noche; subí en mi *jeep* y me dirigí hacia el desierto para desandar el mismo camino que me llevara hasta allí tres años antes.

Un kilómetro adelante detuve el *jeep*, apagué el motor y volví atrás la mirada, hacia Loreto. Veía a lo lejos las luces temblorosas de las lámparas de la aldea, percibía el murmullo del canal de riego, suave y vivificante. Y un poco avergonzado, recordé mis ratos de desesperanza y poca fe. Los loretanos habían mostrado valor y fortaleza superiores a los míos. La enfermedad y la pobreza los habían obligado a llevar una existencia casi animal, mas no los habían convertido en animales; no habían alcanzado a apagar en ellos la chispa divina de su humana naturaleza. Y leí en esto una lección que nunca olvidaría: jamás volvería a juzgar adversamente la capacidad del hombre ni su disposición para la bondad.



A menos sueldo, más ropa

En Río Janeiro las coristas, que por medio del sindicato exigían aumento de sueldo de sus patronos, no conseguían ser atendidas. Al fin se les ocurrió amenazar con salir a escena totalmente vestidas. A las seis horas de tal advertencia se había firmado el nuevo contrato.

— *Technician-Engineer*

Cuentos típicos de Inglaterra

Una noche, al dirigirme a casa en automóvil a través de espesa niebla, me estrellé contra un árbol cerca de Birmingham. Mientras convalecía de mis heridas recibí una carta de la sociedad de "Amigos del árbol". La esquela decía, en parte: "Nuestra misión es la de preservar y proteger los árboles, y entendemos que usted ha causado graves daños a un hermoso ejemplar. El pueblo de esta nación es depositario de una grande y magnífica herencia: nuestros bosques. Sepa usted, señor nuestro, que reprobamos con toda energía su reciente y alevoso ataque contra un árbol indefenso".

— J. B. S.

Los asistentes a una partida de caza de zorras en Belton (Inglaterra) se han enterado de que la persona que apareció de improviso para dar falsos toques con el cuerno de caza, era un espía de la "Liga contra los deportes crueles".

— UPI

92-793


INDUSTRIA ARGENTINA
ES UN PRODUCTO
DE I.A.F.A.
BAJO LICENCIA
PEUGEOT
S.A.
Peugeot



E INDUSTRIAL S.A. - PASEO COLON 1070 - T.E. 34-7560/7569 - BUENOS AIRES

Hay hombres que no se desalientan por una negativa

Estos son los hombres, de nuestra época y de otras, que por su carácter y por su preparación, están convencidos de que hay siempre "un modo mejor" de alcanzar los objetivos del hombre.

Hombres así los encontrará usted en los departamentos de investigaciones y de ingeniería construídos y equipados especialmente por John Deere, ocupándose siempre de estudiar todas las técnicas agrícolas conocidas desde el punto de vista del equipo; creyendo que siempre hay la posibilidad de mejorar y que para ello no hay límite. Aun insisten en buscarles posibles defectos a sus propias creaciones, y miden su propia capacidad sometiendo a toda clase de pruebas sus inventos y sus descubrimientos.

Estos son los hombres llamados a continuar por la ruta de progreso tan claramente trazada por los 125 años de vida de John Deere.

JD
JOHN DEERE



Establece nuevas normas agrícolas EN EL MUNDO ENTERO

La fabricación de arados es una verdadera ciencia. Cientos y hasta miles de terrenos diferentes en el mundo entero exigen arados que puedan adaptarse fácilmente para trabajar bien en diversas circunstancias. Los ingenieros de John Deere le dirán que todo arado (como el Arado Remolcado 66A que aparece arriba) debe reunir armónicamente las siguientes condiciones: penetración, tracción fácil, amplio espacio libre en tres direcciones y durabilidad. Muchos de estos ingenieros pasan toda una vida combinando estas cualidades para ir al paso de los adelantos en potencia y velocidad.

Solicite mayor información

JOHN DEERE ARGENTINA, S.A.I.C.

Avda. Alberdi 600 - Rosario, Sta. Fe

Distribuidores de los tractores y equipos agrícolas John Deere en la Argentina AGAR, CROSS & CO. LTD. - Buenos Aires - Rosario - Bahía Blanca - Tucumán - Mendoza

¿Quiénes deben recibir educación universitaria?

Un eminente pedagogo plantea una cuestión vital para la sociedad moderna y llega a conclusiones de extraordinario interés para padres, estudiantes y educadores.

Por John Gardner
*Extracto del libro "Excellence"**

Hace más de medio siglo, hablando en la Universidad de Stanford, el filósofo William James dijo: "La riqueza de una nación consiste, más que en ninguna otra cosa, en el número de hombres superiores que posee". Hoy se percibe mejor que nunca la honda verdad que encierra este pensamiento. La sociedad moderna demanda cada día con mayor insistencia las aportaciones de individuos altamente capacitados e instruídos.

Esta demanda es consecuencia inevitable del grado de evolución a que llega una sociedad. Actualmente podemos observar en el mundo diferentes sociedades en diversas etapas de desarrollo, desde la más primitiva a la más adelantada, y se hace evidente que cada paso hacia la última implica una mayor exigencia de individuos con talento y preparación. "En las condiciones de la vida moderna", ha hecho notar el filósofo Alfredo North Whitehead, "hay una regla terminante: la colectividad que no exalte el desarrollo de la inteligencia, está condenada".

La escuela, cantera del talento

El medio más eficaz de descubrir el talento es el sistema de enseñanza. La escuela no sólo educa a los muchachos, sino que los selecciona; y ese proceso de selección se torna más duro para todos a medida que la educación va cumpliendo con más eficacia la tarea de destacar a los alumnos más aptos. Las escuelas y las universidades abren una brillante oportunidad a los que son inteligentes; por eso mismo, sin em-

bargo, son liza en que los muchachos menos capaces descubren con amargura sus limitaciones.

¿Quién debe recibir educación universitaria?

La compleja sociedad técnica de nuestro tiempo no puede ser dirigida tan sólo por una minoría con buena preparación. Requiere el desarrollo máximo de las posibilidades individuales *en los distintos grados de aptitud*; y muy necios seríamos, en verdad, si fuéramos a permitir que un excesivo afán por destacar a los más notables nos hiciera desdeñar a cualesquiera otros.

Para hallar, por tanto, un principio de solución al problema de quiénes deben ir a la universidad, habría que revisar el concepto, por muchos exagerado, de lo que supone una educación universitaria. La universidad es sólo un instrumento *que sirve para impartir determinado tipo de educación superior a aquellas personas que están especialmente capacitadas para recibirla.* No ha de verse como la llave única de la felicidad, de la propia estimación y de la confianza en sí mismo. *La dignidad humana sólo puede tener por base cualidades mentales y espirituales que son asequibles a todo ser humano.* El mérito de un individuo debe reconocerse fundándose en imperativos morales, y cada cual tiene "derecho" a ese reconocimiento. Mas la carrera universitaria exige facultades mentales que no puede poseer todo el mundo. No todos pueden aspirar a un título de estudios superiores, como no todos podemos aspirar al campeonato de carreras.

Debemos aspirar no sólo a que haya igualdad de oportunidades para todos, sino a que todos sean respetados por igual. Si permitimos que se difunda la impresión de que solamente los graduados en las escuelas superiores o universidades son merecedores de estima, y que la dignidad humana tiene como sola cuna la universidad, ¿cómo sorprendernos de que todo ciudadano se crea con derecho a ser mecido en ella?

Indudablemente, todo aquel que apruebe la enseñanza secundaria podría beneficiarse prosiguiendo su educación en alguna forma; pero si uno no es apto para los estudios académicos, su ingreso en la universidad no hará sino prolongar una situación en que tiene todas las de perder. Más de un joven de escasas aptitudes ha pasado sin pena ni gloria por una escuela que no supo despertar su vocación, lo expuso a fracasos continuos y luego lo lanzó al mundo sin más preparación que la indispensable para trabajos de escasa o ninguna especialización. No es esta una manera sensata de administrar los recursos humanos.

Más prudente sería prestar más atención a las diferencias individuales, las diversas aptitudes, los modos inmensamente variados en que pueden convertirse en realidad las posibilidades de los individuos. A los jóvenes que no reúnen condiciones para consagrarse a estudios superio-

res se les ofrecen muchas otras cosas que aprender: los planes de adiestramiento de las empresas industriales, y los sindicatos obreros; el aprendizaje de un oficio; las clases nocturnas en escuelas públicas y particulares; los cursos por correspondencia; y estudios en materias especializadas como las artes, la música, la profesión de enfermero y otras por el estilo.

No se triunfa por azar

Si bien hay que hacer concesiones sin tasa a las diferencias individuales de aptitud, toda forma de educación debe contribuir a que el individuo despliegue al máximo sus posibilidades. Asimismo, justo es esperar que cada estudiante se esfuerce por sobresalir en la medida que esté a su alcance.

Todo el mundo está de acuerdo en que la voluntad de superación es un poderoso ingrediente de la conducta. La inteligencia sin esta motivación es inerte, de poco valor para la humanidad. Los sicólogos señalan que los genios de la historia se han caracterizado, no sólo por su talento excepcional, sino por el deseo de elevarse, por la perseverancia ante los obstáculos, por el celo en el ejercicio de sus dotes. Podrá en ocasiones la fortuna sonreír a algunos con el manto de la gloria, pero muy pocos alcanzan la excelencia por circunstancias fortuitas. Tienen que ganársela a pulso, pues toda superación implica disciplina y una voluntad tenaz.

Todo aquel que haya enseñado alguna vez habrá tenido ocasión de advertir las diferencias que existen entre los estudiantes diligentes y los apáticos. Al estudiante que tiene verdadero interés por aprender, no hay obstáculo que se lo pueda impedir. Colabora totalmente con el profesor; provoca las situaciones en que pueda aprender; *adquiere* instrucción, en la forma más activa del verbo. El estudiante apático, si es que algo influye en él su paso por la escuela, se limita a *recibir* educación. Baste decir que el profesor tiene que allanarle más de la mitad del camino, cerrándole todo escape y hasta armándole trampas para conseguir que aprenda.

Como el número de estudiantes apáticos va en aumento, no habrá más remedio que trasformar radicalmente el proceso educativo. Porque si la enseñanza se orienta en forma excesiva hacia los jóvenes de escasa ambición, se correrá el peligro de que se pierda el difícil arte de encauzar a los estudiantes de verdaderas aspiraciones.

Podría decirse que esto carece de importancia, puesto que, en todo caso, los individuos empeñosos darán los pasos necesarios para alcanzar su fin, mientras que los apáticos no se molestarán en hacerlo. Sin embargo, la dificultad estriba en el hecho de que el grado de empeño que un individuo posee en un momento dado depende, en gran parte, de lo que de él se espera. Cada ocasión, cada crisis pone de manifiesto en algunas personas recursos de energía insospechados y hace

que se revele en casi todas una exaltada motivación.

Todos sabemos que existen organismos, familias, equipos deportivos, grupos políticos que inspiran a sus miembros las más grandes hazañas. En otras palabras: la magnitud de la hazaña individual dependerá en cierta medida, de la capacidad de una sociedad o institución para suscitarla. Esto constituye un don; y si una sociedad lo pierde, sus días de grandeza habrán pasado.

En suma, debemos crear condiciones que estimulen al individuo. Es saludable para la gente moza afrontar *cierta clase* de dificultades, tener que luchar para vencerlas y, entretanto, aprender lo que vale un ánimo decidido, perseverante y firme. Si lo que se desea es elevar a los primeros puestos de una profesión, o de una clase, o de una sociedad, a los hombres más calificados para ejercer esa jefatura, lo cuerdo es vigilar los accesos, con procedimientos rigurosos de selección de los capaces, con métodos estrictos de preparación. Con tal rigor, no se trata únicamente de cortar el paso a los *menos aptos*, sino a los de *menor empuje*. Los que pasen adelante serán no sólo hombres superiores en capacidad, sino también en carácter.

Está comprobado que hay formas de "escoger" entre las personas y llevar a los altos puestos, en proporción considerable, a las mejor dotadas, y que únicamente la sociedad que así procede puede mantener su posición en el mundo actual. Mas también hemos observado que la sociedad de nuestros días no puede engrandecerse a menos que sus individuos, sean cualesquiera sus grados de capacidad, reconozcan la necesidad de mejorar sus normas de trabajo y se esfuercen por superarse dentro de los límites de sus posibilidades.

Un proyectil puede estallar en su plataforma de lanzamiento por incompetencia del que lo concibió, o bien porque el incompetente fuera el mecánico que hubo de ajustar la última válvula. Necesitamos excelentes físicos y excelentes mecánicos. Necesitamos excelentes hombres de gobierno y excelentes maestros de primaria. En cierta ocasión famosa, el duque de Wellington hizo gala de una envidiable comprensión de lo que se acaba de decir. Deliberaba el gobierno sobre el envío de fuerzas a Birmania para que se apoderasen de Rangún. El gabinete llamó a consulta a Wellington y le preguntó cuál sería el general más indicado para semejante empresa. La respuesta fué: "Manden a Lord Combermere". Los ministros protestaron: "Pero siempre habíamos creído que Su Alteza tenía a Lord Combermere por un loco". A lo que se apresuró a replicar el duque: "Sí, es un loco, y un loco de atar, pero puede tomar a Rangún".

La prueba suprema para las escuelas

Si aceptamos, como una auténtica responsabilidad educativa, la ne-



Es muy importante el jabón para la blancura final de su ropa!

*Por eso recomiendan **Rinso** los fabricantes de los más famosos lavarropas.*

CON RINSO LAVA MAS BLANCO!

cesidad de que cada individuo desarrolle al máximo sus facultades, los colegios y las universidades se convertirán en los centros motores de una sociedad en constante superación. Tendrán entonces que afrontar una tarea inmensa: la de preparar al estudiante para un proceso incesante de aprendizaje, para la continua revaluación de las ideas. No podrán darse por satisfechas con el inveterado expediente de atiborrar de ciencia a los alumnos como se llenan de carne los embutidos, ni siquiera con el método, tal vez más aceptable, de amaestrarlos como a las focas. Incumbirá a escuelas y universidades la obligación sagrada de infundir en los estudiantes actitudes que tiendan al progreso, al saber, a la originalidad; las que, a su vez, habrán de ser determinantes de la sociedad.

Lograr que una sociedad se mantenga libre —y también fuerte y vital— no es hazaña para semiinstruídos y descuidados. En una colectividad de hombres libres, la competencia es un deber elemental. Los hombres y mujeres que desempeñan con acierto las tareas que se les ha encomendado contribuyen a la mejor armonía de la sociedad toda. Y el descuidado —ya sea conserje o juez, cirujano o técnico— rebaja el nivel de la sociedad.

Mas no se trata sólo de la competencia, sino también de la voluntad por alcanzar las mejores normas en todo aspecto de la existencia: en las diferentes formas de actividad creadora, en la lid política, en la enseñanza, en la industria. Siempre es así.

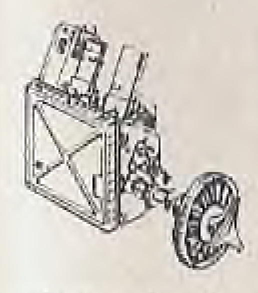
Necesitamos dar a la vida una meta y un significado. Cuando tenemos miras elevadas, cuando nos proponemos distinguirnos, cuando estamos consagrados a los más nobles ideales de nuestra sociedad, no hacemos sino tomar partido por una causa tan antigua como insigne: la lucha del hombre por hacer real y palpable lo mejor que en él se encierra. Los hombres que tienden hacia los más exaltados fines que se puedan concebir, los hombres que buscan, impaciente, infatigablemente, la preeminencia, son los que han logrado la profundidad religiosa, los que han creado las obras maestras de arte, los que han descubierto los secretos del universo y fijado las reglas de conducta que hacen que la "dignidad humana" no sea una frase hueca.



Aviso en el boletín de un templo de La Crescenta (California): "El domingo próximo la señora G. C. cantará sola durante el servicio matutino. El tema del sermón será: *¡Qué experiencia tan terrible!*"

De un aviso eclesiástico publicado en *Gazette and Daily* de York (Pensilvania): "Noche Familiar. Se hará un regalo a la familia más numerosa que concurra. Título del sermón: *Eres un insensato*".

¡ZENITH otra vez eleva el standard de calidad en television!



Asegura: **Mejor recepción de cada canal tanto en zonas de señal débil como en áreas marginales / Menos necesidad de servicio y simplificación de éste / Más larga vida de su televisor.**

Zenith eleva de nuevo el standard de calidad, con sus 22.000 voltios de potencia en la imagen y el nuevo sintonizador "Guardián de Oro".

Con el exclusivo sintonizador "Guardián de Oro" Zenith capta una imagen más pura y potente, eliminando desdoblamientos e interferencias, sus nuevos puntos de contacto, de oro macizo de 16 kilates proporcionan mejor rendimiento sin necesidad del constante ajuste de sintonía, incluso en áreas marginales. Basta sintonizar cada canal una sola vez para que la imagen sea siempre clara y nítida.

Y recuerde que su construcción realizada completamente a mano—sin circuitos impresos—asegura a cada televisor Zenith mejor rendimiento, seguridad por muchos años y menos problemas de servicio. Antes de comprar un televisor, vea un Zenith, el televisor No. 1 de la Argentina.



Modelo H2717



Modelo G2110



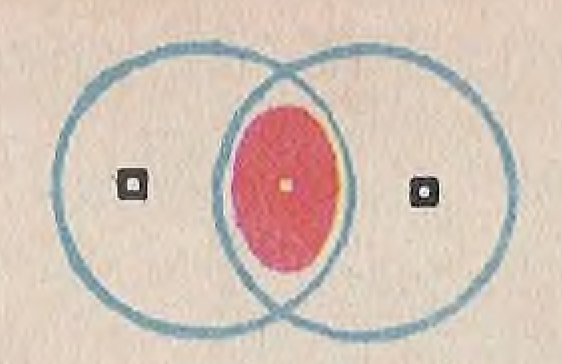


Zenith Radio Corporation
División Internacional
Chicago 39, Illinois

Fabricados, distribuídos y garantizados en Argentina por Telesud S.A., Buenos Aires.

ZENITH

Respaldado por 42 años a la vanguardia en radioelectrónica ®



SECUESTRO: historia del caso Lindbergh

El rapto del hijo de Carlos Lindbergh, en 1932, fue el crimen más impresionante de la época. Dejó al famoso aviador y a su esposa abatidos por la desgracia, enfureció a la nación entera y desencadenó la persecución más intensa hasta entonces conocida para la caza de un criminal. Mas también fue la causa de que se promulgara la "ley Lindbergh", mediante la cual se coordinan todos los recursos policiales de la nación para prevenir tales atrocidades. Desde entonces sólo ha habido en los Estados Unidos cuatro casos importantes de secuestro sin resolver.

Condensado del libro de George Waller*

YA ERA muy tarde cuando Carlos Lindbergh y su esposa Ana terminaron de cenar aquella noche fría y ventosa del martes, primero de marzo de 1932. El coronel estuvo ese día muy ocupado en su oficina de la línea aérea de Nueva York. Pasó después varias horas en el Instituto Rockefeller de Investigación Médica y por último había ido al dentista. Eran casi las 8:30 cuando llegó a su nueva resi-

*"Kidnap", © 1961 por George Waller. Editores: The Dial Press, Inc., 461 Park Ave. S., Nueva York 16, N. Y. Precio del ejemplar en inglés: $6,95.

dencia, cerca de Hopewell, en Nueva Jersey.

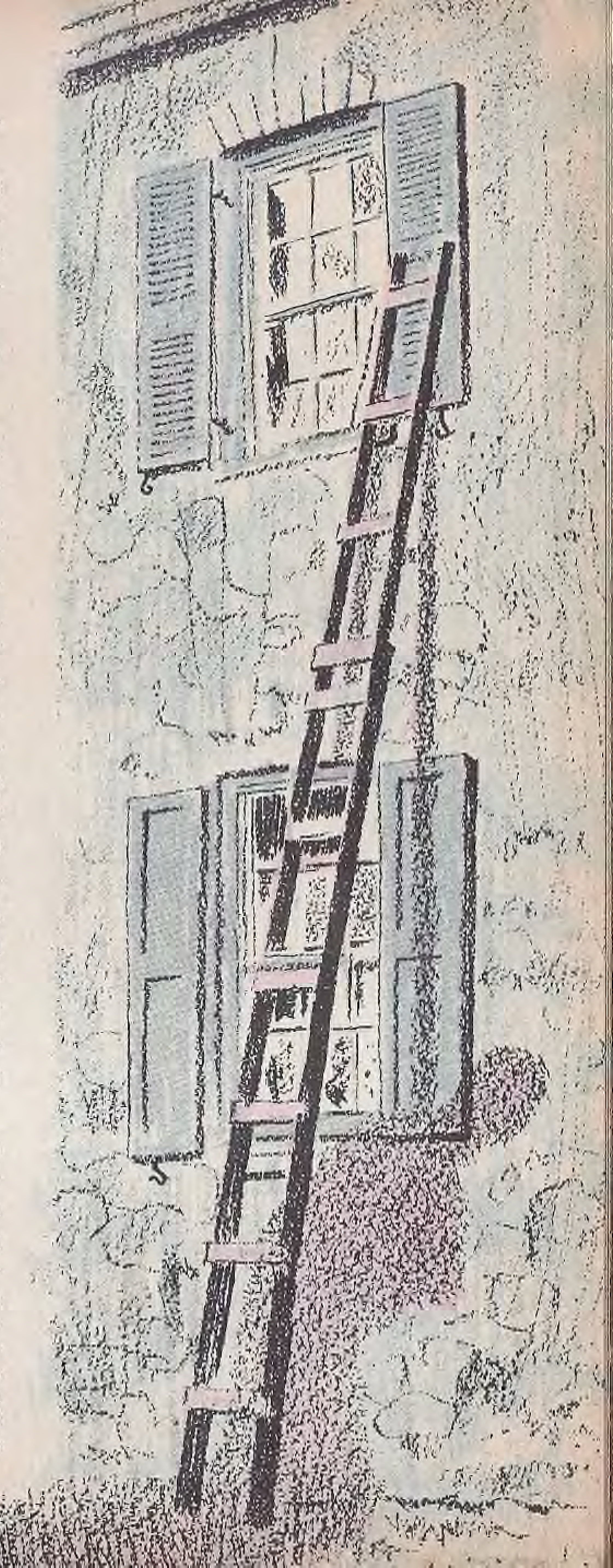
Apenas terminaron de comer, los esposos pasaron al salón y se sentaron a charlar al amor de la lumbre frente a la chimenea. Eran las nueve pasadas.

De pronto, Lindbergh volvió la cabeza y dijo:

—¿Has oído? ¿Qué fue eso?

Ana no había oído nada, pero a él le había parecido percibir el crujido de un madero que se rompe. Escucharon un momento en silencio y luego reanudaron la conversación. En una noche como aquélla cualquier ruido podía atribuirsele al viento. La casa estaba en un lugar solitario, que el mismo Lindbergh había escogido con la esperanza de disfrutar la libertad de que goza cualquier hijo de vecino. Le fastidiaba la idolatría del público que lo rodeaba desde su vuelo trasatlántico que hizo época en 1927. Esa finca de 200 hectáreas parecía el sitio ideal, tanto por su proximidad a Nueva York como por estar resguardada al norte por las agrestes montañas Sourland y al sur por pantanos y eriales.

La nueva casa, de 10 habitaciones, no estaba completamente concluída; muchas ventanas carecían aún de cortinas. Generalmente, el joven



Cuando ocurrió el secuestro del niño de Lindbergh, George Waller estudiaba periodismo en la Universidad de Temple. El crimen lo absorbió de tal manera que en los últimos 25 años, en el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones profesionales, se dedicó a hacer una prolija investigación de todos sus caprichosos y casi increíbles detalles.

matrimonio pasaba en ella solamente los sábados y domingos; el resto de la semana vivían en Englewood (Nueva Jersey), en la casa de la madre de Ana, que era viuda. No obstante, el último fin de semana, su hijito Carlos de 20 meses de edad se había resfriado y, por no exponerlo al viento helado, se habían quedado en Hopewell.

El chiquillo, rubio, de ojos azules, estaba ya mucho mejor. Aquella tarde entró corriendo al comedor de los sirvientes e hizo unas cuantas travesuras alrededor de la mesa donde su niñera, Betty Gow, tomaba el té en compañía de Oliver Whately y Elsa, su mujer, que eran el mayordomo y la cocinera. Después de darle su comida, Ana y Betty lo habían acostado en su cuartito del segundo piso. A eso de las ocho de la noche dormía apaciblemente.

Poco después de que Lindbergh hiciera la observación acerca del ruido extraño que había oído, subió Ana al segundo piso y se preparó para acostarse. El coronel, que aún tenía trabajo por hacer, se fue a la biblioteca.

A las 10 de la noche entró Betty Gow al cuarto del niño, con el objeto de llevarlo por última vez al baño. Se detuvo un momento para acostumbrar los ojos a la oscuridad y entonces se dio cuenta de que no oía la suave respiración del chiquillo. Se inclinó, y buscó apresuradamente en la cuna: ¡estaba vacía!

Pensó que la madre lo había sacado. Cruzó el corredor hasta la alcoba matrimonial.

—Señora Lindbergh ¿tiene usted allí al niño? —preguntó.

—No ¿por qué?

Betty bajó corriendo las escaleras y encontró a Lindbergh leyendo en su escritorio.

—Coronel ¿tiene usted al niño? —interrogó jadeante.

Él se quedó mirándola fijamente.

—No; ¿no está en su cuna?

—¡No, señor!

Lindbergh subió corriendo las escaleras. Ana ya había estado en el cuarto del niño, había revuelto la cuna y regresado a su alcoba. Ahora entraba el padre y volvía a examinarla. Dos grandes imperdibles con los que Betty asegurara la manta y las sábanas al colchón, estaban ahí intactos. Aún se veía la huella de la cabecita sobre la almohada.

Lindbergh corrió a su alcoba, sacó el rifle de una alacena y volvió corriendo al aposento del niño seguido de la madre; se volvió hacia ella y le dijo:

—¡Ana, nos han robado a nuestro hijito!

Primeras pistas

Sobre el radiador que estaba bajo la ventana de la esquina sudeste del cuarto, encontró Lindbergh un sobre. Lo dejó donde estaba y advirtió a Ana y a Betty que no tocaran nada mientras no se hiciera una requisa de huellas digitales en toda la habitación. También notó, y tuvo cuidado de no rozarlas, unas manchas de arcilla amarillenta, que bien podrían ser rastros de pisadas.

Le pidió a Oliver Whately que



UPI

Carlos Augusto Lindbergh

avisara a la policía de Hopewell, y él personalmente telefoneó a la del estado de Nueva Jersey. En seguida llamó por teléfono a Nueva York, a su amigo el abogado coronel Enrique Breckinridge y le rogó que viniese a Hopewell al instante. Después, mientras las tres mujeres buscaban por todos los rincones y en todas las alacenas en que el niño hubiera podido esconderse, Lindbergh salió de la casa armado con su rifle y tomó el camino que daba al norte. Oliver lo siguió muy despacio en el automóvil, maniobrando de un lado a otro, de modo que los faros pudieran alumbrarle los oscuros campos.

Poco después llegaron el jefe de policía de Hopewell y un agente; Lindbergh los condujo al cuarto del niño; lo examinaron brevemente y salieron luego en busca de más pistas. A pesar de la oscuridad, bien pronto las encontraron. Había dos agujeros en la arcilla, precisamente debajo de la ventana, y como a unos 20 metros de distancia, uno de los policías halló una escalera, o mejor dicho, las piezas de una escalera.

Había sido construída ruda pero ingeniosamente, en tres partes, de modo que pudiera trasportarse fácilmente. El último peldaño y uno de los largueros de una de las secciones se habían roto. Al ver la madera rajada Lindbergh pensó en el ruido que oyó cuando estaba en la sala. En ese instante el raptor debió de haber sacado al chiquillo de su cuarto. Las patas de la escalera casaban exactamente con los huecos que había en el suelo debajo de la ventana. Y a corta distancia, la policía de Hopewell encontró otro cuerpo de delito: un pequeño cincel, herramienta en verdad muy útil para abrir ventanas difíciles.

A poco se presentó el coronel Norman Schwarzkopf, jefe de la policía del estado de Nueva Jersey, con tres ayudantes; en seguida llegó Enrique Breckinridge, amigo de la familia, y una vez más subió Lindbergh al cuarto del niño para enseñar a los recién venidos los indicios que allí había, especialmente la carta dejada encima del radiador. Ya habían pasado las 12 de la noche cuando llegó el experto en dactiloscopia, abrió una caja de instrumentos y se puso a examinar el sobre en busca de impresiones digitales. No encontró nada. Todos guardaban silencio mientras uno de los policías rasgaba el sobre, sacó

la nota garrapateada que contenía y se la entregó a Lindbergh. Decía así:

Estimado señor:
Tenga 50000$ listos 25000$ en billetes de 20$ 15000$ en billetes de 10$ y 10000$ en billetes de 5$. Después de 2-4 días diremos dónde entregar el dinero Cuidado con hacer nada público o avisar a la policía El niño está bien cuidado.
Indicación para todas las cartas son la firma y tres agujeros

La firma era curiosa e inconfundible: dos círculos azules entrelazados que formaban en el centro un óvalo relleno con rojo. Tres perforaciones rectangulares atravesaban las tres secciones de la figura en línea horizontal.

Conseguir los $50.000 del rescate no habría sido problema para Carlos Lindbergh, que era bastante rico. Ocupaba el puesto de asesor técnico de dos grandes compañías de aviación. Su esposa pertenecía a una de las familias más acaudaladas de los Estados Unidos. El problema que preocupaba al joven padre era el de hacer llegar el dinero del rescate a los secuestradores. Pues la nota le advertía específicamente que no debía llamar a la policía . . . y él ya había dado ese paso. Ante tal dilema, se volvió a quienes estaban con él para pedirles que las autoridades se abstuvieran de toda actividad y la prensa de toda publicidad que le impidieran pagar el rescate y redimir a su hijo. El coronel Schwarzkopf convino en



Wide World

Ana Morrow Lindbergh

que la policía de Nueva Jersey trataría de hacerlo así; pero le advirtió que no sabía por cuánto tiempo podría mantenerse el secreto.

"Nosotros se lo advertimos . . ."

En realidad, era ya demasiado tarde para impedir la publicidad. A los treinta minutos de haber llamado Oliver Whately a la policía de Hopewell, tres estados recibían la alarma por sus teletipos, y los jefes de redacción rehacían las primeras páginas de sus diarios. En breve, millares de personas —reporteros, curiosos, coleccionistas de recuerdos— engrosaban el desfile hacia la casa de Lindbergh.

No era de extrañar que así sucediera. La fama de Lindbergh muy poco había menguado en los cinco años trascurridos desde su vuelo de Nueva York a París. Para los millones que lo idolatraban, "Lin-

dy" era aún el muchacho modesto que electrizara al mundo cuando desafió el océano volando solo en un endeble avioncito de un motor, el *Spirit of St. Louis*.

En cambio, casi nadie había oído hablar de Ana Morrow cuando Lindbergh le propuso matrimonio tres años antes, a pesar de ser hija de un multimillonario y, de 1927 a 1930, embajador de los Estados Unidos en Méjico. Pero los reporteros no tardaron en hacer indagaciones cuando Lindbergh comenzó a hacerle la corte volando sobre la mansión de los Morrow en Englewood. Supieron que Ana era una muchacha espigada y sensitiva, de pelo castaño y ojos azules, que hacía versos. El público había aplaudido efusivamente el matrimonio que tuvo lugar en mayo de 1929.

Ahora, al ver los primeros titulares en los diarios de la mañana: EL NIÑO DE LINDBERGH SECUESTRADO el clamor popular crecía por momentos. El presidente Herbert Hoover se dolía en el alma del crimen. Primeros ministros de naciones extranjeras enviaban manifestaciones de condolencia. El *Times* de Nueva York decía: "No cabe duda que se exigirá la promulgación, sin más tardanza, de una ley que convierta el rapto en delito de jurisdicción federal".

Lindbergh había esquivado la intervención de la policía, mas la policía se hacía ya indispensable para contener las multitudes que rodeaban su casa. Además, los investigadores se empeñaban en examinar toda probabilidad de que el criminal tuviera cómplices dentro de la casa, a pesar de que Carlos y su esposa estaban convencidos de la inocencia de todos sus servidores. Pronto fueron interrogados Betty Gow, los Whately y toda la servidumbre de los Morrow.

Los padres no dormían; querían estar listos para salir en cualquier momento, en caso de que los llamaran. Dos días después del secuestro, a petición de Ana, los grandes diarios del país publicaron en primera plana una lista detallada de los alimentos que debían dársele al bebé. En una segunda súplica, publicada el mismo día, los esposos Lindbergh prometían no perjudicar en ninguna forma a quienes intervinieran en la devolución del niño.

Al día siguiente, cuatro de marzo, llegó una carta con los mismos símbolos extraños que llevaba la primera nota de rescate:

> Estimado señor:
>
> Ya le advertimos que no hiciera nada público ni avisara a la policía ahora tendrá que sufrir las consecuencias . . . esto es tendremos que retener al niño hasta que todo se calme . . . No tenga miedo por el niño . . . Nosotros lo alimentaremos de acuerdo con la dieta.
>
> Nos interesa devolverlo en buena salud. Dijimos que el rescate era de 50000$ pero ahora tendremos que repartirlo con otra persona . . . Por eso el precio será 70000$ . . . Le informaremos más tarde dónde debe entregar el di-


FORD
1962

Más entereza en el trabajo!

Ford La pick-up Ford '62 asegura sólida resistencia *extra* en bastidores y carrocería, a la vez que la potencia y economía de su motor Ford V-8 Carrera Corta. Por eso se emplea con decisión y en cualquier trabajo, y "entra" en terrenos donde otros vehículos no se aventuran. Su caja ofrece mayor capacidad y consistencia, mientras la cabina destaca amplio confort para todos. La pick-up Ford es fácil de maniobrar, simple de estacionar y tiene un pique sorprendente. Y también porque reduce los gastos de mantenimiento, es precisamente lo que usted necesita!

Suspensión perfeccionada! Que se hace notar en la doble duración de las cubiertas delanteras, y en una marcha más suave y pareja... para que desde la cabina, usted y los suyos disfruten mejor las alternativas de todos los recorridos!

Sus largueros especiales facilitan la rápida colocación de cualquier carrocería.

Véala en la Concesionaria Ford. La Concesionaria Ford de su zona, integra la red más experimentada del país. Allí encontrará Garantía, Servicio y Repuestos Ford legítimos. Compruébelo...



Está en todo y hace de todo!

nero. Pero no mientras la policía siga con el caso y se hayan callado los periódicos . . .

A pesar de que en la carta aparecían las palabras alemanas *gut*, en vez de "good" y *aus* en vez de "out", la policía no quedó convencida de que el raptor fuera alemán. Quizá aquellas palabras y la mala redacción habían sido cosa hecha adrede. No obstante, sí creyó que el plural *nosotros* significaba que se las había con una pandilla del hampa.

Al Capone, el *gangster* más notorio del país, había calificado el secuestro de "una infamia" y había ofrecido 10.000 dólares por la devolución del niño. Y en una sección muy leída de un diario hizo otra oferta: Si el gobierno de los Estados Unidos le devolvía la libertad (Capone estaba preso, pagando una condena de 11 años por evadir el pago de impuestos sobre la renta), él entregaría personalmente el niño de Lindbergh a sus padres.

Aunque no se tomó en cuenta el gesto de Al Capone, Lindbergh y Breckinridge acordaron que sería conveniente tener un representante que conociera íntimamente los bajos fondos sociales. Se mencionó el nombre de un ex-agente de la policía federal, Morris Rosner, que se movía en el hampa como pez en el agua. Rosner convino en hacer el papel de intermediario y, a despecho de una explosión de censura por parte del público, se instaló en la casa de los Lindbergh.

Un torbellino de comentarios acompañaba las misteriosas idas y venidas del extraño intermediario. Al cabo de algún tiempo, Rosner concedía por su cuenta entrevistas a la prensa, en las que afirmaba saber a ciencia cierta que el niño estaba vivo y que sería devuelto.

Parecía que el caso estaba a punto de resolverse. El mundo aguardaba conteniendo el aliento.

Un curioso profesor del Bronx

Mientras tanto, el Dr. Juan F. Condon, maestro de escuela retirado, estaba impaciente de tanto esperar. Hombre erguido y musculoso, a pesar de sus 72 años, que no había faltado ni un solo día a sus clases durante 46, era vehemente admirador de Carlos Lindbergh. El 5 de marzo leyó, indignado, en los periódicos que su héroe se había visto obligado a requerir los servicios de un hampón para que le ayudase a recuperar a su hijo.

Aquella noche, después de comer, el Dr. Condon se retiró a la modesta biblioteca de su casa situada en el barrio neoyorquino del Bronx y escribió esta carta a su diario predilecto, el *Home News*: "Ofrezco 1000 dólares —que son todos mis ahorros— para añadirlos a los 50.000 del rescate, para que una amante madre pueda abrazar a su hijo otra vez. Estoy listo para trasladarme a cualquier parte, a mis propias expensas, y nunca revelaré el nombre de los secuestradores . . ."

Tan pronto como apareció pu-

blicada la carta, el 8 de mayo, el teléfono del Dr. Condon comenzó a repicar constantemente: su familia y sus amigos lo llamaban consternados. ¿No se daba cuenta de que todos se reirían de él? ¿No era una simpleza pensar que los secuestradores leyeran el *Home News*? ¿Por qué se empeñaba en ponerse en ridículo?

El doctor les replicaba pacientemente que quería ver los bracitos de ese niño rodeando de nuevo el cuello de su madre.

Por causa del mucho trabajo — pues, aunque jubilado, todavía dictaba conferencias de pedagogía en la Universidad de Fordham, daba clases de natación y disertaba sobre multitud de tópicos en otras partes de la ciudad— el Dr. Condon no llegó a su casa esa noche del 9 de marzo hasta pasadas las diez. Al examinar la correspondencia del día le llamó la atención un sobre, dirigido así: *Mr.* Doctor Juan F. Condon. Fue el primero que abrió y se quedó estupefacto al leer su contenido:

> Estimado señor: Si usted desea actuar como intermediario en el caso Lindbergh tenga la bondad de seguir instrucciones estrictamente. Llévele la carta adjunta *personalmente* al señor Lindbergh . . . Cuando reciba el dinero de Mr. Lindbergh ponga estas tres palabras en el *American* de Nueva York:
>
> DINERO ESTÁ LISTO
>
> Esté en su casa todas las noches de 6 a 12 . . .



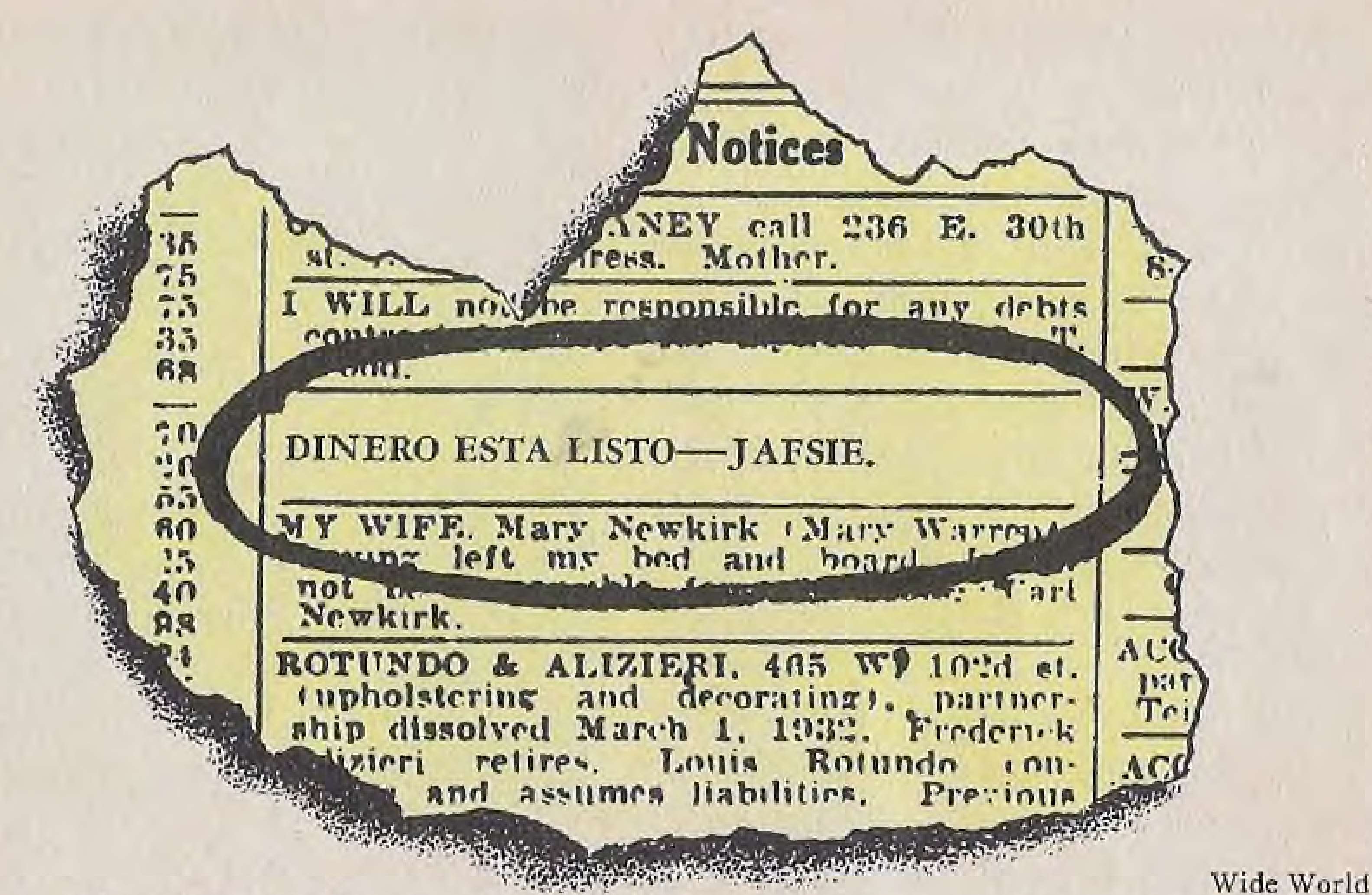
Underwood and Underwood

Dr. Juan F. Condon, conocido por los secuestradores como "Jafsie"

Junto con la carta había otro sobre más pequeño. Sin perder tiempo llamó Condon a la casa de Lindbergh. Después de alguna espera logró comunicarse con el coronel, le leyó la carta y le explicó que adentro venía un sobre pequeño.

—Haga el favor de leérmelo —le dijo Lindbergh.

Condon lo abrió y comenzó a leer: "Estimado señor: el Dr. Condon será nuestro intermediario. Puede darle a él los $70.000. Haga un paquete del tamaño . . ." Aquí el Dr. Condon explicó que había un dibujo: una caja con las dimensiones impresas al lado. Y prosiguió la lectura: "Cuando tengamos el dinero en nuestras manos le diremos en dónde está su niño. Puede alistar un aeroplano, es a 240 kilómetros de distancia . . ."



Notices

...ANEY call 236 E. 30th st. ...ress. Mother.

I WILL not be responsible for any debts contr... T.

DINERO ESTA LISTO—JAFSIE.

MY WIFE, Mary Newkirk (Mary Warr... ...left my bed and board... not ... Carl Newkirk.

ROTUNDO & ALIZIERI, 465 W. 102d st. (upholstering and decorating), partnership dissolved March 1, 1932. Frederick ...lizieri retires. Louis Rotundo con... ...and assumes liabilities. Previous

Wide World

Mensaje que el Dr. Condon colocó en el "American" de Nueva York

Lindbergh, con voz que denotaba su agotamiento, preguntó:

—¿Es eso todo?

—No —dijo el Dr. Condon—; aun falta algo más. Al pie de la carta hay un signo extraño: dos círculos azules entrelazados que encierran un óvalo rojo . . . con tres boquetes que cortan la figura horizontalmente.

Al oír esto, la voz de Lindbergh tembló de emoción.

—¡Tomaré un auto! ¡Inmediatamente voy a verlo!

—Usted está más ocupado que yo. Yo iré allá.

A las dos de la madrugada llegaba Condon a Hopewell. Lindbergh examinó las cartas y no le quedó duda de su procedencia; no podían ser falsificadas porque aquel signo de los círculos entrelazados no había sido publicado por los periódicos. Quiso que el Dr. Condon le sirviera de intermediario y le rogó que se quedara esa noche en su casa.

Condon aceptó y luego manifestó su deseo de conocer a la señora Lindbergh. El coronel lo condujo a la habitación donde descansaba Ana. El Dr. Condon notó que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué llora? —le preguntó con dulzura—. Yo soy quien va a traerle a casa su bebé—. Luego añadió, sonriendo—: Mire al coronel: ¡me parece que está celoso de un viejo como yo!

Ana se rió, y cuando salieron del cuarto, Lindbergh le dijo al viejo que era la primera vez que reía desde que le robaron al niño. En seguida, después de darle excusas por no poder proporcionarle buena cama, lo llevó al único cuarto deso-

cupado que había en la casa: el del niño secuestrado. Allí se le arregló un lecho en el suelo junto a la cuna vacía.

El Dr. Condon se quedó solo, meditó un rato, luego se arrodilló y le pidió a Dios que lo ayudara y lo guiara en esa búsqueda, que juró no abandonar hasta que el niño estuviera durmiendo otra vez en ese cuartito.

Una recompensa excesiva

A LA mañana siguiente el Dr. Condon regresó a su casa con una carta de los Lindbergh en que lo autorizaban para actuar como su intermediario. Breckinridge lo llevó en su automóvil y aceptó su invitación de vivir allí mientras hubiera esperanzas de rescatar al niño. Por la tarde, Breckinridge entregó al *American* de Nueva York el consabido mensaje: "Dinero está listo".

Para ocultar su identidad a los periódicos, Condon firmó el mensaje que apareció el 11 de marzo con el seudónimo *Jafsie*, compuesto con las iniciales de su nombre. Estaba seguro de que los secuestradores lo reconocerían y que no tendría sentido para nadie más.

A las siete de la noche sonó el teléfono. Una voz cavernosa le preguntó si había recibido la carta con la firma característica.

Él respondió que sí y su emoción se avivó al oír que quien le hablaba le repetía su respuesta a otra persona. Alcanzó a oír otra voz a lo lejos, voz que dijo en italiano estas palabras inconfundibles: *Statti citto*. "¡Cállate!" En seguida la primera voz le informó que muy pronto volvería a tener noticias de ellos. Eso fue todo.

Cuando Condon refirió la conversación a Breckinridge, advirtiéndole que su interlocutor tenía un marcado acento extranjero, éste no dudó de que se habían puesto en contacto directo con los secuestradores.

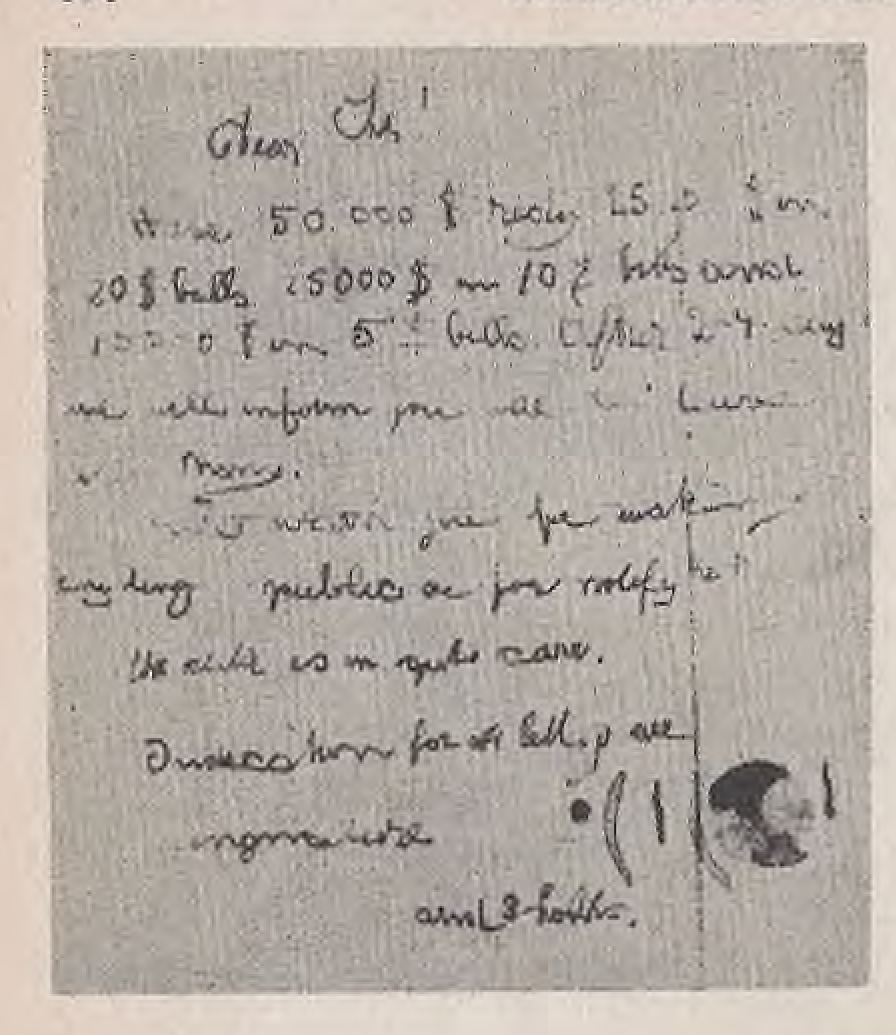
Mas Breckinridge manifestó al anciano que algo le preocupaba seriamente: Si a Condon se le llamaba para tratar cara a cara con los secuestradores, su vida correría grave peligro. Hubiera preferido que el rescate se pudiera llevar a cabo en alguna otra forma, pero para bien o para mal la tarea había recaído sobre los hombros del Dr. Condon. Esperaba, no obstante, que el anciano fuera recompensado por las tribulaciones que estaban padeciendo él y su familia.

—Me temo que la recompensa que pienso pedir va a ser excesiva —dijo el viejo sonriendo.

El otro se desconcertó. No acertaba a imaginarse qué premio pudiera resultar excesivo para los Lindbergh.

Entonces le dijo el Dr. Condon, sonriendo, que la recompensa que anhelaba era el privilegio de poner él mismo el niño en los brazos de la madre.

Breckinridge le respondió, visiblemente conmovido, que estaba seguro de que eso sería fácil de arreglar.



Wide World

Facsímil de la nota de rescate que se encontró en el cuartito del niño de Lindbergh

Cita en un cementerio

La noche siguiente, 12 de marzo, tocaron a la puerta a las 8:30. El Dr. Condon salió a abrir; un chofer de taxi le entregó un sobre largo y se marchó. La letra burda y grande del sobrescrito érale tan conocida como la suya propia.

La carta lo encaminaba a un puesto de salchichas abandonado en donde hallaría otra nota debajo de una piedra. La última línea decía así: "Traiga el dinero consigo".

Pero el dinero no estaba listo aún. Breckinridge había dicho que tardarían un poco en conseguir los billetes especificados. Condon le respondió que él se encargaría de explicar eso . . . lo importante por el momento era seguir las instrucciones al pie de la letra y, sin perder tiempo, le pidió a un íntimo amigo que lo llevara en su coche al puesto de salchichas.

La noche era lúgubre. Volaban las hojas secas arrastradas por el viento helado mientras cruzaron calles y más calles sombrías. Por fin se detuvo el auto frente al puesto solitario, que estaba rodeado de un atrio destartalado. El Dr. Condon se apeó, subió al atrio y extrajo una nota de debajo de un canto de piedra. Decía así:

> Cruce la calle y siga por la cerca en dirección al cementerio hasta la calle 233. Allí nos encontraremos.

El Dr. Condon volvió a subir al coche y con su compañero siguió hacia la calle 233 hasta llegar a la verja de hierro de tres metros de altura del Cementerio Woodlawn. Volvió a apearse y anduvo por la calle desierta hasta el portalón.

Eran las nueve y cuarto de la noche; aunque nada alcanzaba a ver, sentía que lo vigilaban. Dieron las nueve y media. Nada sucedía aún. El doctor comenzaba a inquietarse. A poco vio moverse una cosa blanca en la oscuridad. Se sobresaltó: alguien que estaba dentro del cementerio, le hacía señas con la mano, sacándola por entre los barrotes de la verja.

Condon avanzó y entonces la mano desapareció. Contra el fondo de árboles y piedras sepulcrales se destacaba una figura borrosa. Solamente podía verle los ojos bajo el ala inclinada del sombrero.

—¿Trajo el dinero? -era la mis-

ma voz con acento extranjero que el doctor había oído por teléfono.

—No, no podría traer el dinero hasta no ver el envoltorio.

Condon quería decir con esto, el niño, naturalmente.

De pronto se oyeron pisadas dentro del cementerio.

—¡Un policía! —exclamó el desconocido, y apoyándose en uno de los barrotes de la verja saltó con gran agilidad sobre ella, cayendo en la calle al lado del Dr. Condon. En seguida echó a correr.

El Dr. Condon corrió tras él gritando: "¡Espere, espere!" Por lo poco que había visto, el hombre le parecía mucho más joven que él; pero a pesar de eso siguió persiguiéndolo de cerca. No le llevaba gran ventaja cuando el fugitivo se internó en un bosquecillo del parque Van Cortlandt.

Condon lo siguió, le dio alcance y agarrándolo del brazo le dijo:

—¿Por qué corre? . . . Así no vamos a ninguna parte.

El otro no respondió y se dejó llevar de mala gana hasta uno de los bancos del parque. Durante algunos minutos guardó silencio, apretándose el cuello del abrigo contra la barbilla.

—Es muy peligroso —dijo al fin —. Esto podría costarme 20 años . . . o la silla eléctrica . . . ¿Me electrocutarían si el niño hubiera muerto?

—¡Muerto! —gritó Condon encarándosele.

Pero el desconocido lo tranquilizó: el niño estaba vivo y gozaba de buena salud.

—¿Cómo puedo saber que estoy hablando con el hombre que busco? —preguntó el doctor.

—¿No recibió usted las cartas rubricadas con los círculos? —replicó el otro.

Condon sacó entonces del bolsillo los dos imperdibles encontrados en la cuna del niño. Los había tomado con la autorización de los Lindbergh y ahora le preguntaba a su interlocutor si los había visto antes en alguna parte.

—El niño estaba sujeto en su cuna con imperdibles —repuso éste.

Satisfecho, Condon le pidió que le dijera su nombre.

—Me llamo Juan.

—Desista de esto, Juan —le dijo entonces en un impulso instintivo —. Véngase conmigo. Tengo mil dólares que serán para usted.

—Nosotros no queremos su plata.

El profesor se aprovechó de esta respuesta para inquirir quiénes eran "nosotros"; Juan le informó que él sólo era intermediario de una pandilla de cinco.

—Déjelos, Juan —volvió a rogarle el viejo—. Déjelos y yo le prometo que el coronel Lindbergh hará todo cuanto sea legalmente posible para arreglarse con usted. De otro modo, la policía se encargará de prenderlo.

—No —dijo Juan con decisión—. Hace un año que venimos preparando esto.

La noche se ponía más fría. Juan se revolvía en el banco. Dijo que tendría que irse; que el Dr. Condon debió de traer consigo el dine-

ro. Y cuando ya se disponía a marcharse prometió enviarle una prenda que no le dejara duda de que trataba con los secuestradores.

—Le mandaré la camisita de dormir del niño.

Los dos hombres se miraron y se dieron la mano. Juan se alejó con paso casi indiferente y se perdió en la oscuridad.

Tropiezos en las negociaciones

Pocos días después recibía el Dr. Condon por correo la camisa de dormir del niño. Lindbergh interpretó esto como una muestra de la entera confianza que la pandilla tenía en el anciano profesor. Estaba seguro que las negociaciones del rescate se llevarían a cabo de allí en adelante rápida y fácilmente. No obstante, antes de terminarse la semana, dos incidentes extraños se combinaron para poner en tela de juicio ambas suposiciones.

En un mensaje, que vino dentro de la prenda infantil, se exigía a Lindbergh que manifestara que estaba dispuesto a pagar el rescate antes de ver al niño. Si aceptaba esta condición debía insertar un aviso en el *American*, de Nueva York, que dijera: "Acepto. El dinero está listo".

Convencido de que la pandilla obraba de buena fe, Lindbergh puso el aviso. Día tras día salía en el periódico indicado . . . pero Juan no respondía.

Después, de procedencia inesperada, llegaron noticias que dieron un nuevo aspecto al caso. Juan

Hughes Curtis, conocido ciudadano de Norfolk (Virginia) informaba a Lindbergh que estaba en comunicación directa con los secuestradores.

Las credenciales de Curtis eran intachables. Llegó a ver al coronel el 22 de marzo, acompañado del reverendo Dobson-Peacock, deán de la Iglesia Episcopal de Cristo en Norfolk (quien había conocido al padre de Ana Lindbergh en México) y del almirante Guy Burrage, comandante del acorazado que condujo a Lindbergh a los Estados Unidos después de su histórico vuelo trasatlántico. Ambos opinaban que la importancia de los sucesos que Curtis les había contado justificaba una entrevista personal con Lindbergh.

Curtis repitió su relato delante del coronel: Una tarde se le había acercado furtivamente un hombre llamado Sam, a quien él conocía como ex-contrabandista de licores, para decirle que la pandilla de secuestradores le había encargado que se comunicara con él. Deseaban saber si Curtis se prestaría a formar un comité de ciudadanos distinguidos de Norfolk, que gestionara las negociaciones entre Lindbergh y la pandilla. Curtis se había desconcertado. "¿Por qué lo escogían a él?" preguntó a Sam. "¿Por qué venir hasta Norfolk, en vez de acudir a otros que estuvieran más próximos a los esposos Lindbergh en Nueva Jersey o en Nueva York?"

Sam respondió que la cuadrilla

desconfiaba de los hampones de Nueva York y Nueva Jersey que, seguramente, querrían sacar una buena tajada del dinero del rescate. Díjole que Rosner, el mediador de Lindbergh, estaba completamente desacreditado entre los *gangsters*.

A Curtis le repugnaba sobremanera entablar relaciones con los secuestradores. Así se lo dijo a Lindbergh. Pero, pensando en sus dos hijitos, convino al fin en encargarse de la misión y le pidió a Sam que especificara las condiciones. Él le dijo que los raptores querían que, como muestra de buena voluntad, se depositaran 25.000 dólares en un banco de Norfolk, en una cuenta conjunta abierta a nombre de los tres intermediarios.

Lindbergh escuchó en silencio todo el relato. Luego se puso de pie. Estaba seguro de sus buenas intenciones, les dijo, pero tenía razones para creer que eran víctimas de un engaño. Sin embargo, él no podía desechar ninguna posibilidad de recuperar a su hijo; Sam podía probar fácilmente que representaba a los secuestradores . . . con sólo darle a uno de los caballeros de la delegación un papel firmado con cierto símbolo.

Curtis convino en pedir la nota. Lindbergh les dio las gracias por todas las molestias que se habían tomado y los invitó a comer. Los tres aceptaron gustosos.

Cuando la nueva del comité negociador de Curtis llegó a la prensa —no se sabe cómo la obtuvo cierto reportero de Norfolk— dominó las primeras páginas de los diarios. El Dr. Condon leía los titulares en el colmo de la consternación. ¿Lo habrían descartado a él los secuestradores? ¿Habrían dejado de ser útiles sus servicios para la familia de Lindbergh? Por lo menos, así lo daban a entender los periódicos.

Pago del rescate

LINDBERGH pronto mitigó los temores del Dr. Condon con la declaración de que las revelaciones del comité de Curtis no tenían hasta entonces "ningún significado especial". Pero el misterio seguía sin aclararse: ¿Por qué no contestaba Juan el último aviso? No quedaba más remedio que redactar otro en esta forma: "Dinero está listo. Mande clave para comunicarnos. Jafsie".

Pasaron tres días de angustiosa espera. Al cuarto respondió al fin Juan: "No es necesario mandar clave. Usted conoce muy bien nuestro Programa. Guardaremos al niño en lugar seguro hasta que tengamos el dinero en nuestras manos. ¿Por qué sigue el señor Lindbergh tantas pistas falsas cuando sabe que es con nosotros con quienes debe tratar? Si sigue esperando doblaremos la cifra".

Por más que el Dr. Condon sostenía que los raptores aceptarían la fórmula de pago contra la entrega del niño, Lindbergh se empeñó en que en su próximo mensaje aceptara sin reservas las condiciones de Juan; no quería correr el

riesgo de prolongar las negociaciones hasta el punto de que los secuestradores perdieran la paciencia. De acuerdo con las exigencias de éstos, el jueves, 31 de marzo, se publicó el anuncio.

Al día siguiente recibía el Dr. Condon respuesta de Juan:

> Tenga la bondad de informarnos si estará listo para la operación el sábado en la tarde. Si está, ponga en el periódico Sí todo listo.

Lo que más temía ahora Lindbergh era que algún nuevo acontecimiento asustara a los ladrones antes que llegara la noche siguiente. Cuando la Tesorería de la Nación le informó que sus agentes no intervendrían para nada en el asunto a menos que se anotaran los números de serie de los billetes que se iban a pagar por el rescate, el coronel puso objeciones. Por fin aceptó de mala gana; pero a pesar de los consejos de amigos y de la policía, insistió tenazmente en que no hubiese nadie escondido ni se pusieran trampas en los contornos del lugar en donde iba a celebrarse la cita.

Ya bien avanzada la tarde del sábado, Lindbergh y Condon terminaban los últimos preparativos para el rescate. El dinero estaba distribuído en dos paquetes: uno que contenía 50.000 dólares y otro 20.000; eran en total 5150 billetes de cuatro distintas denominaciones: de $5, $10, $20 y $50 . . . tantos que se requería bastante esfuerzo para meterlos en la caja de madera que Condon había encargado para el caso.

Lindbergh, Breckinridge y Condon aguardaban sentados en la casa de este último, en espera de nuevas instrucciones. "Estén listos para la operación el sábado por la tarde" —decía la última nota. El doctor parecía tranquilo, pero su familia estaba en ascuas. El viejo profesor era el único que conocía a Juan y podría identificarlo. Era muy posible que el bandido hubiera pensado —como lo pensaron Lindbergh y Breckinridge— que una vez recibido el dinero, le sería fácil deshacerse de ese testigo importuno que podría condenarlo. Si el Dr. Condon decidía no seguir adelante, todavía estaba a tiempo, le dijo Lindbergh; él comprendía muy bien que no le faltaban razones. Pero el doctor se negó con firmeza.

A las 7:45 de la noche llegó un taxi a la puerta y, como ya lo había hecho otra vez, el chofer entregó a Condon un sobre y se marchó. La carta le traía instrucciones de buscar otra nota escondida cerca de una florería situada en las inmediaciones del cementerio de San Ramón. Lindbergh lo condujo personalmente al sitio indicado.

"Siga por la avenida Whittemore hacia el sur —decía la segunda nota—. Traiga el dinero consigo y venga solo . . ."

No obstante, Condon dejó la caja del dinero en el asiento del coche junto a Lindbergh. Dijo que antes quería hablar con Juan.

Anduvo hasta pasar las puertas

del cementerio. Allí se detuvo, luego comenzó a retroceder despacio. Había visto salir la sombra de un hombre de detrás de un monumento funerario; la silueta retrocedió haciendo eses entre las tumbas hasta que se paró detrás de un seto. El Dr. Condon se le acercó y reconoció a Juan.

—¿Trajo el dinero?

—No; está en el coche —dijo el doctor.

—Necesito que me entregue el dinero.

—No se lo entregaré mientras usted no me dé un papel en que me indique el sitio preciso donde está el niño.

Juan convino en darle el papel que le pedía; lo escribiría en pocos minutos, si el doctor iba entre tanto a traerle el dinero.

—Oiga, Juan —le dijo entonces el Dr. Condon—: el coronel Lindbergh no es tan rico como usted cree . . . con trabajo alcanzó a reunir 50.000 dólares, que fue la primera cantidad pedida —mintió intencionadamente—, pero no tiene los otros 20.000 . . .

—Está bien —dijo Juan—. Si no podemos sacar setenta, tendremos que conformarnos con cincuenta—. Dio la vuelta y se alejó con paso rápido.

El doctor volvió al coche, contó a Lindbergh los pormenores de la conversación y éste, después de darle las gracias, retiró el más pequeño de los dos paquetes y le pasó la caja que contenía los 50.000 dólares solamente.

Condon volvió al lugar de la cita y esperó. No tardó en reaparecer la sombra entre las piedras sepulcrales. Juan le entregó un sobre, pero le advirtió que no debía ser abierto antes de seis horas. Condon aceptó la condición y le pasó la caja que contenía el dinero del rescate. Luego se dieron las manos.

—Buenas noches, Juan . . . espero que no me traicione.

Regresó de nuevo al coche en donde le entregó el sobre a Lindbergh y lo enteró de la estipulación de Juan; no debían abrirlo en seis horas.

—Si eso es lo convenido —dijo Lindbergh— lo cumpliremos.

Pero el Dr. Condon estaba inquieto. No era Lindbergh sino él quien había empeñado su palabra. Además, habiendo entregado 50.000 dólares por lo menos tenían derecho a saber si la nota decía en realidad dónde estaba el niño. Si no lo decía, cada minuto que pasaba disminuía las probabilidades de encontrarlo.

Lindbergh meditó un momento . . . Sí, el doctor tenía razón. Abrió el sobre y leyó:

> El niño está a bordo del bote Nelly. Es un bote pequeño de ocho metros de largo, que se encuentra entre Horsenecks Beach y Gay Head, cerca de la isla Elizabeth.

¡Por fin! Tanto el padre como el anciano profesor iban casi alegres de regreso en el auto, camino de la casa de la Avenida Decatur.

Comienza la búsqueda

Más tarde, esa misma noche, relatando la aventura a Breckinridge y a dos agentes de la Tesorería, Condon les confesaba que se sentía hasta cierto punto orgulloso de haberle ahorrado 20.000 dólares al coronel.

—¿Cómo se las compuso? —le preguntó uno de los agentes.

Condon se lo explicó. Mas la expresión que vio en la cara del otro lo turbó. ¿Había cometido alguna indiscreción?

—Me temo que sí —le respondió el funcionario tratando de ocultar su disgusto y le explicó:

El paquete de 20.000 dólares que el doctor no había entregado a Juan, contenía 400 billetes de 50, certificados de oro, que hubieran sido los más fáciles de descubrir cuando los secuestradores trataran de poner en circulación el dinero. Los agentes de la Tesorería habían preparado ese paquete con tal propósito . . . y el Dr. Condon les había echado a perder el plan. Los certificados de oro de 50 dólares eran billetes relativamente raros; no así los de 20 . . . que serían los de más alta denominación que los raptores tendrían que pasar.

Naturalmente, Condon se quedó cabizbajo, pero no había tiempo para lamentaciones. Ya había dispuesto Lindbergh los preparativos para comenzar la búsqueda del *Nelly*; el profesor sería uno de los de la partida y aun cuando había pasado un día muy atareado y una noche llena de aventuras, por nada del mundo se hubiera quedado atrás. Poco después de las dos de la madrugada emprendió con los otros el largo viaje en automóvil hacia el aeropuerto de Bridgeport, en Connecticut.

A las primeras luces del día los isleños y pescadores del estrecho de Vineyard, en Massachusetts, se quedaron boquiabiertos ante las piruetas que sobre sus cabezas hacía un avión anfibio de dos motores. Hábilmente piloteado descendía a veces tan cerca de la superficie del agua, que parecía posarse como una gaviota al costado de algún barco pesquero o algún bote de placer.

Aparecieron también por esas aguas varios guardacostas y hasta la silueta gris de un acorazado cortó el horizonte. Pronto llegó la noticia a los diarios de Boston. Alguien dijo que las maniobras del avión anfibio tenían que ver con la búsqueda del niño de Lindbergh y se alborotó el gremio reporteril.

Poco después de mediodía acuatizó cerca de la isla de Cuttyhunk. Un grupo de excitados periodistas aguardaba en el muelle. A poco salió del avión el piloto, Carlos Lindbergh en persona, seguido de Breckinridge y del Dr. Condon. En respuesta a las preguntas de los reporteros Lindbergh se limitó a mover la cabeza negativamente. No había noticias.

Después de almorzar, Lindbergh volvió a elevarse y hasta las últimas horas del crepúsculo su avión estuvo volando de un lado a otro de la bahía . . . sin mejor suerte. Por fin

hizo rumbo al sur, hacia un aeropuerto de Nueva York.

Esa noche volvió solo a su casa. Aun antes de llegar advirtió que todo estaba dispuesto para recibir al niño. Las ventanas del cuartito, cuyas luces no se habían encendido desde la noche del rapto, estaban ahora radiantes.

Ana lo esperaba en la puerta. Él la consoló: la demora sería temporal. A pesar de la minuciosidad de la búsqueda era posible que se le hubiese pasado por alto el *Nelly* . . . o que los secuestradores, alarmados por la presencia de los guardacostas, lo hubiesen ocultado.

Al día siguiente muy de mañana subió a un avión más rápido en el aeropuerto de Teterboro. A las seis y media de la tarde regresó, otra vez solo.

El mismo día el Dr. Condon entregó otro aviso a la prensa con instrucciones de publicarlo hasta nueva orden. Decía así:

¿QUÉ PASA? ¿ME HA TRAICIONADO? FAVOR MEJORE INSTRUCCIONES. JAFSIE.

El 6 de abril, no habiendo tenido más noticias de Juan, Lindbergh decidió pedir ayuda al gobierno. La Tesorería convino en pasar inmediatamente una circular a todos los bancos de los Estados Unidos y el Canadá en que les daba la lista de los números de serie de los billetes pagados por el rescate.

Para no alertar a los secuestradores, la circular, aunque excepcionalmente larga y detallada —57 pági-

nas en tipo menudo—, no mencionaba el caso de Lindbergh. No obstante, un reportero muy listo notó que la cantidad —50.000 dólares— era igual a la pedida por el rescate de que ya habían hablado los periódicos y esto bastó para que la prensa relacionara la circular con el secuestro.

Lindbergh explicó demasiado tarde el terrible perjuicio que tal revelación podía causarle; los secuestradores de seguro pensarían que él los traicionaba. El nueve de abril dio un comunicado a la prensa confirmando que se había pagado el rescate y no se había encontrado al niño. Decía también el anuncio: "No fue nuestra intención servirnos de los números de los billetes con que se pagó el rescate pero como los secuestradores no han cumplido el convenio, se tomarán todas las medidas que sean necesarias para la devolución del niño".

El 11 de abril el nombre del Dr. Condon dominó la primera plana del *Home News* del Bronx. Como ya se había revelado el pago del rescate, el periódico decidió dar a conocer el papel que la publicación y el doctor habían desempeñado en el drama. Apenas salió el artículo una nube de reporteros, fotógrafos, amigos y agentes de policía invadió el prado frente a la casa de Condon. Pisoteando los macizos de flores, tocaron la campanilla.

El anciano profesor manifestó plena confianza en que los secuestradores cumplirían lo prometido. El fracaso inicial, según él, sólo se de-

bía al temor de que les hubieran armado una trampa.

—Estoy seguro de que el coronel Lindbergh tendrá noticias de ellos de hoy a mañana —añadió.

Una señal desde el palo del trinquete

UNA SEMANA después, el 18 de abril, el mismo Lindbergh pensó que los raptores trataban de comunicarse de nuevo con él.

Después de su primera entrevista con Juan Hughes Curtis, había estado demasiado ocupado para volver a verlo. Pero ahora, falladas las negociaciones con Juan, deseaba vivamente saber si Curtis había hecho algún progreso por su parte.

Y así era, en efecto. Justamente tres o cuatro días antes, Curtis informaba, la cuadrilla le había dado las señas de cierta casa en Newark pidiéndole que acudiera solo. Allí se había encontrado con Sam y otros dos sujetos: uno de ellos era el capitán de la embarcación donde tenían al niño; el otro se llamaba Juan, indudablemente el mismo Juan que había tratado con el Dr. Condon, ya que su facha correspondía exactamente a la descripción del anciano profesor, publicada en la prensa. Finalmente, como prueba incontrovertible de su identidad, Juan le había enseñado a Curtis un fajo de billetes cuyos números de serie estaban en la lista de la circular enviada a los bancos.

Curtis informó que los secuestradores deseaban concertar una cita en alta mar. Durante los días siguientes se mantuvo en estrecho contacto con Lindbergh. La noche del 19 al 20 de abril le hizo saber que, no solamente había vuelto a verse con los miembros de la pandilla, sino que lo habían llevado a bordo de su goleta *Mary B. Moss*, barca pescadora de dos palos. Todo se había concertado de una manera muy ingeniosa: dos mujeres mantenían contacto con el barco, desde la playa, por medio de un aparato trasmisor receptor de radio escondido en un viejo automóvil Ford. Lo habían llevado hasta un punto cercano al cabo May, en Nueva Jersey, en donde se embarcó en un bote hasta la goleta.

Dijo que, una vez a bordo, reconvino a los secuestradores por el abuso de pedir doble rescate. Pero ellos se habían reído; dijeron que de todos modos esperaban un segundo pago, y esta vez exigían que Lindbergh conviniera en abstenerse de publicar los números de serie.

Lindbergh prometió hacer todo cuanto le pedían y se arregló una cita en las aguas costeras de la isla de Block. La reunión fracasó porque, según informó Curtis, los *gangsters* hallaron demasiados barcos en los contornos de la isla. Acabaron por exigir que la entrevista se efectuara a 30 kilómetros de la costa de Virginia.

El 22 de abril Lindbergh subió a bordo del *Marcon*, suntuoso yate que Curtis tenía dispuesto en el puerto de Norfolk. Allí lo esperaban el teniente Jorge Richard, designado por la armada para asistir-

lo; el capitán Kenneth Whiting, comandante de la base aérea de la marina en Norfolk; Curtis y uno de sus íntimos amigos, Edwin Bruce. El teniente Richard y el capitán Whiting llevaban armas: una ametralladora Browning, fusiles y pistolas.

A las 6:40 de la noche el *Marcon* se hizo a la mar y con las primeras luces del amanecer llegaban al lugar de la cita. Desde el puente, Lindbergh y sus compañeros escudriñaban la desapacible soledad del mar. Todo ese día se prolongó la inútil búsqueda, y al cerrar la noche el yate volvió al puerto.

Siguieron ocho días de mal tiempo; el *Marcon* hubo de quedarse a veces en Norfolk por causa de la borrasca. Lindbergh rara vez salía del barco. Cuando lograba hacerse de nuevo a la mar, el coronel examinaba el horizonte o tomaba a ratos la rueda del timón sin perder la calma a pesar de no avistar la goleta por parte alguna. Cierto día que el almirante Burrage subió a bordo a visitarlo, después de describirle la búsqueda infructuosa Lindbergh le dijo: "Son los días más terribles que he pasado".

Por fin, el 6 de mayo, regresó Curtis de una excursión por tierra y anunció que los secuestradores se habían puesto de nuevo al habla con él. Querían otro punto de cita: esta vez en aguas de Nueva Jersey.

Lindbergh, Bruce y Richard viajaron entonces a Nueva York y se embarcaron en un queche de 26 metros de eslora, llamado el *Cachalot*, aparejado para navegar en aguas tormentosas. Otra vez volvía a animarse el coronel; después de tantas dilaciones y desengaños renacía en él la esperanza de abrazar muy pronto a su hijito.

Mas la búsqueda continuó en vano, en medio del viento y las olas toda la noche y la mañana siguiente. El 10 de mayo, el queche regresó al puerto y Curtis bajó a tierra con ánimo de averiguar qué sucedía. Volvió desconsolado. Dijo que había hablado con una de las mujeres que manejaban la radio en una cabaña del cabo May. Ésta le había dicho que como el tiempo empeoraba, los raptores deseaban entregar al niño lo más pronto posible . . . pero, el lugar de la cita tendría que cambiarse de nuevo . . . ahora sería en las aguas aledañas a Five Fathoms Banks. Las dos naves se identificarían haciendo brillar una luz sobre el palo trinquete.

Pero el tiempo siguió tan borrascoso el día siguiente que resultaba imposible salir del puerto. Curtis bajó a tierra para entrevistarse con un reportero del *Herald Tribune* de Nueva York; el periódico le había ofrecido 25.000 dólares por un reportaje exclusivo, que se publicaría inmediatamente después que apareciera el chiquillo. Bruce y el teniente Richard también salieron a dar una vuelta por Nueva York. Solamente Lindbergh se quedó a bordo.

Por fin, el jueves 12 de mayo, amainó la tormenta. Regresó Curtis y el queche se hizo otra vez a la mar.

Llovía copiosamente al llegar a Five Fathoms Banks y la visibilidad era mala a causa de la niebla. Hora tras hora estuvo Lindbergh haciendo señales luminosas desde el palo trinquete . . . sin obtener respuesta.

Fin de la búsqueda

TAMBIÉN llovía por los campos de Sourland aquella tarde del jueves. El limpiaparabrisas del camión que manejaba William Allen oscilaba sin descanso. Allen llevaba un cargamento de madera por el camino vecinal que va de Princeton a Hopewell. Era un negro delgado, de 46 años, empleado de una compañía de mundanzas y le iba diciendo a su compañero, Orville Wilson, cuánto se alegraría de terminar el trabajo de la tarde para ir a reunirse con su familia en Trenton.

Al pasar el pueblecito de Mount Rose, Allen detuvo el vehículo a la vera del camino y le explicó a su compañero, Wilson, por qué lo hacía. Wilson le replicó que debió de haber parado en la estación de gasolina. El otro no hizo caso y se internó entre la maleza como a unos 15 metros del camino. Al agachar la cabeza por no darse un porrazo con una rama baja, se detuvo bruscamente. Luego avanzó poco a poco para examinar lo que acababa de encontrar.

Estaba entre un huequecillo, medio cubierto con tierra y hojas podridas. El esqueleto de un animal, pensó Allen. Se acercó más . . . y vio un diminuto pie humano que salía de un montón de tierra.

Volvió corriendo al camión.

—¡Santo Dios bendito! —gritó—. ¡Allá hay un niño muerto!

Puso el vehículo en marcha y al llegar a Hopewell dio parte a la policía. Poco después un agente de la policía rural llegó al lugar indicado. Se arrodilló, levantó el cuerpecito y le dio vuelta para verle la cara, que comparó con una fotografía que llevaba en el bolsillo. No necesitó más para quedar convencido de quién era.

Al cabo de algunos minutos llegó el inspector Harry Walsh de la policía de Jersey City, quien creyó prudente cerciorarse completamente antes de notificar a la familia. Después de examinar cuidadosamente las tiras de ropa que colgaban del cuerpecito, tomó su auto, se encaminó a la casa de los Lindbergh y con toda calma, como si se tratara de un asunto de rutina, preguntó a Betty Gow si tenía alguna muestra de la camisita de dormir del niño. Betty le respondió que sí; la noche del rapto ella misma le había improvisado un vestidito de dormir con unas enaguas de franela; ahí estaba la tela que había sobrado y el hilo azul con que lo había cosido.

Walsh volvió a la tumba con los fragmentos de tela y el hilo; eran exactamente iguales. La larga batida en busca de Carlos Augusto Lindbergh, hijo, había terminado.

De nuevo regresó Walsh a la casa de los Lindbergh y rindió su informe al coronel Schwarzkopf. Éste avisó por radio al *Cachalot* y se dispuso a dar la noticia a Ana. En

tró en la habitación donde ella y su madre, la señora Morrow, se hallaban esperando la llamada de Carlos desde el día que saliera a encontrarse con los secuestradores en algún lugar del Atlántico.

Les anunció que tenía muy malas nuevas que darles y luego, tan suavemente como pudo, les contó lo sucedido. La señora Morrow abrazó tiernamente a su hija. Schwarzkopf salió en silencio del cuarto. Poco después daba la noticia a la prensa.

Entre tanto, pasaba el tiempo y el *Cachalot* no daba respuesta al trágico mensaje que le enviaron repetidas veces. ¿Se le habría descompuesto la radio? Al coronel Breckinridge, que supo la noticia en su oficina de Nueva York, le parecía una insufrible ironía del destino que todo el mundo supiera —como muy pronto lo sabría— que el niño de Lindbergh había muerto, mientras su padre lo buscaba todavía en el mar. Varios guardacostas salieron en busca del queche.

Cuando el *Cachalot* entró esa tarde al puerto, no había recibido todavía mensaje alguno. Ninguno de los guardacostas acertó a cruzarse con él.

Curtis bajó a tierra; Lindbergh, como de costumbre, se quedó a bordo. Poco después regresaron Edwin Bruce y el teniente Richard de su visita a Nueva York. Después de saludarlos, Lindbergh les relató su nuevo fracaso de ese día y manifestó la esperanza de que "quizás mañana" cambiara la suerte.

Ellos se miraron en silencio. Al cabo Bruce se resolvió a hablar.

—Coronel —le dijo nerviosamente—; ya encontraron al niño . . .

Lindbergh lo miró con sorpresa.

—¿Lo encontraron . . .?

—Sí . . . muerto.

"Es mi hijo"

La policía rural del estado montó guardia junto a aquella sepultura superficial en los bosques aledaños de Hopewell. Por el camino inmediato, bajo la lluvia, desfilaban lentamente los automóviles, uno tras otro. Más curiosos iban llegando a pie hasta que una multitud de gente y de coches formaron un nudo que obstaculizó todo movimiento. Acudieron vendedores ambulantes pregonando cacahuetes y maíz tostado; otros vendían tarjetas postales de la casa de Lindbergh; surgió un puesto de refrescos y pronto se sintió en el aire el olor de las salchichas calientes.

Otras multitudes se congregaban alrededor de una funeraria de Trenton, y la tarde del viernes, 13 de mayo, los curiosos vieron recompensada su paciencia; llegó un automóvil y de él se apeó el coronel Lindbergh. Venía con la cabeza cubierta y en su rostro se veían huellas de fatiga. Entró resueltamente en la funeraria. Tras él salió del coche el coronel Breckinridge, que se detuvo un momento al ver una figura conocida entre la multitud: era el Dr. Juan Condon. Le hizo señas de que pasara adelante, pero el anciano profesor movió negativamente la cabeza.

En la sala mortuoria, donde yacía el cuerpecito del niño, aguardaban Schwarzkopf y otros amigos. Avanzó el padre hasta la mesa cubierta con una sábana y ordenó que lo descubrieran. Un asistente del médico forense cumplió la orden.

Lindbergh se quedó mirando a su hijo. Se le encendió la cara. Se agachó y le examinó la boca, le contó los dientes. Luego le observó los pies. Buscaba una pequeña imperfección con que había nacido: dos deditos montados, uno sobre otro, en el pie derecho.

—Estoy completamene convencido: es mi hijo . . .

Una confesión pasmosa

Hasta entonces la policía del estado de Nueva Jersey se había visto obstaculizada en su labor por el temor de que sus actividades perjudicaran la negociación del rescate. Pero ahora, habiendo encontrado el cadáver del niño, el coronel Schwarzkopf anunció que no se omitirían esfuerzos para aprehender a los delincuentes.

El primer paso sería recabar del Dr. Condon, de Curtis, de Rosner, todos los informes posibles acerca de sus tratos con los raptores. Parecía evidente que todos ellos habían sido víctimas de un formidable engaño y se les hizo comparecer a la casa de Lindbergh para interrogarlos.

Rosner rindió su informe de buena gana. Había establecido centenares de relaciones en los bajos fondos sociales, la mayor parte con charlatanes y embaucadores que meramente pretendían sacar tajada del caso. Una de ellas parecía genuina, pero la pista se había ido acabando poco a poco. Al terminarse el interrogatorio prometió hacer todo lo posible por ayudar a la policía.

El Dr. Condon también contó su historia desde el principio. A medida que proseguía la narración era interrumpida con frecuentes preguntas: Él las contestaba de buen talante, aunque muchas insinuaban que su actuación había sido dudosa y que tal vez no decía todo cuanto sabía. Calmadamente respondía que todo lo que había hecho contaba con la aprobación de Lindbergh y Breckinridge.

Curtis se mostró, asimismo, ansioso de secundar los esfuerzos de la policía. Dio una detallada descripción de la goleta que, trasmitida al servicio de guardacostas, dio origen a un reconocimiento del litoral del Atlántico, desde Nueva Escocia hasta los cayos de la Florida.

Mas los investigadores pronto descubrieron que le flaqueaba la memoria con relación a ciertos puntos importantes. No podía recordar, por ejemplo, el lugar preciso donde se encontró con las dos mujeres con el Ford provisto de radio. Después, tras una búsqueda que duró toda la tarde, no pudo encontrar la casa de Newark en donde había conocido a Juan. Y, finalmente, no fue capaz de localizar la cabaña del cabo May en donde se había encontrado con una de las dos mujeres el 10 de mayo . . . sólo tres días antes.

Aquella tarde, en la casa de los Lindbergh, Curtis sintió que todos le hacían el vacío. Nadie mostraba deseos de entablar conversación con él hasta que, hacia la medianoche, se le acercó el inspector Walsh y lo invitó a salir a tomar un poco de aire fresco.

La noche estaba tibia, primaveral. Curtis habló de sus cuitas personales. Apenas hacía un año, dijo, que su compañía se había declarado en bancarrota y él había sufrido un colapso nervioso. Si no hubiera sido por la ayuda y la comprensión de su esposa, Dios sabe lo que habría ocurrido.

Walsh asintió condolido. Sí, comprendía muy bien el cargo de conciencia que se había echado a sus espaldas. Sin embargo, tal vez se sentiría más aliviado si dijera la verdad en el caso de Lindbergh.

Curtis protestó ofendido. ¡Él había dicho toda la verdad!

Walsh siguió adelante como si no lo hubiera oído. Había tantas discrepancias en su narración... y tan pocas pruebas que la corroboraran, que era muy difícil creer que fuese verdadera.

Ambos se quedaron en silencio. Al cabo de un momento habló Curtis.

—Lo único que le dije que no fuese cierto es . . . que había visto el dinero del rescate.

—¿Por qué no se lo dice al coronel Lindbergh? —insinuó Walsh—. Eso fue lo que le indujo a creer que usted realmente estaba en contacto con los secuestradores.

Curtis convino y pocos momentos después repetía la extraña confesión al padre del niño asesinado. Lindbergh lo miró en silencio y luego, haciendo un gesto de repugnancia, salió rápidamente del cuarto.

A pesar de aquello Walsh seguía dudando de que Curtis hubiera dicho toda la verdad y le pidió que repitiera su versión de los hechos. Curtis accedió, protestando aún de su sinceridad. Habló dos horas, sin revelar nada nuevo, hasta que al fin lo interrumpió Walsh con voz cansada.

—¿Por qué no se quita ese peso de encima? Yo me voy a acostar.

Cuando vio que se levantaba para marcharse, Curtis dio un salto de la silla, tan brusco, que rebotó contra la pared.

—¡Está bien, haré una declaración! —gritó—. ¡Tráigame una máquina de escribir!

En el término de media hora Curtis había firmado una confesión completa. La goleta, los *gangsters*, el automóvil Ford . . . todo había sido una patraña. "Yo inventé la fábula completa", escribió. En otra declaración dijo que el único interés que tenía el deán Dobson-Peacock en el asunto fue el de satisfacer su sed de publicidad. "Cuanto más se le daba, más quería".

El deán no se atrevió a salir de su casa de Norfolk, en Virginia, en donde estaba fuera del alcance de la policía de Nueva Jersey. Curtis fue detenido inmediatamente y juzgado al mes siguiente por el delito de engañar intencionadamente a las



autoridades; se le halló culpable y fue condenado a pagar una multa de 1000 dólares y a un año de prisión.

Se eliminan sospechosos

Hasta entonces la policía del estado de Nueva Jersey se había encargado exclusivamente del caso. Pero como pasaban semanas y semanas sin que le hallaran solución, el clamor de la opinión pública fue en aumento. Se hizo notar su frialdad para con la FBI y otros organismos policiales de la nación, cuyos servicios había ofrecido el propio presidente Hoover cuando encontraron el cadáver del niño. Los subalternos de Schwarzkopf desdeñaban los consejos de la FBI, no hacían uso de su equipo científico; en efecto, relegaban a los agentes federales al papel de consejeros oficiosos. Cierto era que habían estado atados de manos cuando aún había esperanzas de recobrar al niño vivo —decían los críticos— pero ahora eran sencillamente incapaces de resolver el caso, demasiado complicado para ellos.

Para refutar los cargos Schwarzkopf hizo una relación del trabajo llevado a cabo por su gente:

Treinta detectives de Nueva Jersey habían dedicado miles de horas a recoger datos y a investigar a personas sospechosas. Habían interrogado a los sirvientes de los Lindbergh y los Morrow, a todos sus parientes y amigos; a los arquitectos, albañiles, carpinteros y demás obreros que intervinieron en la construcción de la casa. Uno de sus agentes

había viajado a Inglaterra con el objeto de recabar la ayuda de la Scotland Yard para que investigara los antecedentes de Betty Gow y los Whatelys.

La policía había forjado también una teoría para explicar la muerte del niño. Utilizando la misma clase de madera, cortada en iguales dimensiones, había construído una escalera idéntica a la que encontraron cerca de la casa. En una serie de experimentos realizados debajo de la ventana del cuarto del niño, la copia de la escalera se había partido en el mismo lugar que la original, bajo el peso de un agente que llevaba en sus brazos un lío de 84 centímetros de largo y que pesaba 15 kilos, para simular al niño robado. El escalador se fue hacia adelante y el atado que llevaba dio violentamente contra la pared golpeándose la parte correspondiente al "cráneo" en el antepecho de la ventana.

Los experimentos revelaron también otros datos interesantes. El travesaño y el larguero de la escalera experimental habían cedido bajo un peso de 80 kilos. Como el niño pesaba 15, el hombre que subió a sacarlo de su cuarto debió pesar 65 por lo menos, y posiblemente más. Además, debió de ser sumamente ágil, porque los barrotes estaban colocados a una distancia de 48 centímetros, es decir, 15 centímetros más distantes uno de otro que en las escaleras ordinarias.

Schwarzkopf recibió asimismo informes de personas que se hallaron

cerca de la escena del crimen el primero de marzo, o antes de esa fecha. Aunque pocos extraños solían frecuentar esos contornos, en dos ocasiones durante el mes de febrero, los vecinos habían visto a un desconocido cerca de la propiedad de Lindbergh. El primero de marzo, antes del mediodía, se había detenido un sedán verde en el caminito que conduce a la casa. Lo conducía un hombre, informó un vecino a la policía, y dentro del coche había una escalera. El mismo día por la tarde un joven estudiante había visto un coche estacionado no lejos de la casa de Lindbergh. El conductor era de cara delgada y perfil anguloso . . . y junto a él, en el asiento delantero, había dos secciones de escalera.

Pero, aunque ese hombre o esos hombres hubieran sido miembros de la pandilla de secuestradores ¿cómo pudieron saber que el nene estaría en la nueva casa ese martes por la noche, contraviniendo la costumbre de la familia que era la de pasar los días de trabajo en casa de los Morrow? ¿Cómo sabían cuál era el cuarto del niño y cómo se enteraron de la hora apropiada para cometer el rapto? El jefe de policía dedujo que obviamente los *gangsters* habían recibido informes del interior de la casa. Las sospechas recayeron inmediatamente sobre dos personas.

La primera, un amigo de Betty Gow, joven noruego llamado Enrique Johnson, quien conocía la disposición de la casa por haberla visitado tres veces. Johnson también sabía, porque Betty se lo había dicho, que los Lindbergh estaban allí y no en casa de los Morrow la noche del secuestro. En efecto él había llamado a Betty por teléfono a Hopewell y habló con ella aproximadamente una hora antes de que se cometiera el crimen. Sin embargo, pronto se convenció la policía de que Johnson, sujeto simpático y correcto, nada tenía que ver en el asunto. No obstante, resolvieron seguirle los pasos, en caso de que algún nuevo motivo hiciera dudar de su inocencia.

La otra persona sospechosa era una muchacha inglesa de 28 años, llamada Violeta Sharpe, sirvienta de los Morrow. Violeta era muy querida de todos en la casa, especialmente del mayordomo, Séptimo Banks. Todos daban por hecho que Banks, hombre ceremonioso y reservado, de reputación irreprochable, pronto le propondría matrimonio.

La policía no quedó satisfecha con la explicación que dio Violeta acerca de sus andanzas la noche del secuestro. Dijo que "un amigo" la había invitado al cine. Lo había conocido apenas dos días antes, mientras daba un paseo. No recordaba su nombre ni fue capaz de hacer memoria acerca de la película que vieron. Otra pareja los había acompañado pero tampoco se acordaba de sus nombres. Al volver a ser interrogada, Violeta alteró su relación y el inspector Walsh la hizo caer en numerosas contradicciones. El nueve de junio suspendió los interro-

gatorios, pues la chica se deshizo en lágrimas y sollozos.

Al día siguiente, Violeta Sharpe se tomaba un vaso de veneno. Murió antes de que alcanzara a llegar el médico.

De nuevo se entrevistó Schwarzkopf con los reporteros.

—El suicidio de Violeta Sharpe —les dijo—, confirma las sospechas de que estaba en antecedentes del crimen.

Pero la tarde siguiente entró en la oficina de Walsh un joven que dijo llamarse Ernesto Miller y declaró que él era quien había llevado a Violeta al cine. Identificó además a la pareja que los había acompañado. Le sorprendía que Violeta no se hubiera acordado de su nombre . . . pues estaba seguro de que lo sabía muy bien.

Al confrontar la declaración de Miller, resultó exacta y puntual. Desconcertado Walsh informó a los periodistas:

"No acierto a entender por qué Violeta Sharpe, si no tenía nada que ver con el rapto, prefirió la muerte antes que revelar el nombre de Miller".

A la prensa, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, no le interesaban tales especulaciones. Su propia versión de los hechos fue más rigurosa: la policía de Nueva Jersey había acosado a la pobre muchacha hasta hacerla enloquecer. En Londres se suscitaron acalorados debates en el Parlamento y el cónsul general de Su Majestad en Nueva York recibió instrucciones de comunicar lo que lograse averiguar acerca del asunto.

Se estrecha la persecución

Durante todo el verano el coronel Schwarzkopf se guardó para sí las pruebas, testimonios y declaraciones que había recogido, pero poco a poco fueron quedando ciertas valiosas pistas a disposición de otros investigadores, entre ellos el teniente James Finn, de la policía de la ciudad de Nueva York, que las aprovechaba muy bien.

Finn tenía especial interés en el caso de Lindbergh. Había formado parte del séquito del coronel en la tumultuosa recepción que tributó la ciudad de Nueva York al "Águila Solitaria" a su regreso de París. Lindbergh, que había quedado muy impresionado por su pericia, solicitó su ayuda personal inmediatamente después del secuestro.

Desgraciadamente, no teniendo acceso a los documentos que guardaba Schwarzkopf, Finn hubo de esperar hasta que las nuevas de los trámites del rescate fueron del dominio público. Entonces ya pudo trabajar, sirviéndose de dos pistas que la policía de Nueva Jersey no pudo mantener secretas: el número de serie de los billetes del rescate y el relato que hizo el Dr. Condon de sus negociaciones con Juan.

En junio, Finn había dado a los periódicos el retrato que el doctor hacía de Juan:

Edad, de 30 a 35 años; estatura, 1,75; constitución atlética; habla con acento escandinavo o germano; pe-

¿Cuánto vale un diente?

Éste, quizás valga una monedita, ¡pero el próximo será de inestimable valor! Hoy, la sonrisa "desdentada" de un niño causa gracia, pero mañana la falta de sus dientes sería más que lamentable.

Con ayuda de los rayos X el dentista puede asegurarle a usted y a su familia, quizás para toda la vida, esa sonrisa alegre y franca de los que saben que tienen buena dentadura. Además de descubrir defectos ocultos en los dientes, los rayos X revelan la estructura ósea de las regiones maxilares . . . información importante para la higiene dental.

Para que su dentista pueda proporcionarle el mejor cuidado, Kodak pone a disposición de los odontólogos películas radiográficas de calidad sin paralelo.

Dondequiera que se utilice la fotografía—en la ciencia, la industria, la educación, la recreación, el comercio, el gobierno—los productos y el personal de Kodak contribuyen a crear una vida más plena y satisfactoria para todos.

CAMARAS
Kodak
PELICULAS



sa de 68 a 72 kilos; cutis blanco; cabello castaño claro; ojos almendrados y penetrantes; frente despejada; barbilla puntiaguda.

Desde entonces, la búsqueda de Juan se redujo a una paciente espera. A partir del 2 de abril, fecha del pago del rescate, había comenzado a gotear en tiendas, almacenes y bancos, un chorrito de billetes que alguien hacía circular con suma prudencia. Tan pronto como Finn recibía el aviso, hacía averiguaciones en el sitio donde aparecía cada billete y luego marcaba el lugar con un alfiler rojo en un mapa colocado en su despacho. No obstante, los resultados no eran hasta entonces muy alentadores: cuando al fin se identificaban los billetes, que resultaron todos de 5 y 10 dólares, ya era imposible saber quién los había pasado. Así trascurría el tiempo; aumentaban los puntitos rojos en el mapa con desesperante lentitud, pero sin resultado positivo y Finn no sabía qué hacer. En octubre se acordó de haber oído hablar de un joven siquiatra neoyorquino que sostenía una interesante teoría acerca del caso de Lindbergh. Era éste el Dr. Dudley Shoenfeld, jefe de la clínica de enfermos externos del Hospital Monte Sinaí, quien afirmaba, contra la opinión de la policía, que el rapto del niño había sido perpetrado por un solo hombre, impelido por cierta irresistible urgencia síquica. Picado por la curiosidad, Finn invitó al siquiatra a su despacho.

Shoenfeld explicó gustoso sus especulaciones: Poco después del rapto le había dado por analizar el motivo del crimen y le pareció encontrar la clave en la figura heroica de Lindbergh. Era posible que un individuo, tocado de delirio de grandeza considerara al joven ídolo como rival suyo; tal persona pudo pensar que atacando y venciendo a Lindbergh probaría que era más grande que él.

De ahí deducía Shoenfeld que un solo aficionado había cometido el crimen, corriendo un riesgo personal comparable con la proeza de Lindbergh. Solamente había pedido 50.000 dólares (una bicoca para una cuadrilla organizada) porque lo más importante para él era el secuestro. Y sólo la muerte del niño podía satisfacer el anhelo subconsciente del raptor: esto vino a demostrarse con el hallazgo del cadáver.

Sin embargo, decía Shoenfeld, tenía que confesar que sus teorías se basaban en los informes de los periódicos. ¡Si tan sólo pudiera examinar las notas del rescate!

Después de escucharlo atentamente, Finn le prometió pedir a la policía de Nueva Jersey que le permitieran ver esas cartas. Esta vez la petición tuvo éxito, y el siquiatra recibió copias fotostáticas de aquellos papeles tan celosamente guardados. El 10 de noviembre rendía su informe a Finn. Las cartas corroboraban sus suposiciones, decía el Dr. Shoenfeld; ya podían trazarse un plan de acción.

Comenzó el médico por dar una descripción detallada de la persona

de Juan. En primer lugar, era alemán: los errores de ortografía y redacción los había cometido, indudablemente, un inmigrante que todavía pensaba en alemán. Probablemente vivía en el Bronx, puesto que leía el *Home News* y conocía tan bien aquel sector, a juzgar por las señas tan detalladas que le daba al Dr. Condon.

Pero lo que realmente ponía en evidencia la personalidad de Juan —sostenía Shoenfeld—, era el proceso inconsciente de su mente. Según se deducía de las notas, el hombre se creía omnipotente; su estilo denotaba una excesiva confianza en sí mismo ... *este rapto se ha venido preparando desde hace un año*. El ejemplo más notorio era esta frase: *Es realmente necesario hacer de esto un asunto mundial*. Por el contexto se adivinaba que la frase era interrogativa; pero, engreído por su hazaña, de la cual se ocupaba ya el mundo entero, subconscientemente la había escrito en forma imperativa.

En la última nota de rescate había descubierto Shoenfeld otro detalle delator: examinando con una lupa las palabras *Gay Head*, vio que originalmente Juan había escrito allí *Gun Hill*, que luego corrigió. Gun Hill era el nombre de una de las carreteras más concurridas del Bronx. A juzgar por ese desliz era posible suponer que Juan vivía en ese vecindario.

Pusiéronse a estudiar entonces un mapa del barrio sobre el cual fueron buscando los lugares nombrados por Juan en las instrucciones que le dio al Dr. Condon. Así llegaron a la conclusión de que lo más probable era que el criminal se hallara en una zona en forma de rectángulo irregular limitada al occidente por la avenida Jerome y el Cementerio Woodlawn, y por el sur por el camino de Gun Hill.

Pero el rectángulo estaba poblado por millares de familias. El problema de encontrar a Juan era todavía de muy difícil solución.

Un "Sherlock Holmes" especializado en maderas

Casi un año después de cometido el crimen, el coronel Schwarzkopf volvió a pensar seriamente en la escalera. La habían examinado en busca de impresiones digitales, la habían fotografiado desde distintos ángulos, la habían analizado carpinteros y técnicos de la oficina de Pesas y Medidas de Washington. Nada significativo había resultado de tan prolijos estudios.

Arturo Koehler, jefe del Laboratorio de Productos Forestales de los Estados Unidos, había visto algunos fragmentos de la madera, pero no había examinado toda la escalera. Enterado Schwarzkopf de la brillante reputación que tenía Koehler como detective particular, resolvió solicitar su ayuda, a pesar de que, como profesional, sentía profunda aversión por los super-sabuesos aficionados.

Koehler accedió encantado. Él ya le había escrito a Lindbergh ofreciéndole sus servicios pocos días después del rapto, cuando leyó en los

periódicos el asunto de la escalera. Pero su carta se había ahogado entre el diluvio de correspondencia que cayó sobre Hopewell. Ya tenía pues, la escalera a su disposición y sobre ella podía aplicar detenidamente sus conocimientos enciclopédicos acerca de la madera.

Lo primero que hizo fue desarmarla, numerando cada uno de sus once peldaños y seis largueros. En seguida, con la ayuda de un microscopio, comenzó a investigar los secretos de la madera. Lo primero que descubrió fueron cuatro agujeros en el larguero izquierdo de la sección superior, hechos por clavos rectangulares, de estilo antiguo, cuyos bordes limpios indicaban que la tabla había estado protegida contra la intemperie. Si acaso detenían a algún sospechoso, dijo Koehler, sería una buena idea buscar en su casa una tabla con agujeros cuya distancia e inclinación correspondieran con éstos, pues las probabilidades de una coincidencia eran matemáticamente imposibles.

En seguida se concentró en el estudio de una serie de ranuras casi imperceptibles en los largueros de la sección inferior. Aunque ya las había identificado antes como las marcas que dejan las cuchillas de la cepilladora de un aserradero, ahora descubría algo singular: a lo largo de uno de los bordes de los largueros —que indudablemente habían formado parte de una sola pieza aserrada de pino sureño— una cuchilla defectuosa había dejado una estría diminuta pero inconfundible. Para el ojo avizor de Koehler estas pequeñas imperfecciones eran, en efecto, las impresiones digitales de la cepilladora.

Después de estudiar cuidadosamente las fotografías ampliadas de las huellas de las cuchillas, Koehler pudo determinar las características esenciales de la cepilladora, como también la velocidad precisa a que se había desbastado la pieza original.

En seguida escribió a todos los aserraderos situados entre Nueva York y Alabama (eran 1598 en total) preguntando a cada propietario si tenía en su establecimiento una máquina que se ajustara a las especificaciones que les enviaba.

Las respuestas —que iban llegando con exasperante lentitud— le permitieron reducir la búsqueda a 23 aserraderos. A estos 23 se dirigió en seguida en solicitud de muestras de tablones de pino de determinadas dimensiones, que hubieran sido cepilladas por su máquina. Por fin, en una de las muestras que le envió la Compañía M. G. y J. J. Dorn, un aserradero de Carolina del Sur, encontró las mismas estrías que había visto en los largueros de la escalera. Desde luego, las muestras no revelaban las pequeñas imperfecciones descubiertas en los largueros originales; ni él esperaba encontrarlas, pues sabía que ya haría mucho tiempo que habrían amolado la cuchilla mellada o la habrían cambiado por otra.

Del aserradero de Dorn obtuvo Koehler una lista de todos los des-

pachos de tablones de pino sureño enviados a los estados del Nordeste en los últimos 29 meses. Eran en total 46 furgonadas para 25 clientes. Koehler sabía que para esas fechas casi toda esa madera habría pasado por tantas manos que le sería imposible seguirle la pista. Pero estaba decidido a intentarlo.

En los meses siguientes viajó acompañado del detective Lewis Bornmann por Nueva Jersey, Connecticut, Nueva York y Massachusetts, procurándose los nombres y las señas de los clientes que habían comprado lotes de las partidas despachadas por Dorn.

Siguiendo esa lista visitó innumerables casas y, respaldado por la autoridad de Bornmann, de cada lugar sospechoso tomaba algo para analizar: una astilla de garaje, un trozo de buhardilla, una esquirla de gallinero, un fragmento de cerco. En ninguna parte encontró un espécimen que coincidiera exactamente con el patrón que muy bien recordaba, pero a poco se fue estrechando el círculo donde podría hallar lo que buscaba. El 29 de noviembre de 1933, Koehler y Bornmann llegaron de visita a un negocio de maderas situado en el sector de Williamsbridge, en el barrio del Bronx y se enteraron por un asiento en los libros de la compañía de que tres meses antes del secuestro habían recibido 690 metros de pino sureño aserrado y cepillado en los aserraderos de Dorn.

Preguntaron si todavía les quedaba algo de ese despacho. El capataz, después de pensar un momento, los condujo al depósito y cortó un trozo de listón que sobresalía de los demás. Koehler tomó el pedazo de madera y lo llevó a la luz para examinarlo detenidamente. Al instante reconoció las imperfecciones grabadas por la cuchilla defectuosa. Las señas eran idénticas en todo respecto; de eso no le quedó duda: la madera con que fabricaron los largueros de la escalera tuvo que ser comprada en ese depósito del Bronx.

Casi con ternura le pasó Koehler a Bornmann el pedazo de palo. Luego le pidió al capataz que le enseñara el registro de ventas. No había registro; todo se vendía allí al contado.

—¿No sería usted capaz de recordar quién le compró ese pino?

—Imposible . . . ya va a hacer dos años que se vendió.

Por primera vez en la larga búsqueda Koehler sintió flaquear su confianza. Bornmann que lo notó, al salir de allí rompió el silencio.

—No se aflija por eso. Considere cuánto sabemos ya: el hombre que hizo la escalera vive en el Bronx o conoce muy bien el barrio. Ha sido cliente de esta agencia de maderas y es posible que todavía lo sea. La policía podrá investigar los antecedentes de todos los que negocian con la agencia. ¿Le parece a usted poco?

Koehler sonrió y convino. Era cierto; él no abandonaría la búsqueda. Había notado otros rasguños en los largueros de pino Douglas de la escalera. Podían comenzar a seguir-

Lleva v

RENAULT

Dauphine

IKA



ventajas y trae satisfacciones

¡Adquiera usted todas las ventajas que sólo se pueden recibir de un automóvil de mucho mayor precio!
El excelente motor "Ventoux" del Renault DAUPHINE-IKA sólo consume 5,9 litros cada 100 kilómetros, lo cual le permitirá **viajar sin preocuparse por gastos mayores.** Sus cuatro puertas, **la famosa suspensión** "aerostable", y el baúl delantero de gran capacidad... ¡le proporcionan **comodidad múltiple!**
...Por eso, para sus viajes de negocios, para sus vacaciones, para su trabajo cotidiano: ¡Obtenga más satisfacciones con este automóvil más completo!

Y SI ADEMAS DE TRANSPORTE, SUS NECESIDADES DE TRABAJO REQUIEREN UN VEHICULO FUERTE Y RUDO, APTO PARA TODA TAREA, IKA LE OFRECE LA LINEA MAS COMPLETA DE VEHICULOS UTILITARIOS.

SERVICE y repuestos legítimos... ¡donde esté o donde vaya!
CONSULTE AL CONCESIONARIO I. K. A. DE SU ZONA



e la pista a éstos, lo cual quizás los volvería a llevar al Bronx . . . a alguna madera en que sí apuntaran los nombres de sus clientes.

La vida sigue su curso

TAN PRONTO como pudo, después del rapto, Lindbergh volvió a la rutina de su vida diaria. De nuevo en su oficina de la aerolínea Transcontinental and Western se condujo como de costumbre, aunque, según el decir de sus secretarias, parecía más viejo y había adelgazado bastante.

En agosto de 1932, cuando nació su segundo hijo, un robusto chiquillo que llamaron Jon, Lindbergh hizo a los reporteros la siguiente declaración:

"Mi esposa y yo hemos decidido seguir viviendo en Nueva Jersey. No obstante, no queremos exponer la vida de nuestro segundo hijo a una publicidad que, en nuestra opinión, fue la causa de la muerte del primero".

Sus temores no eran infundados, pues por un fenómeno extraño que venía ocurriendo desde el rapto de su hijo, el robo de niños había aumentado hasta el punto de convertirse en una de las grandes amenazas del país; y esto a pesar de la 'Ley Lindbergh", puesta en vigor el 22 de junio de 1932, según la cual el secuestro era un delito de jurisdicción nacional. Tanto se había extendido que el *Times* de Nueva York publicaba regularmente en primera plana un breve sumario, tal como el de los pronósticos del tiempo, con noticias de última hora acerca de los raptos sin resolver. Además, los esposos Lindbergh habían recibido cartas amenazadoras con respecto a Jon.

Sin embargo, érales casi imposible escapar a la publicidad. La atención mundial cayó de nuevo sobre ellos con motivo del vuelo que efectuaron en el verano de 1933 en el que exploraron nuevas rutas para el servicio trasatlántico.

Fue aquel un viaje extraordinario. Carlos piloteaba y tomaba datos; Ana, que hacía de navegante y radiotelegrafista, anotaba las condiciones meteorológicas. En cinco meses volaron 50.000 kilómetros a través de dos océanos, cuatro continentes y 21 países. Varias veces se les dio por perdidos. De vuelta a su país cruzaron sin etapas el Atlántico Sur, después de haber reconocido una extensión del globo nunca vista por otro explorador. Los periódicos elogiaron unánimemente su inapreciable contribución al conocimiento del planeta.

Ya no residían en la casa de Hopewell. Carlos y Ana habían donado la propiedad para fundar en ella un centro de beneficencia infantil llamado High Fields, destinado, según se hizo constar en las actas de asociación, a la "educación, adiestramiento y hospitalización de la infancia, sin distinción de raza o credo".

Los Lindbergh apresuraron las últimas etapas de su viaje con el fin de llegar a tiempo de pasar las Navidades con su hijito y tan pronto

como aterrizaron se dirigieron a la casa de los Morrow en Englewood, donde había quedado Jon con su nodriza, Betty Gow.

Hacía ya casi tres años y medio que en ese mismo cuartito, en la misma cuna, había dormido otro recién nacido bajo el cuidado de la misma niñera. Y ahora, en diciembre de 1933, al año y diez meses de su muerte, su raptor y asesino estaba todavía en libertad.

Se va estrechando la trampa

Mas había fundadas esperanzas de prenderlo. El mapa de la ciudad que tenía el teniente Finn en su despacho del cuartel de policía de Nueva York iba tomando un nuevo aspecto. Los pocos alfileres dispersos que marcaron las primeras apariciones de los billetes del rescate se habían multiplicado hasta formar una selva diminuta. De su diario estudio del mapa Finn había visto surgir un hecho inequívoco: el Bronx era el lugar donde vivía el raptor. Entre uno y otro alfiler había trazado líneas muy finas, de manera que aquel sector del mapa parecía una tela de araña. En el centro, donde se cruzaban las líneas, habíase formado un nudo . . . y los alfileres iban siendo más escasos a medida que se alejaban de aquel barrio.

Además, ya se sabía algo de la persona del secuestrador. Unos cuantos cajeros de bancos y de tiendas de comercio que recibieron y reconocieron los billetes habían reparado en el hombre que se los entregó. Las descripciones que hacían de él, eran bien parecidas y concordaban con la del Dr. Condon; el sujeto tenía penetrantes ojos azules, pómulos salientes, mejillas curiosamente descarnadas y barbilla puntiaguda; hablaba con acento alemán.

La investigación cobró nuevos bríos gracias a una nueva circunstancia: Como casi todos los indicios apuntaban al Bronx, el coronel Schwarzkopf no pudo justificar por más tiempo la exclusividad que la policía de Nueva Jersey pretendía tener en el caso y abrió por fin sus archivos para que los consultaran los otros investigadores. Desde entonces trabajaron en relativa buena armonía la policía de Nueva Jersey, la de Nueva York y los agentes federales de la Secretaría de Justicia.

A principios de 1934 el teniente Finn comenzó a sentirse más optimista que nunca con respecto a la captura de Juan. En abril del año anterior, el gobierno de los Estados Unidos, adoptando una medida extrema para combatir la crisis económica, había ordenado que todo el oro —en barras, en moneda y en certificados— volviera al Banco de la Reserva Federal para cambiarlo por otra clase de moneda corriente. Aunque todavía quedaban muchos certificados de oro en manos de particulares, habíanse hecho más conspicuos ahora que su posesión era ilegal . . . y casi dos terceras partes del rescate se habían pagado en certificados de oro. Además, parecía que a Juan se le habían agotado los bi-

lletes de cinco dólares, pues estaba pasando certificados de oro de a 10, y era muy posible que pronto comenzara a echar mano de los más difíciles de a 20.

La confianza del detective vino a aumentar con un nuevo plan que concibió para atrapar al malhechor. Por todo lo que se sabía acerca de Juan, podía deducirse, casi con seguridad, que manejaba su propio automóvil; así que Finn mandó la lista de los números de serie de los billetes a todos los expendios de gasolina del estado de Nueva York, juntamente con la solicitud de que los vendedores apuntaran en el mismo billete el número de la matrícula del automóvil de cualquiera que les pagara la gasolina con certificados de oro de 10 o 20 dólares.

En los primeros meses del nuevo año recibió Finn en respuesta a su solicitud muchos números de matrícula de individuos que no resultaron siquiera sospechosos. Pero él había esperado muchas pistas falsas; lo que realmente lo animaba era el hecho de que el volumen de respuestas continuaba en aumento.

Casi, casi . . .

El 14 de febrero, Alicia Murphy, cajera de una agencia de maderas del Bronx, situada en la calle 149, vio desde su oficina a dos individuos que cruzaban el patio y venían hacia ella trayendo un gran trozo de madera laminada tomado del depósito. La señorita Murphy salió a recibirlos. Uno de ellos tenía ojos azules, las mejillas descarnadas y la

barbilla en punta; le explicó con marcado acento alemán que solamente necesitaban un pedazo de cierta dimensión.

—¿Cuánto vale? —le preguntó.

—Cuarenta centavos.

El hombre le pasó un billete, certificado de oro de 10 dólares. Ella lo recibió indecisa. ¿No eran ilegales los certificados de oro? Llamó al capataz. Pero el hombre le arrebató el billete.

—No se moleste —dijo entonces el compañero, y le entregó cuarenta centavos sencillos.

Alicia Murphy anotó la venta y dijo a sus clientes que haría cortar la tabla inmediatamente; sólo se tardaría unos cuantos minutos. Ellos le respondieron que estaban de prisa; preferían volver más tarde.

Al verlos alejarse, la vendedora pensó que había algo extraño en todo aquello . . . el billete sospechoso, la prisa con que se marchaban . . . Los siguió y los vio meterse en un automóvil. Cuando arrancaban apuntó el número de la matrícula.

Volvió luego a la oficina y prosiguió calladamente sus quehaceres para no molestar a dos caballeros, ajenos a la compañía, que trabajaban en el escritorio vecino al suyo. El uno se llamaba Koehler y el otro Bornmann y se hallaban examinando los libros, verificando y marcando las ventas de tiras de pino efectuadas durante los tres meses anteriores al primero de marzo de 1932.

Sin darse cuenta del regreso de la cajera, Arturo Koehler continuaba pacientemente su trabajo. Había ob-

tenido una lista de despachos de abeto Douglas, y ésta era una de tantas visitas que hacía a las agencias de madera del Bronx en su afán de rastrear los maderos de abeto de la escalera. No obstante, nada le había dicho del asunto a Alicia Murphy . . . ni siquiera le había mencionado que él y su compañero trabajaban en el caso de Lindbergh.

Los compradores de madera laminada no volvieron más.

Algunos meses después, en agosto, el Dr. Juan Condon iba en un autobús por la carretera de Williamsbridge, en el Bronx. El anciano profesor no había perdido el tiempo durante los dos años y tres meses trascurridos desde el hallazgo del cadáver del niño. Siguiendo ciertas pistas recibidas por correo, había viajado a sus propias expensas recorriendo la costa del Atlántico de arriba abajo y viceversa, desde Montreal hasta Miami, en busca del traidor que lo había engañado, sin encontrar rastro alguno de él.

De pronto, al mirar por la ventanilla del autobús, el Dr. Condon alcanzó a ver un hombre que se encaminaba a un bosquecillo cercano. Se sobresaltó; no podía dar crédito a sus ojos. ¡Era Juan, el hombre cuyo escondite había jurado descubrir aunque en ello se le fuera toda la vida! El Dr. Condon saltó de su asiento y le gritó al conductor que hiciera alto. Éste, que lo conocía, paró tan pronto como pudo. Cuando el viejo salió del vehículo, ya Juan había desaparecido; habría sido inútil tratar de seguirlo.

Inmediatamente telefoneó a la oficina de investigación de la Secretaría de Justicia en Nueva York. ¡No le cabía la menor duda; Juan estaba en el Bronx! ¡Lo acababa de ver!

¿Sería realmente Juan? Finn y sus colegas no pudieron menos que pensar que el viejo podría haberlo confundido con otro, pues el chorrito de billetes que antes manaba continuamente se había suspendido de pronto por completo. ¿No sería que Juan se había marchado a otra parte? ¿O sencillamente habría resuelto mantenerse oculto?

Finn conjeturaba que todo esto obedecía a la manera como la prensa se ocupaba del caso. Anteriormente, cuando los periódicos informaban acerca de la aparición de algún billete del rescate, inmediatamente disminuía el flujo o se suspendía por completo durante uno o dos días. Últimamente, presintiendo nuevos e importantes acontecimientos, los periódicos destacaban más y más reporteros que daban cuenta de los detalles más insignificantes y de cada billete presentado. Era posible que, a causa de ello, Juan hubiese resuelto no exponerse ni correr más riesgos hasta que las cosas se aquietaran.

Finn y el agente Tomás Sisk, de la Secretaría de Justicia, plantearon el problema a los periodistas responsables: "Hagan ustedes callar a sus periódicos y verán qué pronto tenemos a Juan en la cárcel". Los periodistas convinieron en hacerlo

así. Juan no volvió a leer en los diarios la relación detallada de sus actividades.

Así fueron pasando los días sin noticias. Hasta que el 5 de setiembre volvió a aparecer otro billete de 10 dólares. El propietario de la tienda de víveres que lo recibió se acordaba muy bien del cliente que se lo dio —¡en pago de una cuenta de seis centavos!— y la descripción que de él hizo no dejó ni sombra de duda a los investigadores. El cliente era Juan.

El chorrito de billetes delatores continuó aumentando día a día en la semana siguiente. Aparentemente animado por la ausencia de noticias en la prensa, Juan pagaba pequeñas compras con billetes certificados de oro, de diez y aun de veinte dólares.

Lentamente se iba estrechando el espacio entre las líneas que unían los alfileres en el mapa del teniente Finn.

¡Cogido en la trampa!

Poco ANTES de las 10 de la mañana del sábado, 15 de setiembre, un automóvil Dodge azul oscuro entraba en la estación de servicio de gasolina de la esquina de la calle 127 y Avenida Lexington, en Nueva York.

—Veinte litros —pidió el hombre que estaba al volante y en seguida salió del auto.

Walter Lyle, administrador de la estación, se fijó en la cara del individuo: pómulos salientes, mejillas descarnadas, barbilla puntiaguda. Él, que se preciaba de recordar la fisonomía de sus clientes, estaba seguro de no haber visto a éste antes.

—Noventa y ocho centavos —dijo.

El nuevo cliente le pasó un billete de 10 dólares, certificado de oro. Lyle lo examinó; recordó la circular que pedía a los empleados comparar los certificados de oro con la lista en que estaban anotados los billetes que se pagaron por el rescate del niño de Lindbergh. Desgraciadamente esa lista, descolorida y rota, se había tirado ya a la basura. No obstante, recordó la solicitud de apuntar el número de la matrícula del automóvil de quien pagara con uno de esos billetes sospechosos.

Mientras Lyle lo examinaba, se acercó a curiosear otro empleado de la bomba.

Entonces el cliente sonrió y dijo con acento extranjero:

—Es legítimo . . . cualquier banco lo recibe.

Lyle fue a la registradora, marcó la venta y regresó con la vuelta. Después, cuando salía el automóvil, apuntó sobre el mismo billete el número de la matrícula del estado de Nueva York: 4U-13-41.

Poco antes de las 12 fue hasta el Banco Corn Exchange, a pocas cuadras de distancia, a hacer el depósito de las entradas de la mañana, y le pidió al cajero, Miram Ozmec, que le cambiara el certificado de oro de 10 dólares por dos billetes de 5 corrientes. Así lo hizo el cajero y

puso aparte el certificado para entregárselo luego al cajero mayor juntamente con otras notas.

Tres días después, el 18 de setiembre, éste identificaba el billete de 10 dólares como uno de los pagados en el rescate. Avisó a la policía. Finn y otros dos agentes no tardaron en acudir al banco; examinaron el billete y al instante descubrieron el número de la matrícula anotado en él.

Como el cajero pagador no pudo recordar quién se lo había dado, Finn le pidió que revisara todos los depósitos hechos por estaciones de gasolina y, como esto tampoco refrescó la memoria del pagador, el detective resolvió el problema apuntando los nombres de todas las gasolineras, clientes del banco, y saliendo a recorrerlas en compañía de los otros agentes, con el billete en el bolsillo.



Wide World

Hauptmann

Al cabo de andar cuatro cuadras entró en un expendio de gasolina y le enseñó el billete al administrador, Walter Lyle. Efectivamente, Lyle se acordaba muy bien del billete y del individuo que se lo dio; su ayudante también lo recordaba y ambos describieron al cliente.

Finn miró a sus compañeros sin poder ocultar su satisfacción. La descripción coincidía con los datos que poseía acerca de Juan. ¡Tenía pues en sus manos la clave para dar con el paradero de ese hombre!

Momentos después telefoneaba a la Oficina de Registro de Vehículos de Nueva York y les daba el número de la licencia. ¿Quién era el dueño de ese automóvil? La respuesta tardaba en llegar. Finn esperaba impaciente. Al fin sonó la voz del empleado.

—El propietario se llama Ricardo Hauptmann; 1279 Calle 222, Este, en el Bronx.

Al amanecer del día siguiente, miércoles 19 de setiembre, el teniente Finn formaba parte de un destacamento compuesto de 12 policías y agentes federales escogidos que se apostaba entre el rastrojo y los árboles del boscoso sector nordeste del Bronx. Desde sus posiciones estratégicas, que bloqueaban toda posibilidad de escape, enfocaban sus binóculos sobre una modesta casita de estuco color café de dos pisos. Estaban casi seguros de que dentro de ella se encontraba el secuestrador que venían buscando hacía dos años y medio.

(*Continuará el mes entrante*)



LA VOZ DE LA LIBERTAD

Por Mark Clark
General (retirado) del ejército de los EE.UU.

CORRÍA el mes de mayo de 1952. En Tokio despedíamos en cordial almuerzo a mi predecesor, el general Matthew Ridgway. Apenas hacía dos días que había desembarcado yo para tomar el mando de las tropas de las Naciones Unidas en el Extremo Oriente, y no podía apartar de la mente la responsabilidad que pesaría sobre mis hombros en las negociaciones de la tregua en Corea.

Uno de los comensales me mostró una tarjeta que se había recibido en las oficinas del READER'S DIGEST de Tokio. La firmaba Li Chun-jen, un coreano comunista hecho prisionero por nuestras fuerzas, y en ella decía:

"Estimado Sr. Digest: A los prisioneros sólo se nos permite escribir una tarjeta al mes, y eso le dará idea de la importancia de ésta. Cuando llegó el correo esta mañana, un compañero corrió hacia mí, con un paquete en la mano, gritando: *¡Llegó el Digest! ¡Llegó el Digest!*

"Nos precipitamos sobre el paquete y lo abrimos ansiosamente. Después escribí una lista de nombres para cada ejemplar, para que pudiéramos compartirlos con los centenares de prisioneros que deseaban leerlos. El Reader's Digest es lo que necesitamos: nos habla de las alegrías y las ventajas de la libertad".

Sentí que mi espíritu cobraba ánimo ante esta prueba de que, a pesar de las doctrinas inculcadas, los prisioneros comunistas conservaban el amor a la libertad. La demostración de ello vino al final de la guerra, cuando se dio a escoger a los prisioneros enemigos entre volver al redil comunista o ser trasladados a otras regiones de libertad política. Más de la mitad (unos 70.000) optaron por la libertad. Conocí después el epílogo del drama por una carta del propio Li:

"En nuestro campo sólo un puñado de hombres decidieron volver con los rojos. Entre ellos no había uno solo que hubiera leído el Reader's Digest. Los que sí lo habían leído se volvieron, como un solo hombre, hacia la libertad".

En mi sentir, el caso de Li encarna el triunfo de la libertad sobre la tiranía, del mismo modo que el READER'S DIGEST encarna la voz de la libertad.

m$n20.- *Febrero de 1962*

Selecciones

del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

Cubierta: "Aves tropicales", por Ray Craig

